

El cazador del arco iris

Por Ramón Fernández Palmeral

Peregrinaje de un texto narrativo

Obra narrativa, iniciada en 1996, de la que he escrito varias versiones, esta es una de ellas, no sé cuál será la definitiva.

Esta obra narrativa surgió como resultado de varios trabajos, una novela corta histórica, cercana en el tiempo a *El Héroe de Nador*, de la que escribí 150 páginas ambientada en la guerra de África y en la posición de Nador, más una biografía de mi padre, a la que titulé: *José Ramón: un vecino de la Acebuchal*, además de unos relatos de la Sierra de Almijara. Como los tres trabajos, por sí solo no funcionaban, los refundí en uno y empieza a escribir "Mi aldea perdida", llevado por la revolución de las aldeas de Manuel Talens con *La parábola de Carmen la reina* o Luis Mate-Díez *La Ruina del cielo*.

Cuando la tuve terminada consideré que era una obra narrativa más que una novela, tal vez porque la he escrito con tranquilidad, sin prisas y con prosa, con una prosa barroca, en un ejercicio de largo recorrido, al terminar la obra me di cuenta que el verdadero título debía ser otro, y acabé bautizándola como "*El cazador del arco iris*", solamente por el título merecería una publicación, pero no ha llegado. Un trabajo donde creo que se encuentra mi mejor literatura. Obra para la que pensé en varias editoriales como Olleros & Ramos por lo de la publicación de la obra de Mateo Díaz, Tusquet o Anagrama por la apuesta de nuevos escritores de Jorge Herralde.

Al final el original fue rechazado por todas estas editoriales y aquí se halla publicada en Internet.

TÍTULO: EL CAZADOR DEL ARCO IRIS.
GENERO: NARRATIVA.

SINOPSIS: El narrador en primera persona podría ser mi padre, pero no lo es, podría ser cualquier hombre que naciera en una zona rural de la Axarquía de Málaga en el año 20, sin embargo es la propia aldea de la Acebuchal la que narra su propia historia y la de sus hijos o vecinos. La Acebuchal, como aldea inmortal es a la vez intemporal, la de un narrador omnisciente, como no podía ser de otra manera. La aldea nos introducirá en un mundo remoto de historias increíbles que se parecen más a la ficción y al "realismo mágico" que a la realidad, pero así es la vida: un arco iris temporal.

La aldea relata caprichosamente la saga de algunas familias, muy en particular la de "Los Simones". También lo particular de algunos destacados vecinos, héroes de guerra, bandoleros, arrieros, campesinos, pastores y otros tipos, desde la construcción de las primeras casas a finales del XVII, pasando por la I y a II República, tiempos de la Guerra Civil, hasta su abandono en la posguerra, y ahora resucitada y recuperada.

Pero sobre todo, es una obra que habla de los sentimientos, de la superación, de la condición humana, del orgullo de estirpe, de sufrimientos y miserias de unos hombres aguerrido en la escarpada Sierra de Almirajara.

La aldea se recrea en la nostalgia del paraíso perdido de sus vecinos, del paso o vereda real de la Ruta de la Miel, la Venta Panaderos, los años difíciles de su apogeo en la remota Axarquía de Málaga, en el corazón de la Sierra de Almirajara. Narración amenizada con mini-relatos, sueños, monólogos, histórica, cartas, costumbres, gastronomía...

No quiere ser una novela con intriga a palo seco, sino una narración que capture al lector por lo insólito de los relatos, cruda situaciones y novedosas formas de entender la vida de unas gentes un tanto primitivas en su forma de vivir y relacionarse con un medio hostil. Que se debe ller, simplemente por el placer de leer.

EL CAZADOR DEL ARCO IRIS

0/ ¿No sé por qué medios he vuelto a oler a pinos, a romeros, a tomillos, a conejos dormidos, a corrales frescos, no sé qué más olores nuevos o recién paridos?, y es que algo, no sé qué fuerza, me ha hecho resurgir, resucitar del valle de las sombras de la muerte por un encantamiento o un hechizo triunfante o tal vez, quien dice, si no soy la proyección de un sueño de otro que sueña, pero sí, tengo la inequívoca certeza que he vuelto a ejercitar la memoria, a ser aquella buscadora de sueños, de pájaros en la cabeza y de grandes ilusiones irrealizables, aquella cazadora de arcos iris que fui en la Sierra de Almirajara. Hoy ha llegado una familia en excursión, han levantado una hoguera y están cocinando una paella en uno de los bancales abandonados de mi huerto y de mi higuera por los altos andamios de las coles, bueno lo correcto es decir flores como Miguel Hernández. ¿Serán ellos los que me han despertado de mi largo letargo en el tiempo perdido?

A primeros del siglo XVI fui aldea morisca luego en el XIX una cortijada cristiana más bonita que una mariposa sobre el romero, yo era... ¿cómo diría...? algo así como el meridiano cero, sí, cierto, el polo Norte, la Arcadia de la Axarquía, un punto energético de espiritualidad, el "ombligocentro" del mundo..., y, sin embargo, para lloro del alma y

pesadumbre de mi ánimo mi último vecino me abandonó en los lejanos años de 1965, y se marchó a Frigiliana. Después de la guerra civil mis casas fueron refugio de maquis, desertores, exiliados y refugiados malagueños que no quisieron tomar el camino de Almería. La Guardia Civil construyó un cuartel en lo alto de Cerro Lucero para luchar contra el huido también llamados bandoleros. Gente desesperada que se refugió bajo una luna de lobos y altos ricos bajo el mando del Roberto.

Yo tenía una ermita pequeña como un horno de pan en adoración a la Virgen Milagrosa, y dos tabernas para el sediento caminante o el arriero hacia el camino de Granada por la Ruta de la Miel, también recuerdo como si fuera hoy mismo que en aquel cielo cobalto fondeaba siempre una pareja de águilas culebreras que cuando volaban bajo, su sombra temerosa, pasaban como una flecha invicta, ilesa, sobrecogedora sobre mis tejados de tejas moriscas y azoteas encaladas con cal de las caleras del tío Emilio, y es que, además de la pareja de águilas, cerca de la alberca de Casimiro, vivía un viejo cábaro en el hueco de un jubilado algarrobo de tronco torturado a punto de confesar, y aquel cábaro me hablaba para quejarse de lo mal que tenía la vista a sus dieciséis años de existencia, ya en la edad del paro cardiaco de las aves, por que las aves, todas, mueren de infarto. También había un buey de agua, un manantial, una fuente mágica con el agua más pura del mundo ecuóreo y, sobre todo, mineral como la de Lanjaron o más, mucho mejor sin duda. También recuerdo la inocencia de mis vecinos como el mejor de los regalos y compañía que podía tener. La aguja del reloj de sol indicaba a las abejas el camino hacia las flores abiertas, abarquilladas y deseosas de libaciones angelicales y labores por los altos andamios de las flores.

Hoy, Dios mediante, mis paredes, sin techos, sin apenas calles, restos de una columna vertebral en descomposición, me han convertido en caserones solitarios en el laberinto de la nada, de la tristitia y del llanto, y de la pena negra lorquiana, digo la verdad, lo comprobaréis si visitáis mi cadáver en la ingle del valle, en lo hondo del barranco de La Acebuchal donde solamente podéis sentir el silencio de los anquilosados muros pajizos, las piedras descarnadas sin memoria, el viejo árbol que no sabe que es un algarrobo, el contrafuerte de la casa de Baldomero desconchado con gorrito, que por cierto era de un tío malaje, el vacío de la única calle, que fue victoriosa encrucijada de tres caminos, la diminuta ermita que resiste como razón de la devota espiritualidad resistente y el prestigio de la decadencia, podéis, todavía, encontrar alguna pared que se resiste a caer, desusada vitalidad, lo que fue mi escuela, hoy sin techos, desvencijada, mi única calle inclinada y empedrada con la espalda lisa de los cantos rodados como dados de un azar en tiempos de cólera, cañizos o vigas de madera fagocitadas guardan el equilibrio de una manipulada soledad, los matagallos y las pencas son un recuerdo vagando entre los pinos y el verde olivar, un par de cabras monteses miran desde la sierra con los ojos lucíferos del gato montes el tallo tierno de la jata, una voz en la memoria, un clavo oxidado en alguna pared, una chimenea que se quedó en el aire para un cuadro surrealista me traen imágenes mezclados todavía con un sueño. He notado un renovar de piedras, parece ser que el hijo de un antiguo habitante ha empezado a levantar un derrumbado muro, además de encalar la vieja ermita pequeña como un horno de pan.

No tengo cementerio para llorar la nostalgia de los que se fueron con prisa con el tiempo acabado, a los muertos se los llevaban a Cómpea,

Frigiliana o Torrox, según correspondiera el lugar del óvito al término municipal, y los suicidas no tienen tierra en el camposanto, porque para ellos no hay esperanza de resurrección. Al recordar aquellos otros tiempos mágicos para mí y abominable para otros, me invade una insoportable tristeza que me llena de disimuladas lágrimas nacaradas que ruedan en el rebalaje de mis caminos, allí nacieron y murieron muchos inolvidables vecinos que Dios los tenga en su gloria.

Generaciones enteras nacieron, vivieron y trabajaron de sol a sol en mis bancales, llegó un glorioso tiempo en que tuve 25 casas y cerca de 100 vecinos, una escuela, manantial o fuente, alberca y muchos bancales, en mi centro confluían tres caminos para iniciar la empinado y fatigosa senda de arrieros conocido por la Ruta de la Miel, una inmemorial, tosca y peligrosísima vereda que a través de la escarpada y difícil sierra de la Almirajara unía la costa de la Axarquía con la rica vega de Granada a través del temible paso de Las Angustias o Puerto de Frigiliana. ¡Malahaya sea!... tanto sacrificio.

¿Cuándo me fundaron? No lo sé exactamente, no recuerdo, era tan pequeña, posiblemente en época morisca, aunque una fecha inolvidable fue la 11 de Junio de 1569. Aunque no quiero cansar nada más empezar con este trágico episodio. Me concentraré en la época reciente, cuando viví la de mayor expansión, entre mediados del s. XIX a mediados del XX. La familia más extensa que tuve les llamaban Los Simones por un hecho muy curioso, además de ellos, vivieron los Gurrina, los Federo, los Obispos, los Matuteros, los Botanas y los Wenceslá.

Pero llegaron los tiros y los fusiles y todos los sueños se acabaron.

1/ Pertenezco a una familia humilde que es envidia de vecinos, oriunda de una aldea hoy desaparecida, más importante que Madrid y Barcelona juntas, más bonita que una mariposa sobre el romero, mi meridiano cero, el centro del mundo..., y, sin embargo, para lloro del alma se me murió hace cuarenta años. Si visitamos ahora su cadáver en la cremallera del valle, todavía podemos encontrar alguna pared o viga prehistórica, un recuerdo vagando entre los pinos, un par de cabras monteses, una voz en la memoria, un clavo oxidado en la pared, una chimenea que se quedó en el aire para un cuadro surrealista. Al recordar aquella aldea perdida, mágica para mí y abominable para otros, me invade una insoportable tristeza, allí nacieron mis bisabuelos, mis abuelos y mis padres, a los que conocían en toda la Sierra de Almirajara por el apodo de *Los Simones*. Generaciones enteras vivimos en el cortijo llamado de Los Corrales el más al norte de la Acebuchal, por su puerta pasaba el camino de arrieros conocido por la Ruta de la Miel, una inmemorial, arcaica y tosca vereda que a través de la escarpada sierra unía la costa de la Axarquía con la vega de Granada.

Cuando yo nací, hacía ya muchos años que mi padre había dejado de utilizar la lanza, es decir, había cambiado una lanza morisca que tenía para cazar "a la lanzada" por una honda de esparto majado, látigo mortal en sus grandes manos de pastor, con la que era capaz de atinar a las cuernas de una cabra rebelde o alcanzar a una montés, mejor que con una escopeta, por eso la espingarda de chispa que guardaba debajo de la cama se le había oxidado por falta de uso y ya no se le veía el orificio del ánima. Porque nómada puro tampoco lo fue. Lo que más recuerdo de él eran sus manos ciclópeas, sus dedos deformados en las coyunturas de las falanges, la

aspereza de la piel dura como el cuero, uñas gruesas como garras, ¡qué palma tan anchas!, que al darte una hostia te abrazaba todo el rostro y te dolía la cabeza durante un mes, ¡qué recuerdos!, manos que nunca estaban ociosas, pues cuando no tenía faena siempre trenzaba con sus dedos una soga de esparto que iba sacando de un haz aguantado debajo del sobaco, y en la boca su eterna hebra de esparto como si fuera un regaliz. Para educarnos se valía de adagios, refranes y parábolas, hablaba bajo y poco, pues decía que *quien habla mucho se equivocaba más*, no se dejaba influir por nadie tal vez porque era de ideas fijas o tenía pocas ideas, su aspecto de un moreno pintado se le creía superviviente de los levantiscos moriscos de mitad del XVI que se refugiaron en aquellas sierras laberinto de tajos, cuevas, riscos y fuentes, parecía como si no estuviera contento consigo mismo, le gustaba el orden, cumplir la palabra dada, jamás decía un taco gratuito, cuando lo soltaba era con todas las consecuencias..., y era el primero en sentarse a la mesa, en su sitio de siempre, para presidirla dictatorialmente, luego le seguíamos mis hermanos y yo, mis hermanas y mi madre no se sentaba porque eran las esclavas de la casa y nos servían sin rechistar, además, no cabíamos todos en la misma mesa, porque ellas comían después en la cocina con mi madre de lo que sobraba, era curioso cómo se ponía mi madre de pie detrás de mi padre a esperar órdenes domésticas.

Toda nuestra dieta mediterránea se componía de lo que producían nuestros bancales de la Acebuchal, verduras y hortalizas, que se concentraban en dos platos alternos: un día migas de harina con bacalao asado y al otro “papas a lo pobre”, esa era toda la variedad de platos o menú, y de cenar lo de siempre: el puchero de arroz con tocino rancio en una única fuente grande y honda en forma de lebrillo del que “cuchareábamos” todos, para acompañar al único plato tiraba mi madre sobre el mantel de hule un montón de pimienta crudos o habas cuando era la temporada, el porrón de vino del terreno era exclusivo para mi padre y mi madre, que bebía a escondidas y se ponían "indiebrios", y ella era además la que se encargaba de ir al barril para reponerlo, los demás a mirar porque no podíamos ni fumar ni beber alcohol delante de padre hasta que no se hiciera la mili, como Dios manda, volver del servicio militar era señal de hombría, tanto que hasta te podías casar y te deba la carta de libertad con un cacho de tierra o una puntilla de cabras. Se cenaba cuando el sol se había largado por los cerros de la Coscoja o por Cómpeeta, según la estación del año, es decir, tan temprano que la gente todavía nos decía buenas tardes al pasar por la *enrramá* de la puerta del cortijo que siempre tenía la puerta abierta porque al ser tan pequeño no entrábamos nada más que para dormir. Mi padre hacía dos matanzas al año de cerdos criados con sueros de leche, una en Abril y otra en Noviembre pasado lo Santos, la matanza era un acto familiar donde todos ayudaban, pero el hecho brutal de silenciar los gruñidos del cerdo, que no había parado de dar durante toda la mañana como si presintiera su sacrificio, se le acallaba cerrándole la boca con la lazada de un alambre, subirlo en la mesa, agarrarle las patas delanteras con sogas para inmovilizarlo y dejarle el pecho descubierto donde se le iba a meter la faca de forma que fuera directa al corazón y mientras se desangraba el animal no deja de hacer fuerzas inútiles y cocear con lo que iban a ser jamones. Una vez el cerdo desangrado se le rociaba con agua bien hirviendo para después con cuchillos bien afilados afeitarlo de cerdas. Todo una fiesta brutal que yo no soportaba y que todavía se sigue practicando en toda España.

No sabía cómo enseñarnos, o mejor diría, meternos en la cabezota, a mis hermanos y a mí, cuando éramos chicos, a respetar la parte de naturaleza que a él le convenía conservar, y nos repetía siempre: *No matéis a las ranas ni a los sapos que son familia nuestra, todos los mamíferos aunque sean pequeños como las musarañas tienen sus riñoncito, sus higaditos y sus corazoncitos*, insistía repetidamente mi padre con lo de la comparación familiar para que dejáramos tranquilos a lo anfibios y no los crucificáramos vivos sobre las ramas de las adelfas, pero él lo decía no por el martirio a que eran sometidos los anfibios sino porque mantenían potables las aguas de la fuente de la Acebuchal o la de los Peñoncillos, mi alfaguara queridísima, nuestro manantial purísimo de salvación y abluciones. Además, los sapos que habitaban en las viñas de las umbrías del Mayarín era gigantes, podían pesar, los más grandes, hasta dos kilos, cuando te sorprendían los saltos uno de ellos se te quedaba mirando con ojos de búhos desafiantes, yo intentando adivinar en su mirada a qué familiar mío se parecía, y los dejaba a su aire porque no quería matar a un primo lejano, aunque fueran acuáticos y terrestre, no le hacía ningún daño, si mi padre, que lo sabía todo, había dicho que eran familia nuestra no podíamos atacar a la propia sangre. No sé por qué a estos sapos mi padre les llamaba “bufos”. Yo mataba a otros bichos, a casi todos lo que se movían en el campo o volaran, respetaba a unos cuantos privilegiados como a sapos, ranas lechuzas y golondrinas, estas aves se les consideraban sagradas porque, según decían los más antiguos, le quitaron las espinas a Cristo en la cruz con sus piquitos de arquitectos, otras aves beneficiosas eran los mochuelos, lechuzas o búhos comunes que se comían a los ratones, en la cárcava del Diablo Pintado vivía un búho real al que llamábamos al águila nocturna, sólo el tonto Frasco se atrevía a apedrearla. En otras zonas de España a las ranas se le cortan las ancas con tijeras mientras están vivas y los despojo (cabeza y cuerpo mutilado) se tiran a la basura. Entre las alimañas o animales silvestres se podían matar a las zorras porque se comían las gallinas, a las ginetas si eras capaz de verlas en la noche muy parecidas al gato clavo o montés, gato un poco más grande que el doméstico que se distingue por tener en el rabo unos anillos negros, y a las culebras porque era la representación del diablo en persona, según la Biblia el diablo se disfrazó de serpiente para tentar a Eva y engañar al pobre de Adán que era frágil como una maceta porque era de barro, según me contaban de chico.

A mi padre le llamábamos "El viejo", era un hombre de una sabiduría muy particular, nos contaba muchos acertijos y cuentos que había oído en su vida, uno de ellos, que repetía frecuentemente, era una fábula aleccionadora: *“En una charca vivían muchos caballitos del diablo que se peleaban entre ellos por comerse a los mosquitos, llegó una rana y se comió a los caballitos, luego llegó a la charca una raposa y se comió la rana, a la raposa se la comió el águila, luego vino un hombre y mató al águila, luego apareció un león y se comió al hombre, luego llego la tormenta y ahogó al león”*. La moraleja era muy gráfica y comprensible: siempre hay por encima de uno alguien que te puede comer, por eso no hagas el mal a nadie pequeño y no te comerán. A pesar de ser un rudo arriero, campesino, apicultor y cabrero, le gustaba el orden y los buenos modales en la mesa, antes de comer se lavaba las manos en un lebrillo con jabón echo en casa con sosa, grasa y cocción de romero. Antes de cortar las rebanadas de pan con la navaja del sacrificio, navaja exclusiva para tal fin, la limpiaba a modo de afilarla sobre el pernil del pantalón de pana a la altura del muslo,

luego tomaba el pan redondo hecho “*made in horno romano*” en casa y amasado por los brazos de olivo de mamá mis hermanas y la tía Conchita, levantaba el pan redondo y bendito como un sol y lo besaba antes de hacerle con la punta de la navaja la señal de la cruz. *Gracias Señor por este pan que nos das sin merecérnoslo*, era el único rezo que sabía y cuando terminaba con eso de *sin merecérnoslo* nos miraba a los ojos como pensando *vamos a comer pero hoy hemos trabajado poco*, con toda reverencia lo repartía como quien entrega un testigo, *toma pero que no te se caiga*, del trozo que te daba jamás podía tirar una miga o una corteza, era sagrado, semejante a una hostia divina, tan sólo te faltaba dejarlo que te deshiciera en la boca en vez de masticarlo, darle al perro suponía un pecado mortal, ni tampoco al gato, que merodeaba a tu alrededor, huesos y desperdicios sí podías darle, pero nunca pan, el pan había sido una revelación directa de Dios al hombre y por comerlo se puso de pie sobre las demás bestias. Los animales sin comen pan se vuelven más inteligentes, y eso no es bueno. Me enseñaron que el pan era sagrado, se guardaba cada mendrugo sobrante, y si se caía un trozo al suelo había que besarlo antes de seguir comiéndolo. Aquella navaja tenía una incrustación de nácar en forma de ancla y una mella, estaba tan gastada que el filo era curvo como una media luna, llevaba en el cortijo de toda la vida que yo recordara, su acero era de carbono grisáceo, estaba destinada únicamente a cortar el pan y por eso se le conocía por la del sacrificio. Además de esta navaja teníamos una faca o cuchillo carnicero grande para beneficiar a de los animales del corral, con esa hoja podías cortar lo que quisieras e incluso nos servía para rebajar el grueso de los callos que nos crecían en los talones de los pies de usar abarcas. "El viejo" tenía una superstición: no podía ver sobre la mesa un cuchillo de cocina o una navaja apuntando hacia él. Una vez invitó a comer a un peón, pero éste no sabía de la liturgia particular de mi padre y cometió el error de aprovechar el momento de que la navaja del *sacrificio* estaba en la mesa para cortarse una uña, mi padre, al ver la blasfemia le dio un manotazo con sus manazas de eclipse que lo tapaban todo, y le dio un tortazo como el que se da al niño travieso, con la mala suerte que a consecuencia del manotazo el peón se cortó la yema del dedo por la mitad como se rajan las zanahorias. En el cortijo de mis padres se comía con respeto o no se comía, nadie se levantaba sin haber terminado, no se podía hablar de cosas desagradables ni de dinero. Con orden y silencio las cucharas se oían golpear dentro del único fuente central, cada uno por su parte, a pesar que todos comíamos de una solo escudilla existía la jerarquía y los buenos modales, a nadie se le ocurría meterle mano al tocino de papá ni al garbanzo negro que siempre era rechazado por dar mala suerte; entonces fue cuando comprendí a mi corta edad, doce años, que la pobreza no tenía que estar reñida con la buena educación en la mesa, con el orgullo muy alto de pertenecer a una familia de tradición campesina, de la que no se ha podido demostrar si eran honrados porque eran pobres o pobres por ser honrados, apodada de *Los Simones*. Al terminar de comer las sillas se colgaban de un clavo en la pared, no podíamos bajarlas nada más que a la hora de hacer alguna de las comidas, era la demostración evidente de que no se descansaba, fuera de comidas.

"El viejo", como es propio de los pastores siempre olía a macho cabrío y a cagarrutas de corrales, por no decir a estiércol, pero era un olor a trabajo honrado, y no por su apariencia desaliñada se le podía faltar al respeto, mucho cuidado con él, los vecinos le guardaban la distancia y le consultaban y, sus deseos en el cortijo, que no eran más que los necesarios, se cumplían

por nosotros en la más absoluta subordinación sin cuestionar lo que pedía, a no ser que quisieras probar un cachete de sus manos ligeras y duras como majas de esparto, inmensas, robustas, callosa y anchas. No sabía lo que era cepillarse los dientes, aunque, algunas veces se enjugaba la boca con ceniza de plantas y sal, nunca estuvo enfermo hasta que se murió a los ochenta años por el propio peso de la edad y el abandono del corazón, presumía de que jamás se había duchado porque en aquellos años veinte no se había inventado la ducha, por eso aprendimos de él, mi madre me insistía: *hijo lávate que huele más que el tío Blas que en la noche de bodas su mujer se desmayó de lo mal que olía*, y mi padre le decía *mujer déjalo que no por llevar camisa limpia va a parecer más honrado*.

Era un hombre de talla media más ancho de espalda que alto, usaba bigote como demostración de virilidad, costumbre que todavía perduraba de la mentalidad beréber en los hombres de mi aldea, iba tocado siempre con sombrero de fieltro, blusón de la época como la gentes de las Hurdes en las fotos del viaje de Alfonso XIII, pantalón remendado de pana con dos rectángulos en las rodilleras de distintas telas, y, debajo sus calzoncillos largos, calzaba abarcas de goma algunas veces con polainas de trozos de sacos para andar por la sierra silvestre y aselvajada. Además de cabras tenía mi padre olivos, en la Acebuchal estaba el olivo más viejo y grande de la zona, que era nuestro, un año le sacamos quince quintales de aceitunas.

2/ A mi madre le llamaba Dolores *la niña de la Venta Panadero*, era una mujer de buen lustre, alta y delgada porque en aquel tiempo no existía mujer redonda no ya porque hubiera que ir a lavar a mano con un canasto de ropa a la cabeza, sino por que se comía lo necesario para subsistir, enseñaba manos campesinas, el pelo recogido en un moño que relucía del vinagre, y su rostro se caracterizaba por un gracioso lunar gordote en su mejilla izquierda con un pelo en el centro, orientado a la derecha si es uno el que mira, una especie de marca familiar que hemos ido heredando, yo también llevo ese estigma en la cara y mi hijo mayor. Cuando ella era joven tuvo un pretendiente de mucha nobleza si no llega a ser porque tenía el síndrome de Don Quijote.

Ella era dueña de un generoso corazón, sobre todo con los vecinos a los que no le negaba un favor, primero los vecinos y luego los demás, se dejaba llevar más por las supersticiones de la región que por su propio instinto, que si lo de la sal a la espalda, que no le faltara su ristra de ajos en la chimenea, que los del gato negro, que si las tijeras abiertas, que si el espejo roto, que lo de no pisar con el pie izquierdo al saltar de la cama, rezarle a San Onofre ante de salir de casa, santiguarse antes de cocer el pan en el horno de leña, hacer mandas a los santos, que consiste en rezarle mucho si te conceden algo, una serie de preparados sin los cuales no podía moverse del cortijo. Era analfabeta, pero no conocía la pereza su gran riqueza, cuando se levantaba mi padre, a veces cuando el día no se había inventado, ella le seguía para encender el fuego de leña con una gran habilidad, afirmaban las vecinas que sus muchos trucos culinarios se debía a los años que estuvo con sus padre en la Venta Panadero, freía las mejores berenjenas crujientes, que parece muy sencillo si te las quieres comer amargas, ella cortaba las berenjenas en rodajas las metía en agua para lavarlas y luego las secaba dejándolas entre dos paños durante varias horas hasta que se quedaban sin agua, luego las rebozaba con huevo y pan rayado y a freírlas con aceite bien caliente, se convertían en manjar si las hacía ella.

Había heredado la esencia de la cocina mediterránea: poca carne, verduras, hortalizas, frutas y aceite de oliva, sin faltar jamás el ajo ni las cebollas, la almendra ni la hoja de laurel en sus refritos.

La primera paliza que me concedió mi madre, o sea, que me dio mi madre en condiciones, me la propinó por no tomarme en serio sus advertencias, lo puedo recordar perfectamente, fue una vez que me bañaba en la alberca de Ramiro con mi prima Ana, teníamos la misma edad: unos seis años, la misma que Emilico el de Limán, un chiquillo enternecedor al que le gustaba cantar y tocar la flauta de carrizos, y que se ahogó algunos años antes en la misma alberca. Desnudo como estaba me llevo a apargatazos, uno tras otro, hasta Los Corrales, me dejó marcado en la piel el dibujo de la suela y hasta el número que calzaba. Otra vez me dijo, *tu padre quiere hablar contigo, te espera en la ermita Asunción*, fui y hablé con él o mejor dicho él habló conmigo muy en serio, cuando regresé me preguntó mi madre qué era lo que me había dicho mi padre, le di una mala contestación, y ya con catorce años me arreó su última bofetada.

Éramos diez hermanos de un mismo padre, pero de dos madres distintas. Nos llevábamos muy bien hasta que pasó lo que pasó. A los niños nos enseñaban que éramos más valiosos que las niñas, y que si eran guapas se casarían pronto. Nos decían que las niñas eran de cristal, si se les tocaba se rompían, con esta máxima estaba prohibido "tocarlas" siquiera.

Mi tía Conchita, que vivía con nosotros, era la menor de las hermanas de mi madre, muy limpia, quisquillosa, no permitía niños cerca de ella porque le ensuciaban su delantal immaculado con puntilla bordada, era algo retrasadilla desde que le dio una meningitis en la infancia, pero buena como un ángel, le hacíamos mucho de rabiar, pero la queríamos mucho, y era tan curiosa que cuando iba a Frigiliana a ver a su hermana Carmen, que se había casado con un quincallero llamado Bacas, al llegar al Santo Cristo se cambiaba las alpargatas polvorientas del viaje por otras nuevas que llevaba en una talega, ese era el bolso de las mujeres: una talega bordada con algún jilguero bordado, los más vistosos, o una flor, pues todas las mujeres conocían el arte del bordado, el encaje de bolillos, el croché, el punto, labores que se convertían en trabajos remunerados cuando bordaban grandes velos o mantillas. Si yo le daba alguna broma, ella se ponía a llorar y a gritar: *¡Joseico me ha pegao!*, así podían pasar horas y horas, y hasta que no veía que mi madre hacía justicia en mí y me daba un par de bofetadas para contentarla, ella no se callaba, era una chivata, el sentido de la justicia lo tenía casi paranoico. Ella tenía un gorrión que había criado desde "gurrípato" que andaba suelto en el cortijo, dormía en una cajita de cartón colgada de la pared, le prestaba más atención al gorrión que a las personas, la cuestión es que el gorrión también se dejaba acariciar por su mano y se hacía el muerto cuando se le ponía boca arriba, peculiaridad que tienen casi todas las aves, que cuando se les pone boca arriba se quedan quietas o asustadas no lo sé, soltaba un pio, pio, pio..., a modo de alarma cuando notaba la presencia de algún extraño.

Mis hermanas eran todas muy guapas y muy presumidas, y como eran muy morenas casi siempre se protegían del sol con pañuelos o sombreros para las tareas del campo y los viajes al pueblo, de esa forma mantenían el cutis lo más claro y protegido posible, estar muy bronceadas daba sensación de pobreza, además el sol reseca y envejece la piel. El moreno de la mujer era señal de campesina, que ninguna quería parecerlo.

Ahora me persiguen unos remordimientos. ...no mamá que no tienes razón..., “¿por qué Joseíco?”, sé que hace tiempo que no te mando unas letras pero me acuerdo de ti, me acuerdo mucho, sabes que siempre que puedo te escribo..., “tú no escribes nunca a tu madre ni a mí”. Sí, pensad, lo que queráis..., pero me acuerdo mucho de vosotros, siempre os tengo en la cabeza, “no, si ya lo dice el refrán pueden más dos tetas que dos carretas”, no me digas eso madre que me da coraje, el cariño a una esposa es otro amor diferente, ¿por eso me lo refriegas?, para que siga pensando con sentimiento de culpa..., “pero si lo dice el refrán un padre para cien hijos y cien hijos para ningún padre, ¿o no es cierto?” ...no puede ser, ahora no, qué quiere que te diga, no os podéis venir ahora a vivir conmigo, no mamá no digas eso..., no llores otra vez..., "ya no me quieres, me quieres ver muerta, si estoy mejor muerta que dando la lata", con todo lo que me digáis no tenéis razón.

¿Por qué hablo con mis padres si llevan muerto más de treinta años?. Pensamientos, ¡por qué me torturáis! Quizá sea el remordimiento de no haberme portado bien con ellos, a uno siempre le queda esa conciencia apolillada de no haber actuado todo lo bien, que en vida, se merecían o uno hubiese deseado, o cuando ella estuvo mala y no comía yo me enfadaba con ella y me iba a la calle: *pues me voy y no vuelvo sino me comes, me voy, y los médicos que tu madre tiene que comer, que tiene que tomarse las medicinas*, y yo como un idiota haciéndole caso a esos carniceros de mierda y no preocupándome por ella, con el cariño que me tuvo siempre, que era su hijo preferido, el hijo que le costó una enfermedad cuando me llevaron a la guerra, y por poco se muere la pobre del disgusto y preguntaba sin parar a todo el mundo por dónde iba el “tajo de la guerra” para que ninguna bala me lamiera las orejas y yo fui un desagradecido con ella y no se me puede olvidar las fatiguitas que pasaba cuando comía a la fuerza con la voluntad que comía casi devolviéndolo todo y yo dictador fascista ¡a comer, a comer. a comer!, bestia, que soy un bestia, que soy un bestia desagradecido y la pobre se me murió..., retumban sus palabras en las catacumbas de mi cráneo embovedado y sumergido en lo sótanos del pasado..., ya no me quieres Joseíco, que los viejos somos un estorbo, que me quiero morir...

3/ No pensar, no sentirme culpable, no puedo con el luto de la culpa... En mi aldea, hoy perdida, disuelta, disipada en el tiempo, la honradez estaba por encima de toda virtud y sobre la honradez el honor de la familia la cual te podía traer complicaciones pero a las que no se podía renunciar, aseguraba mi abuelo paterno Miguel (mis dos abuelos se llamaban Miguel) que el honor es un sello único que te dan al nacer pero una vez perdido no se recupera jamás, haces una y ya has hecho cientos, si te señalan con el signo de Caín estás perdido, la gente jamás olvida. A los cobardes no les respeta nadie. Y eso de que un niño te untara saliva en la oreja era motivo de pelea segura, si no te peleabas en esa ocasión eras el hazmereír de todos y ya los demás se envalentonaban y a darte coscorriones y “noskis”, que no eran bromas sino ofensas e insultos simuladamente graves que había que vengar, cuando te ponías muy bravo ellos, la pandilla, se rebajaba a la defensiva, *¿Joseíco es que no sabes aguantar una broma?* Me enseñaron que si me ofendían era como si ofendieran a todo *Los Simones*, pues si la gente se acostumbra a no respetar a un *Simón*, poco a poco dejarían de respetar a la familia por completo. Si tú hacías una acción reprochable, se le reprochaba

a toda la familia. Cuando uno de los nuestros necesitaba ayuda, todos a él. Las mujeres se sentían muy orgullosas de pertenecer a una familia en la que se sentían protegidas, recordándote siempre que eras un *Simón*, y uno como no podía defraudar estabas siempre dispuesto a hacer heroicidades y a pelearte con quien se pusiera delante. Si mi Dolores me decía: “Pórtate como un *Simón*”, qué consigna tan exigente, qué responsabilidad, a esa voz te pedían la vida, y tú la dabas. En mi aldea todo se sabía, nada se podía ocultar a la vista de los demás, por ello de la apariencia hacías una forma de vida. Los vecinos tenían varios comportamientos, en la aldea eran agrios y recelosos, en cambio, cuando te los encontrabas en otro lugar, en el pueblo y lejos, se convertían en amigos de toda la vida, inseparables.

Recuerdo que mi padre mostraba una doble personalidad: en casa era muy severo, y en la calle no tanto con los vecinos. Amigos no tenía, en la “aseguranza”, como él decía, que un amigo es como unas tijeras de podar: cuando lo necesitas no está en su sitio. O, como un matojo leñoso que en cuanto te agarras a él se desploma y no te sujeta. No quería amigos que le hicieran pensar. Todavía recuerdo muy bien cuando repetía: *Joseíco si quieres saber cuantos amigos tienes pídeles un real*. Era muy cerrado de mollera daba alguna broma pero no las permitía, eran bromas aleccionadoras para que te acostumaras a ellas, pues en la soledad de los cortijos uno se hace un salvaje insociable, tímido y reservado, en cambio, mi madre no tenía sentido del humor, estaba demasiado ocupada con remediarnos a los hijos, conocía las artes de los curanderos, sabía muchos remedios para los dolores de barriga, la tos, la fiebre o como el de ponerte al cuello un canuto de cardo borriquero macho (que son los que tienen los canutos más cortos) para quitar las ronchas y los picores, el dolor de muelas con la corteza de la planta llamada *salao*, el dolor de estómago con infusión de zafareña, quitar la resaca con zumo de naranjas (lo mejor es un zumo de naranja y un Paracetamol), infusiones de manzanilla de monte para la limpieza de los ojos, grasa de lagarto con infusión de la planta "dientes de león" para crecerse el pelo (a un Cristo de Agrón lo afeitan cada año y cada año le crece el pelo), con un collar de cortezas de jara te sanaba los dolores del tuerto (los que dan después del parto), te sacaba las espinas ablandando la zona con zumo de tomate y limón, curaba la reuma con cataplasmas de arcilla y una mezcla amasada en el mortero de lavanda, sanaba los cortes con ajo y aceite. Todos estos remedios y muchos que no recuerdo ahora los aprendió de su tía Teresa Lara a la que le llamaban la Santona o lo que es lo mismo: la bruja de la Acebuchal. Ella era una mujer antigua y por eso era analfabeta en lo de las letras, pero estaba doctorada en las labores del hogar y en sus obligaciones, se hacía respetar en las inhóspitas Sierras de la Almirajara con mano dura como la única forma de supervivencia, respetaba mucho a los animales que tenía a su servicio, recuerdo que cuando en la choza del Cuervo, lomas a la que subíamos en verano con las cabras para buscar los últimos pastos, ella hacía el arroz a la choza: arroz en blanco con bacalao, me preguntaba *Joseíco, hijo, ¿cuántos estamos para comer...?*, y yo contaba el número de comensales, luego ella, según los que le decía, cogía como medida un puñados de arroz por persona y al final remataba con otro puñado más: *... y éste para el perro*. Era una mujer cariñosa y muy valiente tanto o más que mi padre, en tiempo de la posguerra, años de los bandoleros subió a la sierra a por unas cabras que se le habían perdido, entonces el Roberto, un bandolero muy peligroso le siguió hasta las cuevas de Calipto creyéndole de la contrapartida, a pedradas se defendió de ellos,

cuando la rodearon para matarla le perdonaron la vida a cambio de que le subiera comida, así estuvo un año engañando a los civiles, pero a sus cabras nadie las tocó y eso que entre mi padre y ella tenían cerca de mil. Pero en otra ocasión le pasó al revés, le persiguió la guardia mora, la cogieron en una mina y gracias a un teniente de la Guardia Civil le salvó la vida porque le dijo que tenía a un hijo en el Cuerpo, demostrando así que no era un enlace. Cultivaba, su pequeño huerto propio, muy cerca del cortijo, ajos, acelgas, cebollas y sobre todo melones amarillos, decía que los melones unos son hembras y otros machos, a los machos no se le cae el rabito y son menos dulces que las hembras; a pesar de que los dos tienen racimos de pipas en su interior ella juntaba las pipas de unos y de otros, las dejaba secar en un bote y al año siguiente las sembraba y le crecían. Ella misma fecundaba las flores de los melones una a una, no le dejaba esta labor a los insectos.

Nos decía, *cuanto tu madre te pega, eso no es tortura sino una lección práctica de encauzamiento y entrenamiento hacia la obediencia social futura que has de soportar*. Después de que nos pegaba, mi madre se arrepentí y usaba mucho ese refrán de *quien te quiere te hará llorar*. A lo que yo le respondía pues las cebollas nos hacen llorar y que yo sepa no nos quieren ni ver. No sé por qué pero en mi casa siempre estábamos pelando cebollas, cebollas para las morcillas, tortillas de cebollas cocidas, sopas de cebollas, cebollas crudas, y como eran de esas especie moradas, muy fuertes, no de las blancas, en cuanto se les pegaba la primera cuchillada a llorar de pena por ellas. Las cebollas nos hacen soltar lágrimas sin querer, pero es que, ahora a mis años, como tengo tantas cosas por las que llorar, algunas veces, aprovecho para llorar de verdad y así me desahogo, y nadie sabe si lloro por culpa de las cebollas o por otras penas que tiene uno atrasadas.

4/ Mi hijo primogénito Ramón está a punto de calzarse en los cincuenta años de edad, los años se van a los pies sometidos por su propia gravedad, que por cierto, mi hijo luce en la mejilla izquierda la verruga lunar de mi madre y la mía con un pelo en el centro, un pelo doloroso si se lo saca con pinzas. El cincuentón trabaja de ingeniero aeronáutico en Alicante, ha venido de vacaciones, por eso sé que estamos a finales del mes de San Juan, siempre viene en la misma fecha cuando terminan los colegios. Ha venido con su mujer y sus hijos, que son mis nietos mayores. Propone en consejo familiar que vayamos mañana a la Misa, y al decir la Misa, todos comprendemos que se trata la del día de la Misa a San Juan en el cortijo del Pino en el Mayarín, sin duda es una gran idea, y aprovecharemos el día festivo para pasar por mi aldea perdida y abandona de la Acebuchal. Para celebrar tan formidable idea invito a toda mi prole a comer, bien un choto frito al ajillo (cabrío al estilo Frigiliana, es decir con ajos, aceite de oliva, laurel, vino blanco, y un majadillo de almendras con azafrán y algunas especias secretas como el clavo indio) o una paella, y votan por lo último, porque a la hora de la verdad en mi casa manda todo el mundo menos yo, y esto es la democracia: votar. Mi hijo sabedor de que a mí me encanta subir al campo, por muchas razones: allí nací y reventé mi infancia y juventud trabajando con mi padre, hasta que llegó la maldita guerra civil y me liberé de sus delirantes celos de padre-patrón. La Cortijada del Pino se sitúa encima de una loma en el Mayarín, la zona de pizarras meridional de la

sierra de Almijara, debe su nombre a un pino que alardea de gigante, entre sus ramas pueden cobijarse todo los pájaros del mundo, o me lo parece a mí, es como un globo aerostático y eso que en los años cuarenta recibió la visita feroz y envidiosa de un rayo y le cortó una de las ramas principales, la circunferencia de su tronco no la pueden abrazar entre tres hombres a la vez, todo los vecinos le respetan y le veneran como al roble de Guernica, bajo el espíritu de su sombra existe una ermita, El mágico pino, nadie recuerda cuando creció, está en terrenos de la familia conocida por los Obispos, apodo de una familia oriunda de Cortijo Moreno y de Cómpea, descendiente de un tal Baldomero el Viejo, conocido por el de la Enciclopedia que ya contaré más adelante. La cortijada era en principio dos cortijos adosados: el del Pino, propiamente dicho donde viven los Obispos y en el otro el de mi padre, que lo compró cuando yo tenía doce años. Las dos familias vivieron siempre en recia hermandad, familia afines, porque incluso algunos miembros se casaron para afianzar aún más la vecindad, y no se recuerdan, que yo sepa, pleitos alguno, salvo aquello de la hoz que se perdió en el siglo pasado.

La cuestión es que mi hijo Ramón ha conseguido levantar los traseros acomodados de mis otros hijos, nueras, yernos y nietos en la ciudad de Málaga aplastada por el sol. Nos acostamos tarde hablando del viaje en encendido exódo... Yo había regresado a Frigiliana, a mi pueblo, retornaba después de doce años de ausencia en un exilio voluntario por todo América trabajando como saxofonista en varios grupos de jazz, y al volver me di cuenta que sus gentes no eran las mismas de cuando yo vivía allí, todos sus rostros me eran desconocidos, y ellos tampoco me reconocían como si yo hubiese llegado de otro planeta y en otro siglo, fuera del tiempo. En cambio eran las mismas calles empedradas con sus fachadas encaladas y sus cenefas azules y la iglesia inconfundible del siglo XVI, no me podía creer esta situación tan absurda, todas las casas se conservaban intactas, mantenido por las caricias de las gentes. A la entrada estaba el arrabal del Calvario y un cortado entre dos peñas donde antiguamente los mozos jugaban a la cinta en carreras a caballo y otras bestias. Seguidamente la calle Real, la única calle diagonal, doblaba hacia la derecha inclinándose hasta aparecer en la plaza del cuartel y encima, sobre una ladera el ingenio de los de La Torre, donde se fabrica la miel de caña, y el peñón basculante o atalaya donde estuvo el antiguo castillo moro. Sin duda no me había equivocado de pueblo. No me lo podían cambiar, el paisaje, los cerros, el nombre de las calles, cada escalón, cada pasaje morisco de calles empinadas y estrechas. Sin embargo, mis antiguos vecinos no eran los mismos, ningún miembro de mi familia vivía allí como si los hubiesen cambiado a todos de lugar en un complot para qué, para que me fuera de allí metiéndome datos falsos de un recuerdo diferente. Parecía un escenario de actores, focos, luces, como mucho de los escenarios que había pisado en mi ausencia, una cámara oculta de un programa de televisión nuevo, un teatro para volverme loco y toqué las paredes para cerciorarme de que no eran de cartón piedra o los árboles de los bancales que se levantaban contra un cielo hostil, yo sabía que los testigos vegetales me conocían y la piedras también, pero no podían hablar, era la muda armonía vegetal de una sirena verde en mitad de la tierra. Y uno de ellos, una higuera tenía en su tronco el corazón que grabé con mis iniciales secretas: "J. ama a T". El tajo Colorao estaba allí arriba, a lo lejos señalando siempre el Norte, afeitado de pinos que en verde barba se levantaron años atrás y un fuego temido sorprendió en una tempestad de

maldades. Frigiliana era el lugar donde estaba dispuesto a apagar para siempre el pávido de mis días, lugar buscado y deseado como tumba, y mis cenizas rociadas por la loma donde está el sillón del guarda. En la placita de la Fuentevieja, pasada la época de bandoleros, compraron mis padres una casa, tenían dos residencias: la del cortijo del Pino y la del pueblo. En vacaciones pasaba allí largas temporadas y subíamos en excursión a los restos del castillo moro y al pozo Baztán. Ahora que regresaba para reponerme de una enfermedad incurable y me había prejubilado con alguna fortuna en metálico, necesitaba refugio y comprensión, retornar al seno, que alguien me quisiera, sentía hostilidad y desconsuelo, desazón y desaliento. Quizá los medicamentos me estaban transformando y yo no me daba cuenta. Era un extraño en mi propio pueblo, ¿pero tanto había cambiado?, lo cual me viene a demostrar que los pueblos no son las casas y las calles sino quienes los habitan .

Había regresado a mi pueblo porque el Dr. Calderón, cardiólogo cubano con consulta en Nueva York me diagnosticó una pleuresía fibrinosa, y no pronunció una sola palabra de aliento mientras miraba las radiografías y los análisis de sangre, yo al verle silencioso por mucho tiempo, le exigí que me dijera la verdad de su diagnóstico, él me preguntó a lo que me dedicaba y le contesté que yo era soplador de instrumentos, o sea, músico del viento. A él sólo se le ocurrió decirme que buscara otra profesión y un lugar soleado, tranquilo y con buena atmósfera para alargar los años que me pudieran quedar, porque la recuperación de ese tipo de enfermedad no se podía prever, me quedé pensando que cómo me podía ocurrir eso a mí, y se me aceleró el ritmo cardiaco sin que el Dr. Calderón se diera cuenta de mi cambio de ánimo, lloraba por dentro de rabia y sin poder volver a soplar ni una flauta, por supuesto por muy dulce que fuese. Estaba desahuciado, y por una parte, reconocía que mi vida había sido la ceniza intacta de un continuado cigarrillo en las nocturnas funciones tocando el saxo con la banda de Tony Ventura en pubs de mala muerte o, últimamente en las mejores salas de fiesta de Miami. Mi vida se había ido con el aire que se quemó en los cigarrillos y en el hilo de incesantes quejidos musicales. Salí de mi pueblo por el capricho de ver el mundo, como si el mundo mereciera la pena ser visto, o mejor dicho, emigré porque no tenía para engordar los huesos y ahora regresaba porque no tenía donde arrojarlos. Me encontraba en la puerta de la casa de mis padre y recordaba a mi madre vestida de negro con el escobón de cal dándole a las fachadas y a las cenefas. Una vida tranquila, pero sin trabajo digno que pudiera a uno sacar de un apuros. Mi novia T. vivía junto al lado en la casa de la puerta verde con llamador de mano pulida con *sidol*, no fue capaz de seguirme y se quedó esperándome, paciente y dicharachero enmarcada en las costumbres del pueblo y esclava de la opinión ajena, dicen que si sacas a una frigilianera de su pueblo se mueren de añoranza. Pero mi mujer, no sería T. sino una americana de Colorado, mala actriz y peor cantante que me dejó en cuanto me acudió la enfermedad no fuera a ser que se contagiara, ahora para mí, ella esta muerta. Ahora estaba solo tras la reja de la vida engañado por el sueño americano de ser alguna vez un famosos músico y volver a mi pueblo aclamado y con una calle a mi nombre, pero no, ahora era un saxofonista de tercera división en un pueblo desconocido que regresaba a Frigiliana, a la casa de mis padres, a la placita y a la vieja fuente de roca antigua con chorro de agua en forma boca de héroe mitológico, tiene debajo una pileta de piedra blanca, no de mármol, de una sola pieza como si fuera una bañera,

gastada en el brocal por el uso y apoyo de los cántaros que con su arcilla iba limando al rozarse en la sed diario, desde allí bajaba una escalara estrecha de piedras mal encajadas, una escalera hacia los bancales, y hay día, ese bancal se había convertido en una carretera de circunvalación. Pero lloraba por dentro porque la gente no me conocían ni yo a ellos, me atreví a llamar a la puerta de mi novia T. , en cuyo escalón tantas veces nos habíamos sentado, y me salió otra mujer con su marido. Las matriculas de los coches eran amarillas de un país extranjero, qué angustia, seguro habían sido capaz de vender todo el pueblo a un grupo extranjero, palabra antigua, ahora todo somos de la misma comunidad europea. ¡Hola!, saludé a un viejo, me hablaba del pueblo y de que llevaba allí toda la vida, le pregunté por mi familia de *Los Simones* y no conocía a nadie. ¿Seguro que estaba en mi pueblo? Me contó ciertas anécdotas pasadas que yo no conocía, sin embargo, era mí pueblo, lo sabía, no me podía confundir, aunque en esta sierra de la Axarquía todos los pueblos, blancos, de calles estrechas encaramados en las sierras, se parecen mucho. Pregunté en el Ayuntamiento, me dijeron que sí, que era Frigilina, en el padrón no había un solo Fernández y nuestras fichas habían desaparecido, alguien estaba interesado en borrarame o ¿era que no querían que me quedara por mi enfermedad?, pero no, no me convencía, estaba en mi pueblo por mucho que me quisieran equivocar, in duda era mi pueblo por mucho que yo tratara de convencerme. Preguntaba a todos, me fui a la posada, para descansar unos días y esperar acontecimientos, pero no habla forma de demostrar que ya era conocido, uno más del pueblo. Así que desesperado y reventado me puse en el camino de vuelta, y desengañado me marché, con pasos cortos y mirando al suelo, salí muy triste y agobiado de mi querida Frigiliana desconocida, compré tabaco y me fue el paquete, quería morirme allí mismo... Por fin me despierto de esta pesadilla, he soñado toda la noche, no soy saxofonista ni jamás he viajado por América, me duele un poco en el centro del pecho y toso como todas la mañana, me da alegría, que hoy es el día de la Misa de San Juan.

5/ ... y como un éxodo a las nueve de la mañana salimos del piso yo como siempre me pongo mi gorra madrileña como la que usa mi admirado maestro de la letras, tocayo y quinto mío Miguel Delibes, que según una foto suya en una revista que guardo, parece con su escopeta, su perro y cuatro patos muertos, con todo los respetos y sin menosprecio, un bodegón de caza de los Madrazos. Tomamos la autovía de la Axarquía cada pareja en su coche y sin darnos cuenta de que la burra cojea nos encaramamos a Frigiliana por una carretera de pena sin pintar, y luego por el carril de la cuesta del Pedregal hasta la cortijada del Pino para la Misa y a la Romería, además afortunada ocasión para ver y saludar a todo la familia, después, cuando terminara la Misa y la procesión iremos mi prole y yo hasta los bancales de la Acebuchal para cocinar una paella con leña, según el voto. Llegar hasta los bancales y el arroyo de la Acebuchal me supone una dura nostalgia como si me abren en canal y me cosieran después dejando dentro a otro hombre, porque en el acto de recordar la infancia me dejo algo parecido a la piel de las culebras, uno llega a verse como metido en oscuras tinieblas de otra vida vivida antes o las vidas que he vivido, que cantó Neruda, como un mundo que parece que no existió o que se transformó de tanto mentirnos

a nosotros mismos o que avanzó entre caras que no se cambian, caretas de unos días lentos y doloroso.

Me siento feliz, y me pregunto qué es sentirse feliz, si la felicidad lleva dentro los genes de su propia destrucción. El cielo es tan azul cobalto que me lame el iris de los ojos, el viento se siente ridículo y se ha marchado, el olor silvestre del romero es casi un sonido a metal, soy iceberg rodeado de agua templada. Bajo la sombra bendita de un colosal pino con mística forma de cáliz verde, se erigió en el año 1982 una ermita a la advocación de la Virgen Milagrosa, virgen que siempre fue venerada en la Acebuchal, y que los descendientes de esta aldea desaparecida, nadie sabe por qué, se empeñaron en levantar mirando su puerta al naciente sol, como orientado a una ensoñación de la Meca pagana y mora. Posteriormente esa ermita se ha ido habitando de santos, en incluso hay colgado un Cristo llamado de "Los Simones" pintado por mi hijo Ramón, y que en su tabla posterior recoge las firmas de los *Simones*, también se pude ver un pequeño altar, crucifijos, exvotos y otros santos. También hay una Virgen Inmaculada que se encuentra protegida en una hornacina de madera, regalada por las Hijas de María de Cómpeeta. El último domingo del mes de San Juan, celebramos la Misa los descendientes de la Acebuchal, recordando y rememorando el tiempo pasado en que nuestros padres hacían lo mismo que ahora nosotros en la aldea perdida, una romería hasta las cuevas de Panduro, donde estuvieron escondidos los santos durante la Guerra Civil, todavía queda la antigua ermita pequeña como un horno de pan, y que todavía resiste a las afiladas espinas del tiempo, su primera piedra se colocó en el año 1935, nunca llegó a ser iglesia porque después llegó lo que llegó sin que nadie sepa el motivo. En 1955, se recuerda que el día de la Misa vino a cantar "Colito de Torrox" y músicos de Cómpeeta.

Bajo la sombra de unos toldos de paseros, han colocado unos bancos y sillas que ha traído el camión del Bizco. Veo a muchos de mis sobrinos, los de Adriano y mi hermana Rosario: Cecilio y Ana, Adoración y Adelaida. A Lucía Muñoz. A Sebastián Cruz y sus hijos: María Dolor y Pura que junto a su marido están empeñados en rehabilitar algunas casas de la Acebuchal. Paco Emilio y su mujer Elena. Los de mi hermano Antonio que tiene ahora el cortijo del Pino que fue de mi padre y le tocó en suertes. Dolorcita que no puede faltar y su hermana Primitiva, sin los hijos de esta porque a ellos tienen mucho trabajo. Los hijos de mis sobrinas Sofia, los de mi hermano Miguel, Paco el de la verruga, Antonio el Bizco. Todos nos han saludado con un cariñoso beso tanto a mí como a mi mujer, -nos dicen- "qué bien estáis parece que por vosotros no pasan los años". Vecinos y amigos se nos abrazan en un añorado saludo: "Qué nuevos estáis".

En abril de este año cumplí los 75, nací en el año veinte, toda una vida en diarios años, en peregrinación de días trabajando para sacar adelante a mis cinco hijos, me parece al decir esta frase de "toda una vida" escuchar por primera vez la canción del cubano Antonio Machín: *"toda una vida estaría contigo..."* Yo me encuentro bien, con los achaques de la inevitable vejez o desaceleración de la vitalidad por pérdida de valor adquisitivo sería la frase de un político de "M" mayúscula. Ojos nublados por las cataratas, algo de azúcar y piernas de burro penco, como dicen mis colegas del Hogar del Pensionista somos personas muy usadas, añadidas, yo apunto que más que usadas estamos gastados. Lo que mejor me funciona es la memoria entera, tal vez se deba al ejercicio con el juego del dominó o el tute que practico dos veces al día en el Hogar del Jubilado que está junto a la iglesia de

Goretti, echando pulsos de fichas con mis compañeros de mesa que saben aguantar mis cabreos cuando no me dan las fichas que yo llevo o sea se doblan cuando no deben con la blanca doble. A la práctica de hacer crucigramas. Ahora con la sensación amarga de estar frente a lo imposible procuro caminar haciéndole caso a ese eslogan de quien mueve las piernas mueve la vida o ¿no es así?, bueno algunos lapsus de memoria sí que tengo, no pensar, jugar y buena alimentación, afronto la vida que me queda esperando que un día no me toque levantarme y me evapore como la llama de un quinqué, y deseando a veces, reunirme con los míos allí arriba donde dicen que está el Paraíso, a este tope de edad uno se da cuenta de que nada merece la pena, que todo es mentira y humillación, que la vida es un ciclo: nacemos, vivimos, morimos y nos reencarnamos en otro ser nuevo, porque yo sí creo en la reencarnación no en la resurrección de los muertos, porque si he de resucitar con este cuerpo envejecido no me interesa. Pero mientras se vive aquí, a este otro lado de la existencia, uno ha de conformarse con el asco de la actitud visible y convencerse de que este mundo es un satélite de Dios, un lugar de tránsito en un aeropuerto celestial y con destino a un lugar ignorado. La única felicidad que añoro es ver a mis hijos y nietos vivir en libertad democrática.

6/ Mi hijo Ramón, además de su trabajo, es un aficionado dominguero a escritor sin suerte con los editores, lleva siempre consigo la ilusión de un bloc pequeño, para ir anotando las repuestas a las preguntas que me va haciendo, así como a la familia, o toma notas directamente del paisaje como si escribiera en vez de pintar la forma de un árbol, una casa, un cerro, *este chiquillo está medio chalao, no me hace caso*, le digo a mi mujer, ya le he dicho que deje la inutilidad de la escritura y dedique su tiempo libre al deporte o a cosas serias como hacer negocios rentables, es muy simples: vender a un precio más caro del que se compra. Todo lo que no sea ganar dinero es un vicio o una pérdida de tiempo. Quiere mi hijo que le cuente cosas de mi vida, estrujarme la memoria y es que mi vida tiene poco que contar, es vana en acontecimientos pomposos, vulgar como la de cualquier otro trabajador, monótona y aburrida, sin nada que pueda asombrar o sorprender. Pero él como un buen Tauro insiste en que le cuente de la familia, que a lo mejor encontramos a un héroe olvidado, un hecho sobresaliente, un aventurero, pero yo le digo: *qué vamos a encontrar en un lugar rural y olvidado sin interés alguno: la Sierra de Almijara: último rincón del mundo, ebrio de sol, inhóspito, aldea tibetana, donde ni la águilas quieren poner sus huevos y las monteses quedan ya pocas*.

Durante la Misa, celebrada frente a la ermita y bajo la sombra cenital del pino aerostático y los toldos, mi Ramón, no ha respetado el silencio eclesiástico y no ha parado de hablar con la familia y vecinos, mientras algunas mujeres le han mandaban callar con un siseo disimuladamente cortés, hasta el cura que ha subido este año desde el pueblo de Maro no ha dejado de mirarle con el Santísimo levantado, es un cura de la nueva ola, un hombre joven y el cuello doblado de humildad poseedor de una cuidada oratoria evangélica y exaltadora en los valores tradicionales, con el campesinado, las costumbres, los antepasados y acorde con el momento, el lugar y la romería. Le he afeado su actitud poco respetuosa durante el necesario silencio de la eucaristía –él me dice, palabras textuales: *toda misa que no se haga en un lugar sagrado no se considera misa*, ¡será imbécil el muy...!, pero cómo está el niñato, pienso, mejor hacerle caso a mi mujer que

entre diente y con gestos mímicos me quiere decir que no me meta con él, que lo deje, *¿entonces a qué ha venido aquí?*, y ella insiste: *tú déjalo no ves que no va a querer venir otra vez*. Me conoce, y sabe que la armo, me conoce muy bien y armó la marimorena, por menos la armé una vez en el Pryca los Patios.

Cada año acude más gente a la Misa, los coches y los todo-terrenos se colocan como caballos desbocados en el carril de tierra que vienen desde la cuesta del Pedregal, tan sólo les queda arrodillarse ante la Virgen como vencidos carros de combate de una guerra perdida. Durante la Misa cada cual ocupa el lugar que puede: las mujeres en las sillas preferentes bajo el toldo naranja, y detrás de ellas, de pie, la juventud, y los más, sobre los pollos y escalones del cortijo el Obispo, y en cuando empieza la eucaristía, los hombres, con todo respeto se quitan los sombreros, dejan de beber cerveza de barril, aunque es difícil hacerles callar porque se están saludando todavía, la mayoría no se ha visto desde el año anterior o de varios años, puesto que además de romería es lugar de encuentro familiar. Otras personas, más cocineras, como el Brigada Martín Comandante de Puesto de Nerja y un Guardia dejan de despellejar conejos camperos cazados por la escopeta del guardia Ramírez en el Boquete de Zafarraya, según dijo el propietario de los cadáveres peludos. Durante la Misa llega la hora de las rogativas, el cura se sienta en un banquillo de madera que usa la tía Blasa el resto del año para hacer tomizas y pleitas. Voluntariamente, cada uno de los asistentes puede pedir en voz alta, ante todos los presentes, por un familiar fallecido, porque haya buenas cosechas o no caiga granizos. Mi sobrina Raquel, se levanta con voz llorosa y pide una oración por Dolores Fernández, hermana mía y de todos, fallecida en Octubre del 94, y unas lágrimas de emoción ruedan por los húmedos ojos de todos sus sobrinos allí presentes. Luego Aurelio también hace una petición..., y así van haciendo rogativas otros muchos, pero que yo, emocionando, no puedo recordar ahora. Aurelio el de Concha, hijo de mi viejo amigo Baldomero, coordinador de los actos de la romería, me convence para leer en público una poesía que yo había escrito a la Virgen Milagrosa, pero me pusieron a leer otra poesía distinta, un llanto o elegía dedicada a mi difunta hermana Dolores. Mi sufrida hermana que jamás fue capaz de olvidarse ni un minuto de aquella escena tan horrible que vio en la puerta de su cortijo. Acabo de leer la elegía con "bufos" en la garganta, sin vacilar, sin declamación, sin interpretación, atascándome como un todo-terreno en las arenas de una playa del Cabo de Gata, pero los presentes me escuchan silenciosos, expectantes, cabizbajos, también se tragan lágrimas como sapos escurridizos, mi voz solitaria es la única que domina el acto místico, e incluso, los que estaban desollando los inofensivos conejos de Zafarraya dejaron de desnudarlos por un momento; las mujeres sentadas agachaban la cabeza en reverencia y, lo indiscretos, se miraban a la cara sorprendidos de tan lastimero canto a una hermana fallecida, y, a la que, sin necesidad de elogios gratuitos la tengo que recordar como una mujer entera, morena, delgada, trabajadora, madre y esposa, hacendosa y dispuesta a servir a familia, vecinos y conocidos con una hospitalidad fuera del común entender este concepto casi olvidado hoy día. Mi hermana Dolores, era mayor que yo por un par de años, y como el zarpado de una asociación de ideas que no soy capaz de controlar, me acude aquel lejano tiempo de nuestra niñez que nuestra madre, viviendo ya en el Cortijo del Pino, nos mandó a los dos a por agua a la fuente de la Acebuchal o de la Sirena. Tenía yo por aquel

entonces unos diez o doce años y era un largo espárrago, yo no quería ir con ella porque era casi una mujer en comparación mía, y el miedo mío era a que cuando estuvieran llenos los cántaros no poderlos subir al serón a pulso y tener que pedir ayuda a alguien, así que mi hermana muy ingeniosa pensó que no nos haría falta ayuda de nadie, ideó la forma de llenarlos cómodamente: colocar los cántaros vacíos dentro de los serones, y lata a lata llenarlos. Así y todo no me convenció porque mis miedos, en realidad, eran otros muy ocultos que no iba a confesar. Para obligarme se puso muy seria y me dijo, *Joseíco, tienes que aparejar la burra venir conmigo a por agua porque lo ha dicho madre*, yo tuve la osadía de preguntárselo a mi madre, y sin argumentos para obligarme me dijo, *lo ha dicho padre antes de salir con las cabras*, y como a padre no me atrevería a preguntarlo ni aún estando presente porque le temía, fui con ella, obligado, con la burra y dos cántaros. Una vez en la fuente salieron dos zagalones mayores que yo el Baldomero y el Dieguito, mis temores se habían presentado, le estuvieron diciendo a mi hermana lo guapa que era, yo no me atreví a defenderla. Me dijo mi hermana: *Joseíco, demuéstrale que eres un Simón*. A pesar de que yo era larguirucho y grandullón tenía poca fuerza en los brazos, no la defendí aquella vez, cuando de vuelta en el cortijo se lo contó a mi hermano Miguel, éste me estuvo dando tela marinera para demostrarme que no duelen los golpes ni los puñetazos sino la humillación.

A media Misa llegó mi yerno Manolo el *Manitas*, y mi hija Mari Carmen con sus dos hijas: Carmen y Laura. No sé que les pasa pero, últimamente les cuesta salir.

Cuando termina la Misa, siempre viene el corro de un rato de conversación familiar, y después de repartir besos y "qué bien estás", bajo un sol de medio día preguntón y aplastante, deslumbrado por el verbo de los pinos del Fuerte, las cepas con sus manos de pámpanos en bandejas de celofán, los aguacates enanos, el almencino, las chumberas, los olivos estropeando la continuidad del verde vid, el gris pizarra y el blanco marfil por el Comendaor, mi hermano Antonio el *Cabrero*, el mejor conocedor de la Sierra de Almirajara, guía de cazadores de monteses en su mejores años, nos ha invitado, como cada año, a probar unas tapas de choto al ajillo con vino, que ha preparado su mujer Ana la *Poetisa* o la pelirroja. Aquí sentado, mirando a la loma siento que la tierra se me mete por los pies y se me sube por las venas, siento el peso del aire, y pienso en mis hermanos cuando eran pequeños y jugábamos por el camino del almencino, en mi madre y en mi hermana mayor me hacían trabajar, amenazándome con mi padre, siempre se me colocó el sambenito injusto de vago y caprichoso, terco como los *Simones*. Cuando ellas me querían pegar yo me subía en un albaricoque grande y allí me quedaba hasta que me perdonaban o bajaba por mi cuenta. Me entretenía mucho con los juegos porque trabajaba mucho, mis amigos eran José el de Emilio, Baldomero y Antonio el de Paco Sánchez, nuestros juegos eran los de hacer carritos con ruedas de pencas o jugar con las hormigas, hacerle un cerco de fuego a los escorpiones, bajo la teoría infantil de que todo insecto se irrita en cuanto alguien le corta el paso. Por las mañanas, en cuanto me levantaba del catre le preguntaba a mi madre, *¿qué ha dicho padre que tengo que hacer hoy?*, porque si no lo había dicho padre yo no le hacía caso a nadie, y a mi hermana menso, yo le podía a pesar de ser menor que ella. Yo no tenía libertad era como un esclavo. Una vez le dijo un lobo flaco y hambriento a un perro: *¿qué bien vives en casa de tu amo tan gordo y bajo techo?*, pero cuando el lobo vio el

cuello pelado del perro del roce de la cadena, le preguntó qué es eso, el perro le respondió que era el pago por comer a cambio de cuidar la casa, le lobo sentenció de qué te sirve disfrutar de esos bienes si no tienen libertad. Ese perro, sin duda, era yo en casa de mi padre.

Luego cuando llegó la II República, aumentaron mis obligaciones y mis esfuerzos, tuvimos que ir a la escuela de la Acebuchal, allí conocí a mi prima Trinidad que sería después mi mujer.

Años después mi hermana Dolores se casó con el primo Antonio, hermano de mi mujer. En la familia de mi mujer hubo una consanguinidad casi de realeza, se casaron cuatro hijos con otros tantos primos hermanos, fueron los que armaron el entrelazado familiar de parentesco que arrastramos los *Simones* como una secuela, ya que la gente malintencionada decía, por aquellos años, hoy día la gente no recuerda nada, que se casaron hermanos con hermanas, padre con hija como los faraones, y eso no es verdad. ¿No sé por qué hubo tanta atracción entre primos? La razón puede ser sencilla, en aquellos años la gente se movía muy poco de su lugar de nacimiento, aquel paraje era demasiado agreste y salvaje para sobrevivir y la propiedad de la tierra era el bien que no podía pasar a ajenos, porque el dinero no existía, sí es verdad nadie tenía un real, y casi todo se conseguía a permuta, si exceptuamos el azúcar, la harina y el café.

7/ Mientras saboreo en la puerta del cortijo de mi padre las tapas de choto al ajillo, mi hermano menor me cuenta: *¿sabes que he industrializado el corral con mi Julio, ahora no somos cabreros sino "empresarios caprinos" he puesto ordeñadoras para las cabras, todo muy limpio, son depósitos de acero inoxidable, ¿sabes? la leche la guardo hasta que vienen los de la Central y se la llevan en un camión cisterna, por eso de las fiebres maltas. Toda esta inversión con ayuda de Bruselas. Yo me quedo asombrado pensando que si lo viera nuestro padre, que tanto sufrió en la sierra, y yo también como niño cabrero explotado, ¡cómo han cambiado los tiempos!, incluso aquí, que yo creí Edén incorruptible.*

Mientras escurro la bota de vino pasa la procesión de la romería por la misma puerta del cortijo, las mujeres, todas ellas muy arregladas y presumidas llevan a hombros a dos imágenes en pequeños pasos o troncos por el camino del Tesorillo, hoy carril para coches, uno que baja por el almencino hacia el Oeste, yo no les sigo porque lo que me está contando mi hermano es muy interesante, saca otro plato de choco que es más "interesante" todavía y bebemos más vino de ese que entra sin saber leer y luego sale con todas las leyes en la mano, de ese que se va agarrando a las paredes del esófago como un borracho a la salida de la taberna, de ese dulce de pasas con dos años en un barril, de ese que todos le dan de lado como un mal amigo, de ese que tiene el color de la miel de aguacate y se queda en el vaso como una energía potencialmente peligrosa, de ese que dice "bebemepronto". Cuentan los viejos que a ese camino usado por los romeros le llamaban el Tesorillo porque allí apareció un pequeño tesoro a los pies de un viejo olivo: una diadema de oro con tres rubíes, piedras rojas como bayas de palmitos, dos anillos de oro y una pulsera, cuando lo vio el alcalde e historiador Antonio Navas, aseguró que pertenecían a una reina de los últimos moriscos que resistieron en el cerro de El Fuerte, debía ser cierto, porque muy cerca de allí, en lo que llaman los olivos del Comendador y en todo el Mayarines aparecieron huesos humanos, monedas y alfanjes

oxidados, puntas de lanzas y otras armas en muy buenas condiciones de uso como la “sarracena” que tuvo de muy antiguo mi tío Miguel Simón o la lanza de mi padre. Nos creíamos que los huesos de moros debían ser distintos a los nuestros como esa diferencia entre los huesos del gato y del conejo. Célebre fue la resistencia del Fuerte y el Peñón de Frigiliana en la rebelión de los moriscos en tiempos de Felipe II. Para asustarnos o para que no saliéramos de noche por los campos de viñas, contaba mi padre siempre al terminar de cenar las hazañas del fantasma de la reina mora que aparecía en la poza de los Peñoncillos con un cántaro de oro y si tu codicia era superior a tu honradez y le cogías el cántaro, ella te hacía preso con sus cadenas de oro y te llevaba a trabajar como esclavo a las minas de plomo donde tenía a muchos niños codiciosos convirtiendo el plomo en oro. Después de cenar, era tanto el miedo que se nos metía mi padre en el cuerpo, que cualquier ruido de ramas, viento o sombras del candil de garabato nos parecían el fantasma de la Mora, y si algún hermano te tocaba en la espalda o te rozaba el gato sin esperarlo dábamos repullos y saltos. Por allí, donde apareció el tesoro de la mora en la primera vaguada, existe la silueta encalada de una poza de muy poca agua, no la de los Peñoncillos, sino otra que mi hermano Manuel q.e.p.d. alumbró con una azada una tarde verano, porque vio sobre la pizarra revolotear unas avispas, y estas saben muy bien donde está el agua subterránea porque la necesitan para hacer el barro de sus colmenas. En la vaguada crecieron unos pinos y unas atormentadas higueras que ahora han reemplazado por aguacates y viñas.

Acabada la romería de la procesión o paseo anual de los santos como la salida de quien está todo el año encerrado en una cárcel, cada uno de los romeros y asistentes a la Misa se reúne como racimos a las cepas de sus familias más allegadas y amigos invitados -padres, hermanos e hijos o amigos- y empiezan a marcharse en sus vehículos para sus cortijos, producto y señal inequívoca de una prosperidad que no se puede ocultar, falta hacía, pero sin duda, son gente que han hecho del trabajo su ocio, la importancia del trabajar “en lo mío” como en lo ajeno es, casi, ¿cómo diría yo?: religioso. “Señor, aparta de mí la pereza”, parecen pedir a los Santos, no desean ser poseído por el demonio de la pereza, el más odiado de los "pecados axárquicos". Mi mujer consigue reunir el racimo desperdigado de nuestra prole que se compone de diecisiete personas, pues no se lo que pasa que allí todos se pierden. Ella y mi yerno Paco son los encargados de hacer la paella. Tienen prisa para empezar con su alquimia gastronómica. Este año queremos comer en los bancales de la Acebuchal, otros años, en otras circunstancias, íbamos al cortijo de mi cuñado Antonio para hacer la comida de este día, que es como si fuera nuestro, donde tantas migas y “papas a lo pobre” nos hemos comido y hasta chotos al ajillo al caído, pero para mí gusto lo más sabroso, lo único, es el gallo de cresta colorá con arroz. Antaño y por cuestiones de herencia o suertes, una parte de ese cortijo fue de mi mujer, y cuya parte vendimos a mi cuñado Antonio y a mi hermana Dolores, de lo que siempre nos arrepentimos, lo vendimos no por dinero que lo teníamos, sino por quitarnos, en aquellos años, obligaciones y responsabilidad agrícola que no podía controlar desde Málaga, además la tierra no producía beneficios, aunque mis hijos se creen que yo lo vendí por pagar la entrada de un piso en Coronel Osuna. Ahora teníamos que pasar por allí para recoger la paellera, una paleta de hierro de la abuela Virtudes, las trébedes, un hacha y otros enseres. Me hago el remolón, mi mujer que dice que estoy "indiebrijo", palabra que después de muchos años descubrí su

significado: indicios de ebriedad, pues los antiguos al no atreverse a decirle a uno que estaba borracho (ofensa grave), te decían que tenías indicios de alcohol. Camino hacia el cortijo del tío Antonio, un carril que acristianaron hacía cuatro años, que es la raya que hace un peine en la cabeza de los viñedos, nacido en descenso desde el Collado de las Pitas, mi mujer y yo criticamos un poco el acto eucarístico sin echarle mucho sarcasmo, más bien, a modo de repaso, y echamos de menos la presencia de una pareja de forasteros o ermitaños ingleses que vivieron recientemente desde los ochenta y en solitario durante cinco años en la Acebuchal de Abajo o Casas Honderas, él se llamaba Ricardo y ella no lo recuerdo, los dos era profesores jubilados de una famosa Universidad de Inglaterra. Los dos amaban aquella tierra de sol, agua y paz en abundancia, amaban la música natural del silencio y los conciertos de flauta dulce que daba mi yerno Paco en Nerja. Gente muy especial que reconocían que la belleza no se refugia en los extraños e inaccesibles lugares, sino en cualquier rincón sereno del alma, como es mi Sierra Almijara, Tejeda, Camatrocha, El Daire o Cerro Lucero.

Al fin aparecimos en el cortijo del tío Antonio, cortijo a la solana del Mayarín, allí mismo, debajo del collado de las Pitas, porque antiguamente crecían pitas que encañaban el camino de forma que nadie pudiera asaltar a las viñas, que también los había desesperados de hambre, *no sé lo que pasa con las uvas al borde de los caminos, que se niegan a crecer*, decía el tío José, y eran los arrieros. Cerca de allí también estaba la gran higuera negra, de torturado tronco y de brevas dulces y negras por dentro, era como un árbol del pan: quitaba hambre. En la umbría del Collado de la Pitas dice la gente que nace el viento, se forman huracanes que en ningún sitio existen, los pinos de esta parte parecen saludarte en continua genuflexión, están jorobados del peso del viento, se ven los dientes de sierra o dragón verde, el cortijo La Mina y el carril viejo de Cómpera, el barranco de la Acebuchal, en esta loma, pero mirando a la solana y a Nerja, compró mi hija Vicky el menchón conocido de antiguo por la viña de la tía Virtudes, con la intención, veremos a ver, de construir un chalet que allí llaman cortijo, para disfrutar durante las vacaciones y los fines de semana, pero esperando los permisos de la burocracia se le pasan los años y las ganas de construirlo. No he dicho que mi yerno Paco está casado con mi hija Vicky son el matrimonio.

8/ Cuando aparecemos en el cortijo del tío Antonio, él no ha ido a la Misa por el luto de su mujer, para recoger los enseres de cocina, los perros nos salen ladrando a la distancia prudencial de los ladridos de cortesía, perros juguetones de rabo alegres a los que mantenía a distancia el tío Antonio y a los que increpaba: *portaros como perros y no estar aquí encima de nosotros dando guerra, lametazos e incordiando a las visitas*, y como no se alejaban les daba un palo para que se “jueran” lejos a hacer su trabajo de vigilancia para ganarse las sobras de comidas, porque en el lenguaje coloquial todavía se usa la "j" por la "h". Perro guardianes a la fuerza del hambre, puesto que cuando el amo se marcha al pueblo les deja comida para una semana. Mientras cargamos viandas, talegas de pan, bolsas de manjares, cestas con botellas, sillas de playa y demás enseres de camping, mis nietos nos hacen fotos para el recuerdo, en cambio el iluso aprendiz de escritor de mi Ramón toma notas de toda palabra que sale de la boca docta del tío Antonio, de quien sabemos, no se cómo sale la conversación que, el origen del apodo *Simón*, lo tomamos no del hermano del nuestro tatarabuelo

Manuel Fernández, el fallecido en la Piedra Jorá en 1844, sino el hermano de María Jesús, su mujer que se llamaba Simón. En fin, secretos familiares, que uno ya no recuerda puesto que la memoria es esa mentira de nuestro pasado que vamos variando cada vez que la recomponemos, pero Ramón terco no deja de escribir en su libreta roja desflecada y emborronada, en medio de tanta faena, fotos, voces, órdenes de mujeres y niños que se marchan a la Acebuchal.

A uno de los perros, el de color canela, sin raza definida, huidizo y asustón, de poco pelo, enano, de los que no crecen, le llamé *Turco* como a todo los perros que hubo en mi casa (fue un nombre emblemático y algunos de los canes dejó magníficos ejemplos de lo que deben ser un obediente instructor de cabras morunas), se vino con nosotros, en cambio, el otro, el más grandón negro sin raza, llamado el *Negro*, por su pelaje no se atreve a abandonar el cortijo ni por unas horas, del cual no se ha apartado en toda su vida, y no conocía más mundo que el existente a cien metro alrededor del cortijo: los paseros, el aljibe, la cuadra y las pencas al sur del lagar, ni apartado de una garrapata que tenía en el entrecejo y no había forma de quitársela. El *Turco*, en cuanto llega al collado de las Pitas se da la vuelta hacia el cortijo con el rabo entre las patas. El tío Antonio, que está ya por los ochenta y dos años no tiene un sólo pelo en la cabeza y algunas veces entre nosotros le llamábamos el tío que no tenía un pelo de tonto, nació en el año nueve, siempre vistió de negro por culpa de los lutos, color que parecía sentarle bien la lato talle, rasgos severos y con mala uva de siempre, le gustaban las cosas bien hechas, nada de bromas ni charadas, la verdad por delante, no le gustaban las excursiones paelleras, se quedó en la compañía de los perros y un mulo que se había vuelto penco, cubierto de llagas por las moscas, viejo, cansado, a atado bajo un olivo lleno de mataduras, toda esta lepra le acudió desde que dejó el trabajo, el sedentarismo atrae a las moscas, cuando el amo lo cesó como animal de carga, pudo haberlo vendido, pero un cortijo sin mulos en la muerte es un cortijo abandonado, es símbolo de actividad. Pasamos silenciosos por la curva de la Cruz Gitano o el Sillón del Guarda porque era lugar de desgracias, antiguamente, allí era donde la gente se citaba para retarse a muerte, o para decirte las cosas muy claricas. Allí, en aquella curva, no sé el motivo, a la gente se le ponía el corazón lleno de valor inusitado, posiblemente sería por culpa del viento o del magnetismo o el aroma de las plantas medicinales que por allí creía espontáneas, aunque otros más supersticiosos aseguraban que era el espíritu del gitano que todavía sigue allí.

Bajando por el carril, llegamos a un bancal próximo a la antigua fuente de la Sirena, me siento muy disgustado al no ver la fuente, empezamos a buscarla, inútilmente, no está, se ha secado, y no sólo secado, sino que no existe estampa de ella, es para echarse a llorar, ¿qué le ha sucedido? "*¡Sirena, Sirena!*", la llamo por su nombre como el que ha perdido un gatillo chico para que salga de su escondrijo al que no acertamos a encontrar, pero todo intento es inútil, se ha ausentado, ojalá que sea como un luna nueva, ¿pero es posible que pueda suceder algo tan terrible?, ¿cómo es posible que quieran borrarle la memoria, destruir mis recuerdos, mi fuente, mi chorrillo de agua idealizada que tanta sed supo apaciguar? Me cuenta mi yerno Paco, como explicación hidrológica ante tal desaste, que hace unos años hicieron unas perforaciones más abajo, cerca del cortijo Melindres y alumbraron mucha agua subterránea, agua que suben a unos depósitos situados por el cortijo del tío Emilio y venden para regar los nuevos

cultivos: aguacates, mango, chirimoyo, y, claro, al bajar el nivel freático se agotó la fuente de la Sirena, la mítica fuente de agua sagrada, que tanta alegría dio a mi espíritu selvático, a mis sueños de volver. Ya no tenemos fuente, queda el recuerdo de un chorro de agua de sierra, manantial en el pasado, una foto de un recurso inventado, piedras blancas como huevos de dinosaurios, reposo del sediento, a la que yo venía con mi hermana Dolores con la burra y los dos cántaros, mucho tiempo antes de que mi hermana viera aquella cosa horrible en la puerta del cortijo, que la traumatizó durante toda su vida.

9/ Oigo los lamentos de mi aldea que me habla: Al fin has vuelto, hijo, has venido a traerme flores sobre mi tumba, has venido a ver mi cadáver, has venido a mirar mi única calle destripada, mis caserones, la ermita, las piedras desmoronadas, mis techos caídos, mis huesos descalcificados por todas partes, tengo lúgubres recuerdos, me tenéis abandonado, no acabo de morirme bajo una fuerte depresión de ánimo, tengo vacío el espíritu, se me colma de un malestar de tristeza el corazón... Mi aldea de la Acebuchal siempre me reprocha mi tardanza. ¿Cuánto nos intrigó, a mis hermanos y a mí, esas cuevas en la parte superior y los apriscos cerrados con piedras amontonadas? Mi prole, más larga que la sogá de Evaristo, no tiene conciencia de lo que estas casas, ahora en ruinas, representan para mí, y sin embargo, ¿qué más podía yo pedirle al Supremo Ser?, que aprieta pero que no ahoga hasta que te mata de verdad, y de una vez para siempre, sin bromas, de un mazazo con su cruz de misericordia. Sobre un amplio bancal abandonado al capricho de las hojas de hierba montamos nuestro campamento provisional. Desde este mismo lugar se ven la única calle perpendicular, recuerdo una foto antigua allá por los cincuenta tomada desde aquí mismo, con la magia de una cámara oscura para retener la imagen en el tiempo: la fe pública de un momento, de unas décimas de segundo, el instante en que un veloz diafragma se abre y se cierra, y absorbe el paisaje y se queda con él grabado la película de un cuerpo de piel de tambor de celuloide, un estanque del tiempo pasado. Esta foto de un día en la Misa de San Juan, pero no en el Cortijo del Pino sino en la Acebuchal de los años cincuenta, cuando se celebraba allí, que en su lugar de origen, la foto se al vuelto sepia en el álbum celoso del tiempo, un grupo de personas posan de pié sobre un poyete, en el rellano de la antigua casa del abuelo Emilio, padre de mi mujer, por el que pasaba una antigua acequia encajonada entre lastras como un enterramiento prehistórico. En la foto se ve un grupo de trece personas y un mulo blanco con alguien que lo monta, una sotana talar llamada don Domingo, el cura de Frigiliana que usaba gafas redondas como las de Quevedo, en la mano derecha una cartera donde debía llevar el cáliz y la Sagrada Forma. La acción de la foto es el momento en que terminada la misa, y por supuesto probado el choto frito con salsa de almendra se disponían a salir por el camino de Cómpeeta. En la foto se ve a tres mujeres muy arregladas con trajes hábitos marrones y correa larga, dos niñas, un niño y cuatro hombres con sombreros nuevos, reservados para ocasiones y entierros, dos de los hombres van descubiertos. El hombre que descansa sobre la inofensiva mula usa gafas de sol se llamaba Federico y era forastero. En esta foto, que yo recuerde, están: mi hermana Dolores, su esposo, sus hijas Primitiva y Doloridas y su hijo Alberto, con este hijo mi hermana Dolores vio una cosa horrible, lo hizo en la puerta del cortijo.

Otras figuras son Paco Sánchez, Antonio Federo, Emilia y no conocemos al que lleva el mulo del cabestro y que enseña un reloj de muñeca, un reloj que se ponían para las fiestas solamente. Todos están quietos dejándose morder por los dientes del tiempo, dejándose esculpir en un retrato que los años han ido convirtiéndolo en una obra maestra de la fotografía. Esta es una de mis fotos preferida, y a la vez de las que me da pena mirar.

Otra de las fotos que siempre he deseado poseer o copiar es aquella que hay colgada en el cortijo de mi cuñado Antonio: una que me hice en Nerja, yo tenía diecisiete años, junto a mí está Baldomero el Joven, hijo del Obispo, mi amigo de la infancia en la Acebuchal, delante está la prima Eloisa, más una hermana y una amiga, delante, sentada con una digna majestad, como presidiendo todo el espejo de la foto se ve a mi madre vestida de negro, con un moño o róete como peinado y su gran verruga en la mejilla derecha que tanto la identificaba, pero a pesar de su verruga era la mujer más guapa del mundo, ella no quería ser guapa, porque los mejores dones de una mujer era ser una buen madre. Ese mismo día, me hicieron otra, esta podría llamarse ecuestre, más que jinete Polaco o jinete de Sajonia, jinete de Nerja, si se me permite la expresión al estar montado sobre una mula, la composición es la siguiente: dos hombre encima de una mula, yo delante y Baldomero en la grupa, dirigiendo la mirada a la cámara del pajarito como preguntando que cuándo nos tenemos que bajar de la mula, porque el fogonazo infernal no salía, mientras mi madre le preguntaba al fotógrafo si al salir también la mula en la foto costaría más cara la foto, pero el buen fotógrafo, artista ambulante del ingenio infernal, *no se preocupe mujer que la foto costará lo mismo con mula que sin mula.*

En este álbum de estampas del recuerdo se apea o se sale una foto de sus cartulinas muy especial, es aquella que se sacó mi padre con todo los hijos para documentar el libro de familia supernumerosa, sí, mi padre tuvo una familia multinumerosa porque se casó dos veces, la primera vez con Ana, con la que tuvo tres hijos, al morir desangrada en el parto y quedar viudo se casó con la hermana de Ana, llamada Dolores que fue mi madre, con la que tuvo siete hijos más.

10/ Yo también fui joven, lozana andaluza, estas ruinas que ahora ves, antes fueron hogares que construyeron los moriscos poco a poco en un extremo de la galaxia, bueno de la galaxia de la Axarquía, me dividía en dos poblados: la Acebuchal de Arriba con más casas y la de Abajo menos casa, aunque en el catastro de Competa solo figure una sola Acebuchal. Me abrocharon en la cremallera de un profundo y ladero valle barroco de la Sierra de Almirajara, bajo las cuevas del Corral, junto a lo que era la antigua ruta de la Miel, único camino o vía de comunicación para Granada a través de la encrestada sierra, los caminos son las manos que se dan los pueblos para ofrecer su amistad. Estoy muy escondida, tan oculta que la luz del amanecer no aparece hasta el medio día, cortada por el arroyo que tiene el mismo nombre que viene rodando sobre un lecho de piedras blancas a golpe de pequeñas cascadas desde las cuevecillas de Pandero y Venta Cebolleros, es afluente del río de Torrox, ¡qué gran río! el de Torrox de Almazor que desemboca en lo que fue una necrópolis fenicia, frente al islote rocoso de los Morcillones y el faro que tan bien conoce Javier Núñez el autor de “La Caja de los Hilos”. Y mi pequeño arroyo de culito blanco que se ha dado de cara con el gran río en el Molino de Blas, no es más largo que un tiro de honda, encajonado animal acuóreo en profunda sierra verde y blancas

piedras calcáreas, mausoleos sumergidos cuyas columnas el tiempo desfigura, bravo reptil transparente y caprichoso como un crío de tres años que mete sus largos dedos entre las adelfas jirafas o entre cañaverales como lanzas en la rendición de Breda. Es un flaco bíceps de riachuelo, mimado animal enjaulado de tan copados caprichos que no tiene quién le aguante, pero es bondadoso y da todo lo que tiene su corazón de agua, no dejó nunca de visitar a la fuente de la Sirena, eterna junto al camino como recuerdo de su ausencia en el verano. ☞

...caudal de lágrimas fregadas, una vez lleva mucha lluvia y las más veces llanto de varón dolido, cautivo en la angosta charnela de los cerros de el Fuerte y Cerro Verde, dependiente siempre del régimen alimenticio de la tiranas nubes, esas que son capaces de olvidarte como una pájara. Leí no se dónde hace muchos años.

☞ Apenas ha brotado mi lastimado arroyo entre los flecos de una piedra blanca tapizada con té de perla silvestre y otras plantas que lamen la humedad creciente, recoge más agua de la fuente de Cebolleros, y mi padre siempre contaba al pasar por allí la misma historia del bandolero Caratapá. Y, no es otra leyenda que la siguiente: aquí se lavó las heridas una tarde muerta de verano un bandolero del siglo XIX que se llamaba Caratapá, y cuando el precioso líquido que respira lágrimas, y es azul, fue visto por los Migueletes lo descubrieron y lo mataron aquí mismo, y esa cruz de hierro (herrumbrosa lanza) es su tumba, pero no la toques porque te puedes convertir en un bandido, jamás me hubiera atrevido a tocar la cruz oxidada, y de echo hasta soñaba con ella. Y el aprendiz de río, mi olvidado arroyo hijo encerrado en las excelentes sierras, baja cumpliendo la regla de las vaguadas: "...desde cualquier punto del terreno puede llagarse hasta el mar siguiendo un camino descendente. Puede parecer una tontería pero como es una regla no se puede alterar." ☞

☞ Mi pequeño aprendiz de Ebro siempre baja cantando por los barrancos angostos, chasqueando los dedos con los brazos levantamos en actitud de baile flamenco, es equilibrista por la cuerda de las rocas de mármol, piedras como cuentas de rosario para niños de comunión, adelfas roncadas de gritarle a su paso con lenguas de flores venenosas, romeros torturados que se arrojan a su vientre, zarzas, tomillos y tomillas, aulagas, lavanda, buscanovias, revientacabras y demás yerbas montaraces le ponen un camino de rosas. Me atrevería a confesar que el veneno de las víboras que viven en las vaguadas de El Fuerte son más condescendientes con mi arroyo que las adelfas venenosas a las que alimenta. Luego, taciturno y mujeriego, mi arroyo salta como una sagita la ballesta que forma el carril que viene desde la Cruz Gitano (lugar donde dicen que mataron a un gitano y lo curiosos es que nadie vio la cruz ni al gitano) con la Acebuchal, es este punto quiere ser bailarín cascada sobre una piedra de tres metros de caída, una mármol grisáceo y vetas blancas y vetas verdes y vetas neoclásicas en su caudal gastada gárgola. En la crin de la cascada puse mi nombre gravado con una piedra dura de sílex, desafiando al arroyo de que no sería capaz de borrar mi marca con la lengua de agua. ☞

☞ Ahora tengo frío de soledad y angustia, a primeros de siglo tuve 100 habitantes, hoy, no queda uno, me dejasteis sola, ¡malditos!, hijo de mala madre, no queda un hogar que me caliente como en aquellos tiempos en que yo era casi pueblo con una calle empedrado y pendiente por donde pasaba la Ruta de la Miel, con su ruido de arrieros. Era rica, tenía banales de regadío, frutales, algarrobos, olivos, y viñas en los alrededores como en

las lomas del Mayarín, tierra de pizarras toda ella cultivada y poblada de cortijos, un valle con su propia identidad. ¿No entiendo por qué se marchó toda la gente?, ¿A caso hice algo que no les gustara? Hoy día las casas son otros tantos caserones abandonados, sin techos y algunas vigas podridas como espadas de Damocles pendientes de cumplir con su sentencia, viejas paredes que se desintegran al ritmo de la química evolutiva, y rezan sus últimas oraciones como penitentes de la mano asesina del tiempo sordo e inclemente cataclismo de paredes vejas, caserones como territorio kosovar invadido por pencas, los matagallos y las esparragueras trigueras. Pertenezco al término municipal de Cómpea, pero mi pueblo más cercano es Frigiliana al que se unía por una sogá de vereda de una legua o seis kilómetros, hoy transformada en un carril sin asfaltar -iluminación de la sierra- que llega hasta barranco Moreno, la Juliana y sube por el cortijo de la Mina hasta Cómpea. En la margen izquierda del arroyo, en la misma Acebuchal, en el camino antiguo, entre las adelfas, brotaba una fuente mágica llamada de la Sierna, con agua mineral paradisiaco manantial, grieta fértil de mujer entre dos guijarros blancos, pilar rústico con una pequeña poza o brocal a mismo ras del arroyo donde siempre nadaban algunos gusarapos. Desde luego que no era la fuente nazari de los Leones en el Alhambra, pero a mí me dio la vida entera, la querían como el que quiere a un hijo con carrera y era patrón de agua para comparar con los demás nacimientos. 🏠

🌲 Viví entre angosto y agreste valle de Sierra Almirajara con altura media de 1800 metros, territorio embarazado de picos en forma de atrevidos isósceles dulcemente silvestre y salvaje, agudas puntas de lanzas en las cumbres inaccesibles, plegamientos de la Penibética colindante con las Alpujarras, quebradas peñas calizas, equilibrio de inestables desprendimiento donde se refugian las cabras hispánicas monteses, tejos endémicos de savia venenosa, un par de pinsapos, pinos carrascos o alipensis, quejios, esparto, aulagas, romero, tomillo, bojales, plantas de origen americano como las pitas, chumberas que tienen una cochinilla que tiñe de rojo. Algunos chopos que nadie sembró en la humedad del río. Viejas caleras y honor de carbón, madera, pájaros de los más raros, cretas y cerros como el de Cerro Lucero o el Cisne, Rajas Negras, ventanas al mar y refugio de los vientos. Picos que en invierno reciben la caricia de la nieve. Antiguamente se veían muchas monteses y águilas reales que se comían los chotos, ahora de vez en cuando se ve algún halcón peregrino, los zorros sobreviven gracias a los vertederos de Nerja. También hay setas y caracoles pero no había costumbre de comérselos. La sierra fue afectada por un periodo glaciario, posiblemente durante el Pleistoceno inferior, abundante en marmoles muy recristalizados, esquistos, calcoesquistos. (Miguel Bueno/Paisaje y Educación II /1991). Su proximidad al mar Mediterráneo o de Alborán (10 klm) hace que sus ríos como el Higuero, Chillar o de la Miel sean violentos y erosivos como lo demuestran los cahorros del Chillar... 🏠

En mi pensamiento como si alguien me hablara en mi interior oigo los lamentos de mi aldea, que se me queja y me habla desde tu tumba. Mis antepasados vivieron historias muy extrañas que le sucedieron en la sierra, pero ninguna tan rara como ésta que vivió mi padre, se me quedó grabada para siempre de tanto contarla, una vez, unos carboneros fueron heridos por una abominable bestia, dieron una recompensa muy elevada por cazarla viva o muerta, mi padre estuvo dos días detrás de las huellas, persiguiéndola con

la lanza, olfateando sus pasos, las ramitas que rompía, los pelos que dejaba en las espinas de las aulagas, la camada donde se revolcaba, el olor de sus excrementos, la localizó por fin en un bojal, frente a frente, pero cuando la vio no pudo arrojarle el venablo al cuello, porque se dio cuenta que era un ser único y especial que merecía vivir: una hombre con cabeza de macho montés.

11/ Mientras mi yerno Paco y las mujeres preparan la paella en el bancal (yo en asuntos de cocina soy muy especial, no me salgo de la dieta mediterránea, por eso he llegado a los 75 años, tuve una gran maestra que fue mi madre, *cocinar es muy fácil*, decía, *a todo hay que echarle mucho amor*, los pobres pensionista comemos poco, la paga no da para mucho), mi hijo y yo subimos despacito por al vereda desdibujada que nos transporta hasta el caserón que fue el cortijo de mis antepasados llamado de Los Corrales y donde nací y crecí entre pencas y tomillos metido en un corral amamantando a los chicos. En el viejo corral de mi mente veo a mi padre, que en paz descansa, dando chiflidos con labios retorcidos y dedos en la boca, el instrumento musical o la palabra más primitiva: el silbido del hombre casi animal, un grito más que un silbido, las cabras le obedecen menos aquel macho cabrón enloquecido por el celo de Noviembre llamado *Barrabás*, continuaba ciego, deseoso de montar a las "putas cabras" a pesar de que tenía en el vientre la braga de esparto que le impedía montarlas, mi padre cogió un acebuchón, pues el cayado lo reservaba para cosas más serias, y se lo estampó en los costillares, más el sultán cabrón viendo en mi padre a un competidor y no a su buen pastor, embistió a mi padre hasta que lo tiró al suelo en la arrancada. Aquel macho de pelo canoso, barbudo, era un buen semental, tenía la fuerza de un toro de lidia, le profesábamos mucho miedo incluso el perro *Turco* no se atrevía con él y no había forma de meterlo en el corral, pero a partir de ese día, y para demostrar que quien manaba era mi padre, se lo vendió a un tratante de carne llamado Julián de Jayena, del cual se decía que trataba muy mal a los animales, después de todo, *Barrabás* no era tan fiero, fuera del celo, en épocas de la primavera se dejaba montar como un pony. Una vez mi padre se midió con los cuernos de un gran macho montés en Rajas Negras, estuvieron sonando las cornamentas en el amanecer, suenan como el que da palo con palo seco, metió un guijarro de mármol en la honda de esparto majado, en una postura de David de Bernini cabreado, dándole vueltas de hélice sobre su cabeza, lanza el chirimoyo al macho a la vez que cruje la punta de la honda cual látigo largo y flexible, un ¡plac! seco, sonoro, penetrante con ecos en la cañada, veloz parábola a la cornuda frente del macho, lo atontó pero no lo suficiente como para matarlo, tal vez si hubiera llevado la lanza, lo hubiera rematado.

Puedo oír de nuevo la voz interior de mi aldea: 🏠 Hacía muchos años que no venía a verme, Joséico, a esta aldea remota echa un libro calcomido por las polillas, en un valle de la sierra inexpugnable laberinto, cerca del cielo, aquí ya no vive nadie, todos estamos muertos, es una aldea fantasma, ya no aguanta ninguna piedra su sitio, que se van lentamente arroyo, que se deshace la argamasa, el mortero de arena y cal ha perdido la consistencia, hasta la piedras de los bancales que sostenía la tierra que tanta hambre quitaron en otro años de los cuarenta a los cincuenta, en aquellos malos años de la postguerra, en que la cuestión de los bandoleros hizo que la gente se tuviera que marchar a los pueblos de alrededores: Frigiliana, Cómpeeta,

Torrox, Jayena o Nerja. Entre los bandoleros por un lado y los civiles por otro, hubo que abandonar los campos y refugiarse en los pueblos de donde se podía ejercer mayor vigilancia. En estas últimas casas vivió la tatarabuela María Jesús, viuda de Miguel, el cual se mató en Piedra Jorá, cerca de Cómpeta, por los años de 1844 cuando se cayó o lo tiró al suelo un mulo romo de malas entrañas, y se mató *esnucado*, era la expresión repetida de mi padre. Ellos vivían en Cómpeta, y consecuencia de tal desgracia, la viuda se vino de la Acebuchal de Abajo con sus cuatro hijos, cuatro criatura que cogían en un capazo, el mayor de ellos tenía ocho años, la menor tres meses, se vinieron al refugio del tío Simón, hermano de María Jesús. Hasta aquí llega el recuerdo de tus orígenes ☹.

Desde aquí me siento más cercano a la angustia del pasado. Bajo la voz de los pinos en coro místico de altar mayor, con la brisa rondando las copas y unos amarillos chopos testigos de la humedad de otros tiempos, tiesos, espigados, ansiosos de luz, recuerdo el día, antes de morir la abuela Ana, por parte de padre, que al mirar estos mismos chopos a ella le pareció que se habían llenado de mariposas amarilla, presagio de que venían a llevársela otro mundo, pues se tenía la creencia que cuando el aire se llenaba de mariposas amarillas es que venía a llevarse el alma de alguien que estaba a punto de morir, *abuela, no ve usted que no son mariposas, sino hojas secas de chopos que se lleva el otoño*. No obstante, ella seguía viendo mariposas amarillas que, según su opinión, era el anuncio de una muerte, se reúnen para llevarse el alma con el aire de sus alas. Ella tenía razón, cuando murió, las hojas amarillas de los chopos en el suelo se metamorfosearon en mariposas, para mí que se confundieron las hojas y las mariposas con su último aliento.

También desde aquí puedo "reír" o volver a oír las voces de mis amigos de infancia Baldomero y Antonio el de Paco Sánchez: *¡corre Joséico, que se escapa, tírale un "logco" o lo que pilles a mano, no seas gallina que no hace na!* Era una preciosa chota de cabra montés, tan frágil como una porcelana de Lladró, y no fui capaz de tirarle un "logco" o piedra con la honda, no, no fui capaz como aquellos salvajes amigos me pedían a gritos desde la otra parte del camino, situados en frente de la vaguada cual grada de un teatro romano, para ver cómo la lapidaba. Y es que de pequeño jamás fui capaz de presenciar el sacrificio de un choto, luego, ya de mayor me enseñó a sacrificarlos mi tío Federo de Nerja, casado con mi tía Ana María, hermana de mi madre, al que le arregle la pensión. Cómo iba yo a matar a un animal tan bonito, que apenas se sostenía, recién nacido, tan inocente, tan juguetón, tan suave, tan lleno de vida, tan endeble. Recuerdo que un día que mató mi padre a un choto de cabra doméstica para celebrar el bautizo de mi hermano Manuel, me produjo tal sentimiento que lloré y me negué a probarlo, y me enfadé con mi padre y odié por mucho tiempo a los adultos, me gané una paliza porque en mi arrebato le insulté y le dije que los chotos también lloran antes de morir.

Uno recompone el pasado con el recuerdo evocado, con las variables que el capricho del tiempo ha ido acomodando, y que pasado los años en nada se parece a la realidad, todo se transfigura. Pero aquellas voces de mis amigos de infancia, animándome a matar la cría de cabra montés, continúa provocándome pesadillas, como si fueran voces de espectadores increpando a un cobarde desde la grada. Hay un eslogan para respetar la Sierra de Almirajara y dice: *"las dueñas de esas sierras con las monteses, respeta al propietario"*. Las historias infantiles se me hacen un rompecabezas

desmontado por el suelo y ya no sé cuál de las anécdotas siguen cronológicamente a otras, se me amontonan una sobre otras. La historia es una gran mentira que todos aceptamos con sus muchos errores. Se recuerdan cuatro fechas, cuatro nombres, cuatro muertos, cuatro batallas, cuatro palos, y lo demás es pura invención del historiados que cree la propia mente para ocupar el lugar de la amnesia local aunque sea con datos falsos. Lástima que nuestra memoria no sea la fiel imagen de un vídeo, o qué sabemos, si es mejor así (la misión de la memoria es olvidar), humanamente imperfectos para poder limpiarnos de las manchas de la memoria, recomponer, remendar lo desagradable como el insulto que le dije a mi padre y que todavía, a pesar de los años, no ha sido borrada de la grabadora de mi memoria. Nuestra memoria posee un gran basurero donde echar lo que desagradable, pero no siempre lo que deseamos olvidar con afán. El gran dolor es no poder olvidar.

Cuando el arroz amarillo de la paella que había hecho mi mujer y mi yerno Paco empieza su cochura, a latir en burbujas como si el fuego le diera vida sin quemaduras, la materia prima se ha transformado en otra cosa crujiente y comestible, amarillo *azafranado*, perfumado por la resina de la leña de pino y enebros secos, y las trébedes parecen no existir por el invisible vestido de las llamas; el olor alimenticio emana y se extiende invisible por el barranco de la Acebuchal como el perfume de las ardiente caricias vegetales de las perfumadas adelfas y atrae y atrapa por la nariz a mis intrépidos hijos y nietos por el imán olfativo de la irresistible paella. Aquí parece que el tiempo se muere entre nuestros brazos, y aquel olor me trae el manso verdor hiriente del hogar y el horno de pan de mi madre, allí, enquistada en el "chupajumos" de la cocinilla, siempre embarazada y enlutada, con el soplillo en una mano y el badil en la otra removiendo la lumbre, y cuando soltaba el badil tomaba la paleta de hierro forjado por lateros ambulantes, y se batía en duelo con unas migas pegajosas que no se deshacían en grumos desgranados ni por compasión: se necesitaba mucha paciencia y mucha fuerza para cocinarlas. Veo a mi madre sentada de espaldas en una silla baja de aneas desvencijadas atada las patas con algunas sogas de esparto, y ella llorando frente al fuego por ese dolor caliente de las llamas y la ceniza volandera en los ojos, que de tanto frotárselos con el dorso de las manos los tenía como maduras rosas marchitas, ya de camino lloraba de verdad por sus difuntos y le echaba mandas (las mandas son propuestas a los Santo: sin me concedes esto o lo otro te rezaré cincuenta Padrenuestros o Avemarías).

Mi madre fue una mujer muy preocupada por sus hijos, eficaz cocinera que aprendió de su madre en la Venta Panadero, una venta solitaria al pie del cerro Lucero, a más de mil quinientos metros de altitud, en el camino conocido por la Ruta de la Miel, en la que vivió hasta que se casó a los diecinueve años. Ella tuvo en su juventud un buen partido que la quería para bien, el loco hijo del Marqués de las Almenas de Jayena, ahora yo podría ser marqués; pero por malas suertes del destino y de la fortuna, que son universos móviles, no se casó con él porque pasó lo que tenía que pasar. Hijo, más adelante te contaré esta historia con más detalles. Cuando veía a mi madre llorar en la chimenea, uno ya no sabía si lo hacía por las cenizas revoloteando, los difuntos o el partido que perdió. *Hijo -me decía ella con decisión-, tráete agua del cántaro que se pegan las migas, pero rápido hombre, que no vas a probar ningún "pegao".* Y es que los "pegaos" de las migas de harina me los daba mi madre como un premio, casi como un

dulce, se los daba a quien se portaba bien, era comparable a un crepé o a un buñuelo, un quemadillo de harina muy caliente y rico. Otras veces hacía unas “papas lo pobre” con su sabiduría gastronómica. El secreto consiste en freírlas con mucho aceite para que salgan casi cocidas, primero ponía los pimientos picados y sin sacar estos le echaba las patatas a rodajas finas, luego la cebolla, cuando están más cocidas que fritas se les quita aceite, y por último en un rincón de la sartén los tomates picados, cuando todo estaba casi cocido las removía y le daba un punto de ajo, pero como éramos tantos para comer, mi madre y mi tía Conchita se pasaban medio día pelando papas en lonchas finas, cuando las metía en la sartén del rabo largo, todo el conjunto pesaba un quintal y no había forma de mover la sartén, como vigilante de las papas quedaba mi tía Conchita con la papeleta de hierro en la mano, y al que furtivamente se le ocurría coger una papa, sin más, Conchita te arreaba con la paleta y te perseguía hasta que la soltabas. Y hasta el gorrión doméstico se ponía de su parte, se abría de alas como los macho del pájaro perdiz cuando se ponen bravos para expulsar del territorio a su oponente, y tan sólo le faltaba que te picara en el pernil del pantalón como los perros. O sea, que entre la tía Chonchita y el gorrión no había forma de robar una papa frita.

12/ Me veo como cuando era joven bajando a saltos olímpicos hasta la fuente de la Sirena por la torturada vereda, saltos como los de un gorila joven porque si el gorila es viejo tampoco salta, no te fíes de los tópicos porque yo conozco una fábula del bosque mimético en que el zorro es tonto, la burra lista, el lobo es bueno, la oveja es perversa, el agua del río se cabrea porque la canoa le tortura con la quilla en las espaldas y encima resulta que un castillo se ha enamorado de una montaña nevada, pero ya te la contaré en otra ocasión para no perder este momento histórico, como te iba te contando me veo saltando hasta llegar al chorro helado, agonía de una boca fresca. Como en una pesadilla, ahora, se ha secado mi fuente y me he secado yo por dentro como el canuto de un cuerno. Las aguas subterráneas, suponíamos, que bajaban de la ladera norte del Fuerte, punto geodésico, histórico, al que los frigilianeros, desde sus perspectiva sur, le conocen por Tajo Colorao, porque presta su rostro rocoso ensangrentado, castillo natural, corona de peñas que tiene odio y vida, música del arco oscuro. Cuando lo miro, verde jaspe, los colores del deseo, verde, nada tan potente, verde, como el verde del fuego (fortaleza)..., no me cuesta nada imaginar aquellos años lejanos cuando a Paco Capilla se le perdieron las gallinas en el Fuerte, un pobre campesino, jornalero de su propio *menchón* de viñas y un cortijillo que apenas cogía una cama y una silla, y allí mal vivía con su familia en la loma del Mayarín, y si bien, no pasaba hambre física, le faltaba de todas las comodidades, pero era orgulloso, delante de su familia no se le podía llamar la atención. Pero una noche de luna violeta las zorras con lomos erizados, le levantaron el portillo del corral y entraron como alimañas en la noche del miedo, revolvieron todo el gallinero y se llevaron a todas las mansas aves, hasta la Pimienta, una gallina minina, vieja, con la cresta raída por los picotazos de las demás. Cañones de plumas peladas como lanzas, espolones gastados por el resbalar continuo sobre la pizarra quebrada que era el suelo del corral, una gallina que daba pena ver, ponedora y reventada por dentro de poner tantos huevos. El total de las víctimas del hurto fueron nueve gallinas y un gallo cobarde, pensó Pablo que todas no se las pudieron comer, que alguna quedaría viva aunque lisiada, por eso Pablo se puso las

abarcas con polainas y se tiró al monte tras el rastro de plumas. Parece ser que cuando entraron las zorras, las gallinas de Pablo, atontadas del miedo se hicieron las muertas, incluso el chulito del gallo sintió su nombre entre los dientes blancos de las zorras, y también se hizo el muerto, como las zorras querían carne viva dejaron de fustigarlas y se marcharon dejando el portillo abierto, las aves, no sintiéndose seguras se marcharon en patrulla por el camino de la loma agachadas y camufladas en la noche azul violeta, sin que nadie pudiera verlas. Para Pablo Capilla, aquellas amaestradas y cariñosas aves de corral (mensajeras palomas jubiladas) era la única fortuna que poseía, recibía a cambio de cuidarlas caricias de ardientes huevos de cuya venta sacaba algún dinerillo comprar harina para las migas. Pablo vio plumas y las huellas de las zorras y se enfadó mucho, tal cabreo cogió que le salieron hasta granos en las ingles, porque cuando se enfadaba los cojones se le ponía a regentar. La verdad es que no se dio cuenta del aprecio que le tenía a sus gallinas hasta que las perdió, pero esto pasa siempre con todo los dones y servidumbres que poseemos. Parece que lo estoy viendo, tres días más tardes aún no las había hallado, a pesar de haberlas buscado y “requetebuscado”, llamándolas por su nombre y apellidos, y a modo de Pulgarcito dejándoles en el suelo un rastro de migas, desde el monte hasta el corral, para que volvieran sin dificultad. Nos preguntaba a todos los vecinos, nadie las había visto, ni una pluma. En los Cuatro Caminos me preguntó: *¿No has visto a mis gallinas Josiéco?*, son diez precisas aves -dijo señalando con las dos manos abiertas-, más que gallinas parecen faisanes de lo lustrosas que son. Uno es un gallo colorao como el coral, tres gallinas blancas, cuatro mininas y dos pintas. Estaban tan tranquilas en el corral cuando entraron las malditas zorras, que si las cojo dentro las mato, y se las llevaron. Son las joyas de mi casa, sin ellas a pasar calamidades. Hay una, la más pequeña que se llama "Cojita", porque le falta un dedo desde nacimiento, que es la que más quiero, es dócil y me tienen aprecio desde que era un polluelo que apenas se sostenía, siempre iba detrás de mí piándome porque se creía que yo era su señora madre. Una de ellas la Pinta, es más arisca y un poco tontuela se le conoce por un lunar en le buche, Ahora, que la más bonita de todas es una blanca con las patas muy, pero que muy amarillas y una pluma negra que es como otro lunar en el lomo. Hay otra la Pimienta muy vieja. También ya con ellas lo más apreciado de mi corral, un gallo colorado al que le brillan tanto sus plumas que parecen esmaltadas, le cuelga una cresta como una boina roja caída sobre el ojo, y cuando se enfada da un do de pecho con un kikiriki tan fuerte que hasta los vecinos se me quejaron una vez al pedáneo...

Le tuve que interrumpir en su gravitada requisitoria, porque con la lastimera descripción me iba a hacer llorar, al hablar de sus gallinas se le caía la baba, se le veía el sentimiento de pena en los ojos. Para consolarlo le tuve que contar una mentira: *Algo he visto, creo que he visto algo, algo parecido a cruces en el polvo del camino, huellas como de gaviotas, parecían subir por el Fuerte*, y con alegría como si hubiera acertado la solución de un Damero maldito me dijo: *pues seguro que esas son mis gallinas*, y desde lo alto de la loma llamó a su hermano Jorge a chiflidos secos para que subiera con él al Fuerte a buscarlas entre el espeso matorral, laberinto de romeros, aulagas, espartos y pinos. Los muy tontos se fueron subiendo la ladera del Fuerte, mientras uno decía: pío, pío, pío el otro las llamaba con: piti, piti, piti, la alegría resurgió en sus caras y se perdieron en la maleza del gran cerro tan grande que ahí están las raíces del universo. La

imaginación les estaba haciendo malas pasadas, pues las veían ya desplumadas, una pata por aquí y un cuello por allá, mientras recordaban cuando sus gallinas eran polluelos traviesos, bolitas de plumón con patas. La madre de Pablo ya le había dicho que el compraría otras, no mamá, no es lo mismo yo las quiero, les toma uno cariño, mientras yo sepa que se encuentran en el Fuerte las he de buscar. Pablo, terco y cabezón, clavaíto a un *Simón*, estuvo al menos una semana de cerro en cerro, de roca en roca, de madriguera en madriguera, hasta que un día atrevido, llegó hasta las minas de agua, un resumidero o antigua mina de plomo, y dentro escuchó el kikirikí de un gallo, al principio no le sonó muy claro, luego se dio cuenta que era igualito que el de su gallo colorado. Loco de contento entró en la mina, había muchas plumas en el suelo flotando en el agua, temió lo peor, presentía el desastre, entonces cogió con alegría a sus gallinas juntitas, asustadas; las contó y vio que no faltaba ninguna. Con lágrimas en los ojos se abrazó a ellas, les dio besos, y caricias como si de gatillos huérfanos se trataran.

En la vida existen anécdotas simples y pequeñas que llegan al corazón, la gente sencilla e ingenua no abunda hoy día, en aquellos años de mi juventud las historias tiernas se sucedían a cada momento.

13/ *Mira hijo, al furioso Fuerte, fortalezas de la naturaleza, centro del mundo, allí sufrió mi padre una de los peores momentos de su vida. Y yo te la voy a contar tal como me la contó él:* 🏠 Mi Turco ladraba de una forma extraña subía y bajaba por el cerro, mordía a las cabras, daba saltos, travesuras para intentar decirme algo, aquel perro parecía una persona, tener desarrollado el instinto de la clarividencia. Al ladrido del perro se sumó la señal del búho con un ruiii, ruiii insistente que me decía secretos al oído. Presintiendo un mal presagio me decido a bajar a la Acebuchal, donde había quedado mi Ana embarazada casi de nueve meses, era tiempo para parir, la luna había dado su consentimiento y las mujeres cumplidas las cuentas. Desde lo alto del Fuerte vi cómo se arremolinaba la gente muy apresuradas a mi cortijo, que se sumó al presagio del perro y al ruiii, ruiii del búho, ave de mal agüero, dejé allí arriba a las cabras y bajé hasta la peña de la Encantá, aceleré la marcha y bajé con “pie de lobo”, saltos sobre los enebros y romeras, como si la pendiente del cerro fuese un llano abierto a mis esparteñas, un campo plano como la espalda de un violín. Cuando llegó al cortijo casi no podía hablar, preguntaba tragando saliva por lo que pasaba, por lo que había pasado, por lo que podía pasar, qué ocurrió en mi ausencia Salvadora Lara, Evangelina Acosta, Antonía Hierro y Chacha Concha y Chacha Lola la comadrona, no querían darme la cara, entraban y salían de la casa con la cabeza agachada, mudas y en una penitencia de Semana Santa. Intenté entrar, pero no me dejaron, en el interior de la casa se escuchaban tremendos gritos de su mujer en parto doloroso. Empecé a preocuparme, sabía que en aquel maldito paraje perdido de la razón y la bendición de Dios, no había médico y las mujeres se conformaban con preparar agua y más agua caliente, el agua no iba a ser necesaria, pero las mujeres tenían que hacer algo. El parto podía ser anormal, sin pensarlo más aparejé la mula loca, una maravilla de los caminos, y fui a por el médico de Frigiliana, y lo que tenía que recorrer en un hora, la hizo en media, llamé a la puerta del médico y le dije que el “criaturo” venía mal. Conseguí convencer al médico para que subiera en la mula loca, salieron de reata y empujando al animal por la cuesta del Manchego y el Pedregal, metiéndole la vara en la culata y

los ijares echando chispas las herraduras contra los guijarro, culminé aquellas cuestas y el rellano de los Cuatro Caminos todo era llano hasta la Loma de la en Cruz Gitano, se veía ya la Acebuchal, pero sin distinguirse bien a las personas, porque empezaba una brusca inclinación, en las piedras lisas de la cañada del Grajo hice bajar al médico no se fuera a resbalar. Se habían acercado casi todos los vecinos a la entrada de la Acebuchal, era mala señal. Pensé para mis adentro que maldita era mi suerte, mordiéndome el alma y asfixiando la esperanza. Cuando regresé a la Acebuchal, ya era tarde, mi mujer Ana se había desangrado en el parto, el niño se había salvado, ahora me quedaba viudo y con tres niños pequeños, lloré desesperadamente junto a su camastro, porque la quería mucho. Al día siguiente mi cuñada Dolores Fernández, se llevó a los tres niños a la venta al cuidado de la familia yo no podía verlos tan desamparados. Pasado unos meses de aquella tragedia, refugiado con mi padre en el cortijo de los Corrales, donde vivíamos los dos viudos, él me dijo muy serio: *yo soy un viejo de setenta años y no puedo casarme otras vez, así que trágate las lágrimas y busca a una buena mujer que nos cuide a todos*, así fue como lo hice. Al poco tiempo, pasado el luto necesario que guardar, me casé con mi cuñada Dolores Fernández, convirtiéndose así en mi segunda esposa y tu madre madre 🙏.

Comprendo, hijo mío, que el parentesco de nuestra familia es excesivamente complicado, un auténtico jeroglífico, pero lo siento, yo no lo puedo aligerar, es un problema matemático que existe y está ahí vivo y pendiente de resolver y, a la vez, latiendo en corazones repartidos, pero no por eso se puede variar, ni arreglarse o poner más cómodo para su comprensión. Por lo tanto te advierto que no debes preocuparte si no lo entiendes, acéptalo como se acepta la fe. Yo lo sé porque fue obligación conocer el nombre de todos nuestros antepasados en cuatro generaciones, como un homenaje a su memoria y preocupación por la familia.

14/ Cuando mi mujer se ha dado cuenta de que ha echado demasiado arroz (una taza por persona), recalca repetidas veces que va a sobrar paella, de esa forma lanza un desafío a los comensales hambrientos situados en la meta armados de cucharas, porque había un dicho en aquellas tierras de la perdida Axarquía que “quien no vale para comer no vale tampoco para trabajar”. Ella tiene la misma costumbre que su madre, la tía Virtudes hermana de mi padre, porque mi mujer y yo somos primos hermanos, pero también tenía muchas cosas de mi madre, por algo eran primas segundas, aconsejo no intentar descifrar el parentesco de mi familia conocida por *Los Simones*, laberinto de nombres, imposible descifrarlos, nadie lo sabe con certeza, es un enigma, un criptograma, creo que mi hijo Ramón llegó a conseguir hacer un organigrama básico para no iniciados. En fin, que cuando dijo mi mujer con su boca entrecomillada, soltó frase retadoras que sobraría arroz, en aquel lugar donde tantas calamidades pasé en mi infancia y juventud, desenvainé la cuchara, me senté en una piedra conocida, piedra de las que redondea el arroyo y me conocía, se acordarse de mí, lo presentía por su temperatura, le quité la lengua de corcho a la botella de vino del terreno que nos había regalado, como siempre, mi hermana Salvadora la de Sebastián Cruz, y me puse a comer sin conocimiento, directamente en la sartén, por mi lado, la cabeza de ajos en el centro distante como una meta a batir, existe la costumbre de decir "ajo" para que todos los comensales dejen

de comer, toca beber vino, o como decía aquel pastor: *que la bota no pare*, y era él y el perro. No quise gazpacho andaluz majado en almirez porque se me repite el ajo crudo aunque se le quite lo verde del centro, se le meta en vinagre o se le haga un entierro, se me repite más que los sobacos de la tía Julia, esa sí que huele, te se saltan las lágrimas; pero sí bebí vino moscatel seco del terreno, al acabar de comer, rematé con un vaso de agua de la fuente mágica de la Acebuchal que en cuento te la tomas te entra otra vez hambre calahorriana.

Hijo, quizá la historia que te voy a contar a continuación te parezca quijotesca, o a lo mejor sucedió de otra manera, no lo sé con certeza, pero en esencia creo que ocurrió de esta forma, según las versiones que mi madre me contó, un día con un ánimo y otro día con otro, porque ella, mujer modesta, no quería ser burla de la gente envidiosa. Bueno, pues sucedió que aquel lejano día lluvioso de caza mayor, un día que llaman los cazadores de fortuna, con media nieve, no muy lejos de la Venta Panadero, y antes de morir un macho montés digno de trofeo, miró a su cazador fijamente con los húmedos espejos de sus grande ojos melancólicos llenos de ardiente noche..., bueno, creo que así debió ser porque según dicen los buenos cazadores las monteses siempre lloran antes de morir. Segundos antes de disparar, el cazador se quedó como el mármol vivo de un retablo zaragozano, con el rifle en el hombro...

(Permíteme que, antes de seguir, te aburra con algo de poesía empalagosa en el arte cinegético: El macho, un ejemplar de majestuosa corona real de nombre Serrano, se resistía a morir a causa de aquella estrella fugaz quebrada y asesina que visitó su musculoso y fiero cuerpo, tuvo suerte, ya que la herida no era de sombras eternas, le entró por el ijar izquierdo, rompió su plumaje kaki de rey de las sierras axárquicas, traspasó la piel y la carne fibrosa y roja hasta llegar a la médula del hueso dulce y marfileño. Tras el disparo berreó el animal en lamento de su incomprensible crimen, sacó la lengua de puñales picassianos en actitud de querer vomitar la bala amarga, dobló el cuello y se miró el orificio de la herida carmesí, volcán de fuego rojo, saltó desde los pilares negros de un cortado de peñas, la cornamenta sonó a palo contra palo al darse contra las rocas. Fue el momento en que el viento con nuevas fuerzas de agua arreció sobre los pinos que estaban atentos a no perder sus hojas, y, como presagio de llanto, sombrero de nubes sobre Cerro Lucero, aparecieron bolsas de agua o lluvia amarilla, llanto de pétalos húmedos sobre la tumba de tajos, carbón de encina. La frustrada pieza de caza, mal herida, escapó entre los cortados del vértigo como un peñón que rodara hacia lo hondo del Barranco Mármol. Los prismáticos del secretario ojeador persiguieron inútilmente con sus largos ojos de sabueso al macho montés herido entre jaras y romeros, viéndole descender penosamente por los cortados rompiéndose sus patas de muebles finos, ballestas de tejo, flechas del miedo, mareos por falta de riego sanguíneo, hasta lograr perderse en huida larga de una maleza encubridora. La abrupta sierra, los cortados impresionantes, las distancias insalvable, la barrera de romeros erguidos como muralla vegetal hizo absorber la pieza de caza en su seno de naturaleza muerta, por ello el ojeador desaconsejó al cazador insistir en su captura, se acercaba la noche y la lluvia seguía con idea de cicatrizar la senda y el rastro, al día siguiente, con perros se reiniciaría la captura, lo aconsejable era ir a dormir a la Venta Panadero para cenar, secarse las ropas y dormir).

Debía ser por el año 1914, y mientras Europa se desmoronaba en cañonazos de guerra, por el contrario, en las Sierras de Almirajara se vivía la bucólica vida del cazador romántico y la pastora, la del arriero de abarcas rotas a reata de un par de pencos mulos, la del maderero furtivo, la del corsario, la del carbonero y el cabrero. El cazador se llamaba Juan Ramón, primogénito y único heredero de la gran fortuna del fallecido diputado a Cortes, Excmo. Sr. : don Juan de las Almenas, era alto, de nariz aguileña y tímido, gastaba su juventud alejado de las obligaciones de las fincas en Jayena en el arte de matar animales cornudos y su rifle era ya una prolongación de sí mismo, leía el Quijote y además, para completar la desgracia de su destino, de niño le cayó en la cabeza una gárgola y no le mató pero sufría de amnesias temporales y por ello tenía en la memoria datos falsos de la realidad, siempre le acompañaba un ojeador o escudero de confianza llamado Frasquito *el Cienojos*, que le había puesto su madre como una carabina día y noche, y que por su ignorancia en tratamiento de enfermos mentales lo tenía aún más loco que si hubiese deambulado solo por el mundo.

Como el cazador acostumbraba a dormir en las cuevas y el ojeador no quería dormir otra noche más de forma troglodita, le hizo ver que en la alcazaba allí próxima tenían prisionera a una bella dama y que podían ir a rescatarla, la alcazaba no era otra que la Venta Panadero, y por la fortaleza aparecieron los dos cuando la noche empezaba a vigilar sus caminos. *La noche se queda sola cuando la sierra se va*, era un estribillo de una canción antigua. Nada más entrar en la venta, los venteros, mozas y arrieros allí presentes se dieron cuenta que no debía estar muy sano el cazador por la forma de vestir parecía un romano: pecho con peto de cuero y en bandolera cananas nuevas afiladas de cartuchos metálicos, sombrero de fieltro, falda de irlandés y piernas al aire sin calcetines y unos botos de cuero crudo hechos a mano por algún zapatero artesano de Cómpea. El *Cienojos* llevaba el rifle y vestía normal con chaqueta y pantalón de pana color miel, entraron y pidieron vino del terreno: un moscatel de los que entra sin saber leer ni escribir y luego te salía hecho un abogado, vamos, que se bebieron en dos tragos sin quitarse el sombrero, y sin mirar a la niña de la venta que se llamaba Dolores, hija de Miguel el ventero. Al llegar no se fijaron en ella, la endémica luz del quinqué de aceite reducía el resplandor al espacio del corto mostrador y alumbraba media mesa de la izquierda.

(La venta no era muy amplia, pero de construcción inmemorial, gruesos muros de mampostería, los techos inclinados con vigas de pinos lo más tiesos posibles sobre muro maestro, en las paredes cuadros de familiares a los que se le colgaban manojos romeros secos y lavanda, la iluminación interior provenía del rincón de la chimenea en la que chisporreaba infernal lumbre violeta de cepas, que a la vez daba fuego a una olla de barro ennegrecida que si bien no se le veía su contenido, su olor delataba el bacalao cocido con arroz blanco, y sobre la repisa de la chimenea grande aparecían saleros, calabazas huecas, estampas de santos, cajas de cerillas, un trozo de queso seco y un cantil de latón; al calor de la chimeneas unas tripas de chorizos y una ristra de ajos contra el mal de ojo; en el suelo se amontonaban sacos de garbanzos apilados de mala manera, contra la pared la leña desperdigada en un desorden de quien tiene mucho por hacer, butacos de aceite y unas esteras de esparto, y detrás del pequeño mostrador, en reservado, cenaba un pastor con el sombrero puesto hasta las orejas, barba de varios días, olía desde lejos a sueros de cabras, las manos

anchas y sucias, la roña en las abarcas, no dejaba de dar cucharetazos sobre un plato hondo de cerámica desconchada, le daba bocados directamente al pan y sobre la mesa un montón de pimientos crudos esperaban su turno para ser devorados).

“El *Cienojos*” hizo gestos a los moradores de la venta como diciendo que le siguieran el juego a su acompañante, pues no estaba muy bien de la cabeza y, además, quien le llevara la contraria se convertía en su inmediato enemigo, pidió que les llenaran otra vez los vasos y trajeran algo que les quitara el hambre, mientras ayudaba a Juan Ramón a quitarle las cananas y buscaba el respaldo de una silla baja desocupada para secarla junto a la chimenea, porque hacía más frío que cuando se murió Zabundio.

La niña de la venta preguntó al romano si tenía frío, a cuyas palabras contestó que si la sierra, los animales, los pinos y los ríos están desnudos por qué él, que era pura naturaleza, no lo iba a estar también como ellos, y acabó diciendo: *el frío fortalecen al cuerpo y el alma como la vida del anacoreta*. Y al oído, con todo sigilo, Juan Ramón preguntó a Dolores que si era la cautiva del señor de la alcazaba, y que si así era se diera por libre. Se alejó la niña de la venta sin saber lo que era un anacoreta, extraña por la palabrita y la pregunta siguió el juego según había insinuado El *Cienojos*. Regresó con los dos vasos de vino y un plato con unas engañifas de Fornes que le había dejado un arriero en viaje de vuelta, posiblemente a cambio de una copa de aguardiente, porque la verdad es que en aquellos años nadie tenía un real y el trueque era la forma de comercio habitual. La noche se presentaba divertida para los venteros y los arrieros.

(La niña de la venta vestía de luto con un largo delantal, porque en aquellos años la muerte se presentaba en los familiares tan de seguida que no daba tiempo a quitarse un luto cuando había que ponerse otro. Años para la duración del lutos que estaban estipulados según el grado de parentesco: para los padres siete años, para los hermanos cinco, para un marino el menor posible, para un primo hermano dos años, para un primo segundo: un años, para los abuelos tres años, esta era la cuenta y la obligación salvo que te pudieras ir a otro pueblo o a una ciudad en que nadie te podía criticar por no llevarlo. El negro le hacía más delgada de lo que en realidad era, y como su cutis, a pesar de protegerse del sol con grandes pañuelos anudados a la barbilla, tomaba un color aceitunado, parecía aún más flaca, asunto que no le agradaba porque en aquellos años la moda era, la de una mujer robusta y regordeta. Dentro de la venta llevaba su cabeza al descubierto, lavado la cara con agua clara, pelo abundante y recogido, ondulado con el color de los navíos naufragados (ninguna mujer llevaba el pelo suelto porque era señal de provocación, el cura siempre recriminó a las mujeres con el pelo suelto, Cristo era el único que lo llevaba. Sus ojos eran reventones cerezas negras. La nariz "simona" (algo larga como el pasamanos de una escalera) y graciosa, de esas que dejan huella y no se olvidan. Su lunar hermoso. Al sonreír enseñaba la dentadura perfecta y grande. La barbilla hacía sitio a un hoyuelo que al hablar con su desparpajo andaluz le daba un gracia familiar. Oía a romeros, lavanda, tomillos y enebros, y al andar levantaba las alpargatas blancas con cinta negra sin hacer siquiera ruido).

Cuando Dolores se inclinó sobre la mesa para colocar los vasos y la engañifa (morcilla de cebolla), se notó su brío de mujer nerviosa y dispuesta. El cazador, que aceptó ponerse junto al fuego, le prestó con atención detenida llevado por un instinto irresistible de quien se acaba de enamorar, y le dedicaba constantes miradas como llevado por el positivo de

un imán imposible de vencer cual cepo irreversible del amor. Pero ella, que se había dado cuenta de la indiscreción, a pesar de estar acostumbrada en la venta a las miradas furtivas, a los siseos de los arrieros y a las bromas de los clientes, no prestó atención o mejor dicho le ignoró con una ausente mirada de correspondencia, a veces, el desprecio es más incisivo que la mansedumbre, sobre todo por la falta de razón de quien lo practica.

-Señorito, -dijo el ojeador- que se le van los ojos detrás de ella, que esa no es mujer para usted, que usted tiene un título de nobleza, y mujeres de buenas dotes que le esperan en palacio.

El cazador más parecido a un romano que a un marqués, sin probar bocado aún, apuró su segundo vaso de vino y se levantó para dirigirse al mostrador con el vaso vacío en la mano, lo puso boca arriba sobre el pequeño mostrador apurado de barniz, a la vez que le decía a la niña de la venta: Samaritana, dale de beber a este sediento de amor, ella respondió mi gracia es Dolores y no como usted acaba de llamarme, y él nervioso el mío en Juan Ramón, ¿le gustaría ser princesa en el castillo de mi madre en Jayena?

Ella sonrió gratuitamente, echó de comer al aire que se alimentaba de sus sonrisas y además de las comisuras de sus gruesos labios y se mostró cariñosa por temor a que el romano le diera por hacer alguna tontería; por un momento, permaneció en silencio mientras lava unas jarras de cerámica. Por fin el romano le dijo: quieres casarte conmigo así no liberaré a una doncella sino a una esposa y lo trabajos del héroe serán más justificados, pero ella como tenía que seguir la comedia le dijo muy puesta en su papel: *estoy dispuesta si vos me prometéis de rodillas amor eterno y las propiedades de tus tierras a mi nombre.* El cazador se puso de rodillas y la niña de la venta siguieron hablando en una conversación amorosa, se iba a preparar la boda, uno de los arrieros iba a hacer de cura al ponerse por los hombros un saco de yute, hasta que interrumpió la falsa el cabrero de las manos ciclópeas, que no sabía nada del asunto y llamó a la niña de la venta para decirle que era un cualquiera. Se levantó el romano con su vaso de vino y pidió al de las manos anchas, que creía ser el señor de la alcazaba, que liberar a la doncella o tendría que usar de la fuerza de su vigoroso brazo, y como no había formas de aclarar aquella situación se liaron a palos, sin saber el cabrero que estaba como un cencerro. Cuando el romano se vio rociado de vino dijo que le habían herido de muerte, *me han matado en uno de mis trabajo heroicos, ahora soy digno de su amor.* Allí acabó la función.

A la mañana siguiente, Juan Ramón tras dormir la pea no se acordaba de nada de lo de la noche anterior, pero le seguía el enamoramiento, y después de haberse hecho todo tipo de preguntas a su escudero, le dejó a Dolores la dirección de la casa en Jayena, todos conocían el gran cortijo de las Almenas, para que fuera con su cortijo para que trabajara como doncella.

Pasó un mes de aquel encuentro tan pintoresco sin que ella se hubiera atrevido a marcharse como señorita de compañía ni como doncella a la casa de diputado a Cortes, regresó de nuevo Juan Ramón a la venta, esta vez con una yegua baya y nerviosa de tres años, bien enjaezada, alamares en la grupa y herrada de las patas traseras y él vestido como un moro abencerraje con marlota carmesí, albornoz de damasco y en la cabeza un fez tunecí. Dolores, que aquella mañana de cielo perfecto se había acercado para lavar hasta la fuente del Cerezo para lavar la ropa blanca y coger yerba, se asustó al ver llegar a aquella aparición de moro gentil y salió corriendo

hacia la venta, no quiso hablar con él, pero Juan Ramón con los ojos saltones de no dormir la siguió con el corazón roto de amor, mientras le decía a viva voz por el camino: te quiero Dolores, no puedo vivir sin ti, no puedo dormir ni de día ni de noche, sueño contigo, tu ojos me asfixian el alma, quiero casarme contigo aquí te traigo un acta notarial con todos mis bienes a tu nombre.... Ella no volvía la cabeza y ni siquiera quiso escuchar esas palabras tan fuertes, no le iba a seguir el juego esta vez, corrió al refugio de la venta huyendo de aquel loco enamorado, Juan Ramón entró detrás de ella: *jahora estoy bien, me he curado!*, en esos momentos la puerta de la venta de paredes descorchadas y en forma de media herradura le pareció la puerta principal de la Alhambra donde iba a casarse en esos momentos con Dolores cuyo delantal blanco le parecía un vestido de novia y el pañuelo blanco la cofia y la yerba para los conejos el ramo de flores. La leña ardiendo le olía a incienso, se arrodilló ante el mostrador que se creía era el altar, y al barbudo del abuelo que se creía era el obispo, decía: sí quiero, sí quiero, hasta que la muerte nos separe...” Estaba tan enamorado que no quería escuchar un no por respuesta, no quería una negativa por respuesta. Apareció *el Cienojos* que le seguía a distancia porque se le había escapado de un trote de caballo, para convencerle de que la Venta no era una catedral y se lo llevó a Jayena. Juan Ramón estuvo persiguiendo a Dolores, sin hacer caso a nadie, hasta que fue ingresado por su madre en una casa de salud mental.

Aquel mismo años se murió Ana, hermana mayor de Dolores, que estaba casada con el pastor de las manos anchas, y le dejó tres criaturas que apenas se llevaban un año de diferencia cada uno entre sí. Aquel desesperado viudo-padre solicitó a su suegro Miguel Fernández que su otra hija Dolores se casara con él para criar a los tres nietos, que eran como hijo de la misma sangre. Ella tenía dos oportunidades ante sí: una la de ser una señora con el primogénito de las Almenas enamorado perdidamente de ella, si mejoraba, claro, o, por el contrario, seguir la llamada de la sangre y ser una aldeana cargada de hijos con un pastor que se moría de hambre. Ella se lo pensó detenidamente antes de huir hacia lo decisivo, sus dos pretendientes tenían diferencia muy manifiestas, pero en ella hervía una obligación con la sangre y la de obedecer a su padre. A pesar de que ella tenía más hermanas, las que le seguían eran más pequeñas, tras las dudas que durante días tuvo en su cabeza, al fin, sin más se decidió, se dejó llevar por los sentimientos y el dolor de su cuñado que suplicaba una mujer que atendiera a los pequeños, incomprensiblemente renunció a Juan Ramón diciéndole con todo el dolor de su alma que no le quería. A los dos meses se casó en Cómpeeta de madrugada con el viudo pastor de las manos anchas y el corazón tan grande como las manos.

De aquel pretendiente tan sólo le quedó el recuerdo del bonito nombre compuesto de Juan Ramón, nombre que quiso ponerme a mí. Pero mi padre, jamás aceptó de buena gana que me llamara como él, empezó a llamarse Joseíco, Joseíco *el de Dolores*.

15/ Después de comernos la paella en le meridiano cero de la Acebuchal, sacamos una sandía que caerá al estilo cerdo y remataremos toma café que ha traído en un termo mi hija Mari Carmen, a ella no le falta su termo de buen café colombiano, y no es que seamos muy cafeteros, pero la costumbre de años es hacer que el sujeto se apodere del objeto, es decir,

que el aroma del café se apodere de nuestra voluntad y después no seamos capaces de decidir sobre si debemos o no beberlo. Los niños, después de comer volvimos a desaparecer de nuestra vista, yo empecé mi siesta prohibida, porque si es prohibida sabe mucho mejor y, sin mucho esfuerzo por librarme de mi estado de vigilia me entró el apiñado sueño de la tarde, mientras las luces desteñidas de la tarde me alejan un poco cada día de mis recuerdos y de mi propia vida.

Sueño que pasaron los años de mi infancia en una dictadura primoriverista, nací en el año veinte, muchos siglos después llegué a enterarme de que aquello fue una dictadura, y yo sin darme cuenta ni tener conciencia de aquellas circunstancias históricas donde mi vida se resbalaba entre el trabajo de pastor infantil y pocos juegos y casi ninguna escuela, aunque me parece que fui a ella a los catorce años, un par de veces, con la señorita María, mucho antes de la República, mucho antes de que el mundo tuviera forma.

En el año veinticinco se acabó la guerra de Africa, yo no tenía edad para acordarme de pero una circunstancia muy allegada a mi familia marcó el recuerdo de aquella época, demasiado tarde para recordar, sobre todo, para los soldados muertos, regresaron muchos jóvenes cambiados por el síndrome de la paz, para los que no les esperaba otro trabajo que encallecerse las manos en recoger resina, tomillo para las calderas o hacer carbón, se habían acostumbrado a fumar tabaco bueno, kifi y a beber té con hierbabuena. Por las tardes se llenaba la venta de la Chaca Lola en la Acebuchal, hay mucha gente demasiada gente, se daban bromas, se reía, y parecía como si después de la vuelta de los héroes la vida cotidiana en la paralizada aldea hubiera cambiado. A un primo mío, conocido por el Laureado o el héroe de Nador como yo prefiero llamarle, Guardia Civil raso, había que contarle entre las bajas de la Acebuchal, había desaparecido en el pueblo marroquí de Xawen en el año veintitrés en el mes de Septiembre, en el mismo años que entró en el poder Primo de Rivera. Lo lamentable de las guerras es que por muy largas que sean siempre llega la hora del recuento de los muertos de uno y de otro bando, es la hora de contar los ataúdes o las cruces sobre las tumbas donde se fija el inmóvil cuerpo de lo que son anónimos hijos de la historia, como si el mástil de esa cruz fuera la antena de una televisión en programas con los cielos, veleros que navegan en la noche. Los Gobiernos son tan crueles y mentirosos en las guerras, que son capaces de matar a un vivo para que le cuadren los muertos. La pérdida del protectorado de Marruecos empezó a gestarse desde el desastre de Annual en el verano del años 21, una posición española situada a 92 kilómetros al Oeste de Melilla en los cerros de Beni Ulichek, al sur de la Bahía de Alhucemas. Desastre militar debido, según el informe Picasso, primo de Pablo Picasso, por el premeditado avance del General Fernández Silvestre, Comandante General de Melilla por orden del dedo real. El ataque fue dirigido por Abd-el Krim jefe de los rifeños. No de acuerdo con el protocolo de protectorado hispano francés firmado en el año 21. Los malos caminos y peores transportes mantienen aislado al ejército español, que no pudo replegarse en Ben Tieb. A las 12 horas del día 23 de Junio cuando se produjo un ataque masivo, la evacuación a Ben Tieb se realiza con precipitación, en la fuga se abandona material de guerra, el asalto hizo que la policía, que eran nativos, se revelaran contra la mano que les daba de comer y aumentaron los muertos. El general Silvestre desaparece, o se suicida, también mataron el Comandante Benítez.

Después de lo de Annual, los rifeños se hicieron fuertes con el armamento ocupado a los ejércitos españoles, se envalentonaron y atacaron Zeluán, Monte Arruiz donde se levantaba un fuerte, y Nador en la marina, donde se refugiaron las fuerzas mixtas españolas en la fábrica de harina, donde resistieron hasta capitular con permiso del mando superior. En esa fábrica de héroes estuvo Antonio Simón. Mi primo hermano Antonio Simón fue primero soldado y luego pasó a la Guardia Civil, le fue suficiente hacer unas prácticas de quince días en el Cuartel de Segalerva en Málaga, llamado periodo de Academia, para lograr ser nombrado guardia de segunda clase. Salió de guardia con su diploma en la mano donde la tinta parecía salpicada por una sacudida de urgencia y una mancha ocre en uno de los ángulos como si fuera cierto que quien se lo entregó fumaba, fue destinado donde más falta hacía en aquellos años, donde la Guerra de África era el lleno de una embriaguez vacía, al destacamento de Nador. Tomó el barco melillero y marchó de nuevo al frente con muchos compañeros pero esta vez con el uniforme de verde oliva. Sus padres fue al puerto de Málaga a despedirle, el barco se hizo pequeño en el horizonte brumoso como si más allá del horizonte no hubiera nada, pero sí era cierto que al otro lado del gran canal azul existía la Comandancia de Melilla, perteneciente al 28º Tercio de Ceuta, la ciudad del dorado atardecer sobre minaretes con voces de almuédanos y hombres vestido con sayos como mujeres, según contaba en las cartas que la mandó a su madre. Al poco tiempo de estar en Nador pasó lo del asedio al cuartel y se tuvieron que refugiar en la fábrica de harina. En el asedio conoció a Asunción Crespo, viuda de un guardia civil natural de Cómpeeta llamado Castillejo muerto en la fábrica de harina de un tiro de espingarda. En aquel asedio, después de un hecho valeroso mi primo fue herido en una pierna y propuesto para la Laureada. Lo evacuaron al Hospital de la Victoria en Málaga, pues el de Melilla estaba con el cartel de "completo" pero esta vez de heridos. Cuando se recuperó en el Hospital fue a la Acebuchal con permiso de reemplazo por enfermo. El padre preparó una gran fiesta, pues a todo el mundo le anticipó que a su hijo le habían dado una Laureada. Cuando apareció Antonio Simón en el coche de línea se le veía la tristeza en el rostro, cuando el padre le saludó lo primero que le preguntó fue que, ingenuamente, le enseñara la Laureada en el formidable pecho de consumado héroe. Al ver sobre el romano pecho una condecoración, el padre, efusivo, no distinguiría una de otra, confesó Antonio que se la habían denegado y que a cambio le habían dado la del Sufrimiento por la Patria. El padre paró en su alegría y nos sabía lo que decir, pero acertó a consolarle para aconsejarle que todo en la vida no podía ser, que se conformara, que lo importante es que estuviera bien y allí en la aldea con su familia. La gente que había salido del Casino de Frigiliana para recibirle con la banda de música se quedaron en silencio y con caras abochornadas y se metieron cada uno en su casa, en un momento las calles se quedaron vacías, se habían cargado la ilusión de un héroe: el aplauso de sus vecinos, la alegría de su gente. Ni los chiquillos, que seguían a todo viajero por la calle Real, no le jalearon. Pero él jamás olvidaría tan dolorosa humillación, y todo por anticipar un premio, cosa que no se debe hacer, por si fracasa.

A los tres meses de estar convaleciente en la Acebuchal, no restablecido del todo, se incorporó de nuevo al Cuerpo, pensaba demasiado en Asunción Crespo y en la escena que le hizo en Cómpeeta, además aquel lugar de soledad no era el más adecuado para olvidarla. Era un soldado

profesional al que con la Medalla del Sufrimiento no se le suponía el valor sino que se le reconocía, por eso había de ser un ejemplo para la tropa y se negó a ejecutar servicios burocráticos en la Comandancia, dijo que no quería enchufes, sino ir al puesto de mayor riesgo y fatiga como dicen las Reales Ordenanzas de Carlos III. *Las órdenes son las órdenes y no hay donde elegir, así es la vida militar*, le decía a la familia, todo ello para justificar las ganas que tenía de escapar de aquel valle que ya se la había hecho pequeño para sus ambiciones militares. ¡Menudo Quijote!, por no decir otra palabra más ofensiva, se dio de alta médica cuando todavía cojeaba de la rodilla derecha, y como las órdenes, según él, eran las órdenes le mandaron a San Juan de las Minas (Marruecos).

En la taberna de Chaca Lola mi primo Antonio relató muchas veces el hecho en concreto que le hicieron merecedor de la propuesta a la Laureada de San Fernando, la más alta condecoración en tiempo de guerra, pedazo de historia de España que la contaba así: 🏰Una noche el mando pidió voluntarios para una operación de mucho riesgo, salimos dos: el guardia Alcántara y yo, la luna tenía el rostro oculto como las moras y arrastrándome por el desierto peligroso y minado salimos de la fábrica de harina por una trampilla situada en un semisótano, sin fusil y con cinco granadas de mano cada uno, avanzamos con el apoyo de los codos nos acercaron hasta la proximidad de un nido de ametralladoras rifeños, tendidos, desde el suelo, cada uno arrojamos dos granadas de mano sobre la cuna de las ametralladoras enemigas y explotaron sobre ella acabando con aquellos grillos metálicos que impedían cualquier movimientos de evasión o movimiento desde la fábrica de harina, y eso fue todo, al día siguiente me hirieron de un tiro en la pierna derecha 🏰.

El padre de el héroe de Nador, era mi tío Pepe, hermano de mi padre, que en su juventud fue, no menos héroe que su hijo, estuvo en la guerra de Cuba pegando tiros en la loma de El Caney, los norteamericanos se quedaron asombrados de que tan pocos españoles unos 400, al mando de general Vara del Rey tuvieran controlados 6.500 americanos, a los que se les causó 1.500 bajas, supieran aguantar tanto, pero es que quedaron 80 españoles supervivientes, entre ellos mi tío Pepe cuyo nombre está inscrito en un monumento que existe en la plaza de Cartagena. Pero, como te he contado, mi primo Antonio Simón empezó en Africa, primero como soldado de Regulares y lo mandaron a Melilla, en Cazadores Alcántara 14, Regimiento de Caballería, en el Grupo I de Escuadrones, y en cuanto se iba a licenciar con excelente hoja de servicios en el año veintiuno, aprobó los exámenes para la Guardia Civil, tenía muchas ilusiones por serlo como lo fue también el chacho Miguel (uno de los huérfanos de Miguel Fernández y María Jesús Ruiz) no sabemos cuando ingresó en el Cuerpo pero se licenció en el años doce con una pensión de veinte reales.

Años después, pasó lo del General Primo de Rivera se sublevó en Cataluña, bueno pues ese mismo día, dicen, yo no lo sé bien, que mi tío Pepe Simón estaba en las lomas de Panduro con las cabras, era ya tarde cuando recibió un chiflido de aviso de su hijo Emilio, chiflido con tono ensayado para casos de emergencia como un diálogo parecido al de la gente de la isla de Gomera. Ante la mala cara del chiflido bajó la sierra apresuradamente a trote de barrancos y aulagas, tajos y cañadas, temiéndose lo peor, sobre todo al ver a un Guardia Civil, al guardia Plácido de Frigiliana con el correaje amarillo, en la puerta de su casa con Rosario. *¿Qué ha pasao, qué ha pasao?* Preguntaba Pepe con la lengua seca como un

estropajo. *Traemos un telegrama del Ministerio de la Guerra y tiene usted que echar un rayajo como recibí, es urgente, me ha mandado el cabo Lorenzo, ¿quiere que se lo lea Pepe? Sí por favor, hágame ese favor, yo no sé leer.* El telegrama temblaba entre las manos del guardia Plácido que había llegado a caballo, un jamelgo blanco que sudaba por los arneses y ya comía la hierba del suelo, buscando la humedad de la fuente. Mi tío Pepe con la boca más seca que las suelas de unas abarcas, jadeaba nervioso, pero no se acordaba de la sed, todavía no se había quitado el viejo sombrero de palma ni por respeto al guardia. De pie y desde la puerta de la casilla, haciendo la silueta del guardia un contraluz amarillo de la tarde parecido a un ser venido de la luz, despegó el lacre rojo con impresión ilegible, el remitente: Ministerio de la Guerra. Dirección General de la Guardia Civil Sección de Recursos Humanos. Destinatario: JOSE SIMÓN FERNÁNDEZ. Empezaba con varias cifras y código, y una fecha: 21 de Septiembre de 1923: “Tenemos el sentimiento de comunicarle que el Guardia Civil ANTONIO SIMON RUIZ ha desaparecido valientemente en el frente de Xawen. Estamos haciendo todo lo posible por encontrarlo. ¡Arriba España!”

Mi tío Pepe viajó a Melilla con billete de barco pagado por la Dirección General, recibido por el Teniente Coronel de la Comandancia en persona. No le daban esperanzas de encontrarlo con vida, la costumbre de los moros con los prisioneros de todos era sabido: tortura y muerte. El mejor español es el muerto dicen los rifeños. De no aparecer su hijo durante un años, se le concedería una pensión vitalicia para los padres.

16/ Al despertar de mi siesta me ha parecido, no estoy muy seguro que he soñado con la guerra de Africa y con uno de mis ídolos de siempre mi primo el Laureado. El sol está a punto de poner su huevo de oro sobre la Rábita, un monte al Oeste cuya silueta parece el sombrero de las Axarquías, era esa hora en que una banda de oscuros grajos con picos morados, buscaban con sus graznidos los refugios de la sierra para dormir en las cárcavas del Fuerte de Frigiliana, Tajos del Cielo o Almendrón. *Cada vez hay menos grajos, no sé por qué,* le comenté a mi mujer. Entraba la última escena de la tarde y los comensales de nuestra paella, cansados, entregados en la sombra de los chopos recogían el campamento, mientras tanto, decidí darme un paseo por las ruinas de la Acebuchal y acercarme hasta el caserón que fue de mi tío Pepe Simón, lugar donde nació el héroe de Nador, buscar techos, chimeneas, un objeto olvidado, dejarme agarrar por las esparragueras. Oí algo parecido a un grito humano, percibí el espíritu mi tía Rosario la madre de Antonio Simón llorando sobre la cama, gritos y llanto, noches de duelos, la llegada de los familiares y vecinos que traían pollos, (en los entierros la gente llevaba caldo de gallina, los más pudientes las gallinas enteras) se habían acercado para pasar la noche, vestidos de lutos nuevos y caras dolorosas como capitales de columnas románicas, escenas esculpidas en el centro del dolor.

Mi padre me contó que en casa del tío Pepe Simón entró la desgracia y una epidemia de tristeza que les duró toda la vida, un vómito de muerte, una desaparición que es peor que la misma muerte: el velatorio de un cuerpo no presente. Entró la viuda Chaca Lola, comadrona y madrina de Antonio, apoyada en su nieta Plácida Orgaz que traía los ojos con el llanto fácil, eran ojos verdes esmeralda, en cambio Chacha Lola los tenía secos de tanto llorar en su vida y ahora no podía ayudar a llorar a nadie, llorar consuela, además unas cataratas azules le impedían ver con nitidez, la cara arrugada y

achicada como el cuerpo curtido, parecía su cutis el lodazal seco de un pantano tras la sequía, su cuerpo era flaco de todo menso de memoria, y entró a la casa despacio, paseando el luto de siempre, eterno, casi encorvada, ocultando sus vanos ojos, escondidos, quizá, en algún lugar de su cara, allí dentro, en aquel lugar de dolor, olía a bolas de alcanfor, llegó a la cámara donde sobre una cama de matrimonio de hierro con bolas de latón, yacía Rosario, la madre de Antonio, que al verla llegar empezó a llorar más fuerte que lo había echo hasta ese momento.

A Chaco Lola la Comadrona, que nos ayudó a nacer a todos, la queríamos mucho, estaba medio ciega y se acercaba a los ochenta, pero no se perdió jamás un entierro, ayudada por el peculiar olor del hogar y de unas fotos, recordó por un momento algo que muchos años atrás le habían causado mucha alegría, el día que ayudó a Rosario a dar a luz a Antonio en la casa, luego fue su madrina y cada noche ella le traía un poco de leche de chiva, porque Rosario era tan pobre que no tenía ni leche materna.

Plácida Orgaz, la nieta de Chacha Lola, incomprensiblemente, era, de entre todas la mujeres, exceptuando a la madre de Antonio, la que lloraba más de todas, con un lloro rabioso lleno de rencor más que de lástima, creía la gente que era excesivo, pero sin duda alguna tenía su explicación lógica, a la vez que lloraba no dejaba de repetir: *maldita desgracia, maldita desgracia*. Allí dentro, en la casilla de Pepe Simón no estaba el cuerpo presente de un cadáver, se lloraba la desaparición de un hijo, oficialmente desapareció en el campo de batalla de un desierto lejano y vacío, luchar por un desierto ¡vaya estupidez!. Sobre una mesilla habían colocado la capilla de madera, grande como una caja de pasas de la Virgen Milagrosa, la misma que hoy está en la ermita del Cortijo del Pino, dos cirios nuevos la custodiaban, más cuatro vasos de mariposas encendidas en un adiós que se apagaba con la lentitud con que se evapora el aceite combustible que las mantenía. Ocupado el interior de la casilla por cuatro sillas de los vecinos, había que salirse a la calle empedrada de padecimientos, las mujeres de luto con pañuelos en las manos se refregaban los ojos como si tuvieran arenilla dentro, los hombres, a los que había que nada les asustaba, unos de pie y otros sentado en los poyos de obra, parecían calladas estatuas del pórtico de una catedral, mientras en las lajas de las acequias se sentía un constante murmullo de preguntas de cómo había ocurrido la desgracia, se oía por qué se fue de nuevo a África si estaba malo de la pierna, “si se despidió de mí con un beso cuando se fue”, decía Chacha Loca, y lo mismo repite Nieves Navas o su abuela Ana. No se escuchan más que lloros y gemidos, ahogado de vez en cuando por un suspiro se subía por cerro Verde, y arriba en las cumbres de Cerro Lucero las monteses (que siempre lloran antes de morir) y el llanto de las fuentes, y el rocío con su lágrima mañanera, y el sudor de la resina de los pinos, y hombres sin saber si dar el pésame o marcharse de tapadillo por su timidez, y las preguntas del cumplimento confundidas en la voraz y eterna larga noche de duelo. Allí dentro de la estrecha habitación, lloraban Rosario, su hermana Salvadora, su abuela Ana, mi madre, Chaca Lola y Plácida, lloraban a coro contagioso, tal vez por la incertidumbre de un cuerpo presente a quien llevarle flores para los difuntos, el lloro es contagioso como lo puede ser la risa, la alegría, los besos, y la misma muerte.

Fue el primer muerto de la Acebuchal, referían los vagos de los Bocanegra, que no hubo que llevar a hombros hasta el cementerio de Frigiliana distante a una legua, siempre el pensamiento cobarde del

esfuerzo inútil. El viejo Casaca, el que hombre que hacía todos los ataúdes, si se le podía llamar ataúd a una caja grande de pasas, se ahorro tener que hacer uno, pero también se quedó sin cobrarlo. No se podía callar y decía que no podía rebajar un real a los cinco duro que valía, *son artesanía pura, madera de pino de verdad...* Los dolientes no estaban para cumplidos, pero Pepe, que estaba junto a Rosario, se levantó de su silla de anea y se la ofreció con todo respeto y cariño a Chacha Lola, mujer de mucho peso, que arrastraba unas alpargatas nuevas para salir a la calle, últimamente no salía por culpa de la vista, y salía únicamente para cumplir como los demás, tenía que hacerlo, todos los vecinos de la Acebuchal, pues la miseria es el más fuerte de los lazos, le ayudaron mucho cuando mataron a su marido Adriano Orgaz, guarda de la Resinera y se aplicó el dicho "*cuando Dios no te ayude, muévete*", y sacó a su familia adelante con una cantina. De todas formas, si la Chacha, que cumpliría ochenta años, edad a la que todo se le permite, no hubiera ido al velatorio se le hubiera excusado, aunque algún Bocanegra la hubiese criticado. Un entierro en aquel lugar remoto, y a la vez centro del mundo porque en la escuela nos enseñaron los Puntos Cardinales tomando como centro la Acebuchal que era nuestro meridiano 0, y cantábamos: al Norte los montes Pirineos que nos separan de Francia, al Este nace el Sol, por el Oeste se oculta, y al Sur el Mediterráneo y África, era el acontecimiento de mayor relevancia social, más que una boda o un bautizo, cumplimiento, tal vez, excesivo, heredado de los moriscos que se quedaron en aquellas sierras resistiendo toda expulsión, y de los que creo somos descendientes directos, aquella sierra Almirajara pudo ser un refugio natural ideal para ocultar a generaciones enteras, y mantenerlos en el olvido histórico como salvación étnica, un viejo que murió recientemente por el Cortijo Moreno, dijo todavía "*por Alá*", antes de estirar la pata.

A Pepe le consolaban sus hermanos, entre ellos mi padre, del cual sabía mucho de dolor porque hacía unos años perdió a su primera mujer, a pesar de ellos no entendían la razón de que la vida fuera así de bruta, no paraba de repetir *con la mala gente que hay en la sierras y a ninguno les pasa ná de ná, en cambio, mi hijo orgullo de la Acebuchal van y me lo matan*. Todos le dan esperanza de que a lo mejor aparecía, a lo mejor estaba herido. Mientras tanto, en la calle, se oía al bruto de Evaristo el Feo (él no era feo, el mote le veía de su padre que sí lo era, tan feo que los animales salvajes ni se asustaban al verlo, al suponer que era parte del paisaje rocoso) contando historias espeluznantes de lo que hacían los moros con los prisioneros españoles, que les metían palillos de dientes en los ojos o entre las uñas para torturarlos, hasta que salió del velatorio Salvadora, su mujer, y le dijo que de una vez se metiera la lengua en el bolsillo por no decir el culo de no haber habido gente delante, luego todos le dieron la razón a ella, parece como si los velatorios fuera un lugar de tertulias y no de oración. Emilio Fernández era el pedáneo de la Acebuchal, había sustituido a Baldomero el Viejo hacía pocos meses, mandó con el Pilula llamar al cura de Frigiliana para que hiciera una Misa en la ermita, le cura dijo que no era propio hacer una misa de difuntos si no había difunto que enterrar y, con gran rabia para todos, no subió, y eso que le habían mandado una mula torda para el viaje, por eso, Emilio Fernández, que sabía escribir, le mando una carta de queja al Obispo. Era un hombre recio, monárquico, al que le gustaban las cosas por derecho, y el progreso, estuvo a punto de meter la luz eléctrica en la Acebuchal, pero llegó la guerra y nos hundió en la destrucción de la herrumbrosa miseria.

Contaba mi padre que el abuelo Miguel cerró la Venta Panaderos por primera vez en su vida y bajó con todas sus hijas, la tía Conchita se hinchó de llorar, se acordaba mucho de las bromas que le daba Antonio Simón cuando vivió de niño en la venta, era cariñoso y muy familiar, una vez se bebió un vaso de aceite creyendo que era vino, y se purgó para siempre. Todos hablaban bien de Antonio, no ponía condiciones para hacer las faenas más desagradables como la de sacar estiércol de los corrales para vender a los campesinos para estercolar sus viñas, el mejor estiércol era el de caballería y como había mucho se estercolaban bien los bancales de la Acebuchal y famosas eran la patatas cultivadas con estiércol, cuyo sabor no se podía mejorar en toda la Axarquía, además todos se extrañaban del enorme tamaño de los tomates o de las calabazas, la tierra de los bancales era tan generosa que se dejaba comer. Cada uno de sus amigos comentaba alguna anécdota que le había sucedido con él, de alguna forma había que consumir las horas en el obligado velatorio, acompañar a la familia y también a los visitantes que llegaron de noche, después de las faenas agrícolas a los que les daba café con cebada tostada o algún caldo de pollo.

Las consecuencias de la guerra de África trajeron mucho dolor en todas las familias de España. La gente de la Acebuchal y de aquellos Mayarines puso el grito donde las águilas tienen sus nidos, allá en cerro del Cisne o del Cielo, cerca de la Fuente del Cuervo y Tajos del Almendrón, pidiendo el fin de la guerra, y explicaciones a los gobernantes, sin entender nada de los intereses internacionales de España. Habían muerto ya muchos jóvenes en la dichosa guerra de Marruecos, y la gente pidió al pedáneo que le hiera llegar al alcalde de Cómpea su descontento.

Los críos como siempre sin enterarse de la cruda realidad como un antídoto ante la depresión, felices, optimistas y jugando en la calle a la guerra con escopetas de cañas, jugando como todos los días, pues las casas eran tan pequeñas que solo servían para cocinar y dormir, casas de puertas abiertas, cuerdas reducidas y las gallinas por la calle empedrada, eso sí la única calle estaba empedrada con guijarros del barranco para que en los días de lluvia no se llevara la tierra. A pesar de que no hubo entierro, aquella simulación de entierro, dejó mucha huella en la memoria de todos los críos. Yo era demasiado pequeño para acordarme de nada, pero me lo contaba mis padres y mis hermanos mayores, sobre todo porque con el primo Antonio se había malogrado una carrera militar de muy altos vuelos. La Laureada con escalas abiertas pudo haber subido muy alto en el escalafón de la Guardia Civil.

A los pocos meses de la desaparición de Antonio Simón se supo la verdad del lloro excesivo de Plácida Orgaz, empezó a engordar con la salud de quien tiene la confianza de un embarazo, no tuvo reparos en confesar a sus padres: Julio Orgaz y Salvadora, que durante la licencia por enfermo de Antonio, ella y él tonteando bajo las higueras que crecen justo debajo de la fuente de la Sirena donde el olor del romero te embelesa y te anula la voluntad a decir "no".

17/ Llegaron a creer en la Acebuchal que el alma en pena de Antonio Simón, al que se le daba por desaparecido no vagaría por la Acebuchal, como los demás difuntos, molestando a la gente y a los arrieros haciendo aparecidas en el lugar que menos te podías imaginar, pero por desgracia no fue así, empezó a dejarse ver poco a poco, su madre lo vio un día meterse con ella en la cama, y otro día sentado en la fuente de la Sirena, a la hora

crepuscular, Antonio estaba de espaldas, por eso no le vio bien la cara, pero ella que lo había parido estaba seguro de que era él. *"He visto a mi hijo en la fuente de la Sirena, lo he visto de espaldas por un momento no me atrevía a tocarle, ha empezado a aparecerse por la falta de la misa del cura de Frigiliana"*, repitió Rosario a todo el mundo, puerta por puerta, pero las apariciones de su alma en pena confirmaba que estaba muerto y no desaparecido. Convencida de que se aparecía porque le faltaban misas, y un entierro cristiano, obligó a sus esposo, a su hermana Salvadora, y a su hijo Emilio a rezar dos rosarios cada noche hasta de acostarse, pues estaba claro que cuando las almas en pena se aparecen es que son fantasmas que quieren un entierro cristiano. En la casa de Pepe Simón se dejó de jugar a las cartas y cada rato era bueno para sobar el rosario, una vez sorprendió a su otro hijo Emilio, el segundo, jugando al tute en el escalón de la escuela junto Sebastián y Baldomero. Lo consideró que había roto el luto, se puso histérica de lloros y se metió en cama para días sin levantarse, sin hacer nada, era su forma pasiva de protestar, sin dejar de repetir *vas a matar a tu madre de disgustos, tú jugando a la cartas y tu hermano muerto, vete lejos de mí, a la choza y no vuelvas en tres días*. Y así lo tuvo que hacer porque veía que se moría. El pobre de Emilio empezaba a estar cansado de supersticiones y de difuntos desaparecidos, subió asustadísimo hasta la choza, muy lejos, cerca ya de la fuente del Cuervo, con un frío que le agarraba la cara, y se quedó allí urdiendo miedos en la choza por dos noches vigilado por los ojos de las estrellas que no rechistaban. La segunda noche escuchó que alguien le tocado en los palos de la choza, pensó que sería el viento o alguna alimaña, el perro empezó a ladrar a la luna, Emilio no se atrevió a salir, miró entre el espacio dejado por las ramas de los pinos secos, y vio como una luz de candil, asombrado creyó ver una silueta humana sentado de espaldas, salió de la choza con la honda cargada por un guijarro, echó al cobarde perro delante que sin dejar de ladrar no avanzaba, le tiró la piedra de la honda y el perro no ladró sino que soltó un ¡hiiii...! lastimero. Le pareció ver a su hermano allí fuera acompañándole en la noche de las estrellas gritonas, se encerró dentro de la choza, no le tenía miedo a su hermano pero sí a su fantasma, su madre tenía razón, había que rezar muchos Padrenuestros para que se calmar su espíritu, y rezó todo lo que le habían enseñado. Como vio que a pesar de los rezos, el espíritu no se marchaba, salió afuera armado de valor con una cruz hecha de dos palos, se acercó muy despacio hacia él, y cuando lo tuvo cerca le puso la cruz en el hombro y cuando el espíritu de Antonio se dio la vuelta le habló: *hermano mío, no quiero más rezos, quiero que se haga justicia conmigo, me birlaron la Laureada que me merecí y gané en Nador. Ya ves que te digo, yo quiero mi cruz Laureada, ¿entiendes? Quiero que os encarguéis de reclamar lo que me pertenece y es mío, me siento abochornado, injustamente tratado, se han reído de mí, por eso no puedo descansar, dile a padre que había una reclamación al Ministerio de la Gobernación*. En esos momentos se evaporó, posiblemente su acto de voluntad fue lo que le libró de él. Aquella misma noche decidió volver a la Acebuchal por la iluminada vereda cantando y hablando con su desaparecido hermano, desafiándole a que se le presentara otra vez. En casa le pidió a su madre que lo perdonara, era verdad lo del alma en pena, no volvería a jugar más al Tute, y rezaría mucho, mucho. A lo que la madre le respondió *"lo ves como tenía razón, por eso quise que te quedaras a solas, de esa forma lo verías"*. Contó lo que le había dicho su hermano, le pidieron que se acostara, seguro que eran

las fiebres maltas, pero a media noche el fuego de la chimenea se encendió solo, cuando bajaron vieron que en las llamas como un espejo ardiendo estaba bel rostro de Antonio. Tanto miedo pasaron que el tío Pepe Simón elevó instancia que le escribió la maestra, acogándose al derecho de petición, al Ministerio de la Guerra. Los del Ministerio de la Guerra jamás contestaron a la instancia. Rosario le preguntó al cura cómo acabar con esas apariciones extrañas, la contestación fue sencilla, encender doce velas y no apagarlas hasta que se consumieran, y con este exorcismo se contentó Antonio que no volvió a parecer jamás.

Así era como vivíamos en aquellos barrancos, embutidos en el miedo a los muertos, en el rezo y en el temor a Dios y a los Santos, y cómo no a los fantasmas de los difuntos, a los que creíamos que vivían invisibles con nosotros. De vez en cuando se hacía algún sortilegio mágico para invocarlos en petición de ayuda sobre humana en momentos de dificultades que era siempre, la pobreza nos perseguía como una sombra. Las gente creía en las mandas, tal y como hacía mi madre, o sea, pedir un favor terrenal a un santo o a un difunto a cambio de rezarle o de ponerle velas, que también les gusta mucho, si el deseo no se concedía se volvía a empezar.

En nuestra memoria recordamos a Antonio Simón vestido de verde oliva con corraje amarillo, no como a un muerto al que se le ha cerrado la boca con un pañuelo. Su hermano Emilio jamás hablaba de él para no invocarlo. Su madre puso en la pared de su dormitorio un retrato grande coloreado con cristal y todo para que no le picaran las moscas que le hicieron en Nerja de un retrato pequeño. Allí estaba colgado, tan contento y sonriente, presidiendo la casa, sin envejecer, al que se le hablaba como si él escuchara. Era costumbre que las paredes de los comedores se decoraran con retratos y debajo ramitas de olivo bendecidas del Domingo de Ramos porque allí no hay una sola palmera, que Dios nos pille confesados, y con romero que también da suerte, porque la suerte, en aquel valle de lágrimas será fundamental para vivir y se cantaba:

*Si pasas por romero y no lo coges
del mal que te entre no te enojas.*

Mi primo Emilio, el hermano menor de Antonio Simón, me llevaba diez años, su rostro con ojos pequeños poseía cierta austeridad, el labio superior dibujado como un arco de flechas para tirar los dardos de sus dientes descuadrados, mentón grande y cobarde en el hablar; pero su recuerdo se me fijó porque le olía mal el aliento. Para mí que se quedó algo trastornado desde que vio a su hermano aquella noche en la sierra. Ahora reconozco que ni él y yo no debíamos de estar bien de la cabeza, cuando nos tendíamos sobre la hierba con la oreja sucia puesta en el suelo, al preguntarle qué escuchaba, me respondía: *oír la hierba crecer*, y yo sin cuestionarlo quería también oír cómo crecía la hierba y aplicaba la oreja (no menos sucia que la suya) sobre cualquier matojo o “serraja” (las que les gusta a los conejos), pero como yo no sabía qué ruido debía de escuchar, él me decía *tienes que oír cómo se queja, porque la hierba sangra en la fecundidad, fecundar es sangriento y doloroso, nacer duele*. La gente que nos veía tendidos sobre la hierba, jamás se podían imaginar el secreto que nos sostenía a los dos, la paciencia consigue oírlo todo, y tanto, como que algunas veces se me metía en el hormiguero de la oreja alguna hormiga. Observaba mucho a la naturaleza dentro de sus fantasías y realidades. Me enseñó a buscar hormigas voladoras a la que llamaba “alúas” para poner como cebo en las perchas para cazar pájaros. También me enseñó a encontrar una especie de

gusano gordote que vivía dentro del canuto de una especie de cardo borriquero espinoso de color violeta, cada tallo tenía su gusano dentro. A rociarte el cuerpo con ortiga blanca para quitarte el frío o a buscar flores de piedras dentro de unas cuevas, no eran ni más ni menos que formaciones raras de cuarzo, al frotar el cuarzo se calentaba y atraía a los cabellos y a las hojas de papel, se magnetizaba, en cambio en aquellos años de mi niñez yo creía que eran cosas del diablo, secretos que el había enseñado el fantasma de su hermano. Emilio estaba considerado como un ser extraño, un joven difícil de enderezar, con la cabeza llena de tonterías, como esa de que encantaba a las ranas y le seguían una detrás de como una bandada de pollos, nadie lo sabía, el decía que no era sino les daba miel. Estaba empeñado en sacar miel con sabor a chocolate. Muy joven se casó con una hija de José Zambomba natural de Nerja y se fue a trabajar con el suegro en la única posada que había cerca de la carretera nacional.

18/ Paseo por las ruinas de la Acebuchal y veo que la ermita, con asombro del becerro de oro, ha sido blanqueada recientemente por una mano compasiva y anónima, forma una cúpula, parece una fuente de espiritualidad, dentro pusieron una estampa de San Antonio y ramos de florido romero muy seco con los tallos remojados en un bote de cristal sin agua, pensé que por allí todavía pasaba por allí gente con chispa. Antes era el lugar donde teníamos a la Virgen Milagrosa y la Inmaculada, dos hadas necesarias que ampararan nuestros destinos en soledad. Otros decían que de buena era tonta y eso yo no lo entendí hasta ahora.

Me encuentro un pájaro alcaudón atrapado en una costilla, los tramperos andan por aquí escondidos, la forma de descubrirlos es coger la costilla y quedarme con el pájaro. ¿No te da vergüenza con lo mayor que eres, matar a los pájaros de esta forma?, le digo a un zagalón que sale de entre las adelfas y que jamás había visto por allí, y que se me acercó con ganas de bronca: Dame la trampa y el pájaro que son míos. Pues ahora no te los doy y, demás, te voy a denunciar. Me enfado con el mocoso por su falta de educación, es un peligro ecológico, su ignorancia no le permite saber por allí vive un pájaro con denominación de origen, es una especie endémica de la Almiar que ahora no sé como le llaman los ornitólogos pero creo que tiene nombre y apellido, algo parecido a *almijariense*.

Me pregunto que quién protege a los pájaros silvestres de estos canibales del monte, antes creíamos que los difuntos protegían a todos los animales salvajes, pero ahora que la aldea está perdida, creo que los espíritus de difuntos se fueron de allí con sus familiares, ninguna autoridad pasa por allí, es muy difícil encontrar ese lugar alejado de todas partes. Se sabía que las almas en pena, eran aquellas que no habían tenido un santo entierro o una muerte accidental, y estas vagaban eternamente entre las fuentes, las albercas, los caminos, las adelfas, los bancales, bajo las piedras, o el chisporroteo del fuego, exigiendo siempre, egoístamente, que le rece muchos rosarios y les pongas mariposas de luz para su paz eterna. La gente pasaba mucho miedo por cualquier ruido extraño o piedra que empezara a rodar sola sin explicación, el temor a los difuntos era tan grande que algunos veían permanentemente a sus muertos. Convencidos de que sus muertos vivían con ellos, en espíritu invisible, en otro estado, como el vapor, por otra parte era beneficioso tener su muertos protector, interviniendo por ellos, algunos te decían el tiempo que iba a hacer, o la cosecha cómo si iba a

presentar hogaño, te ayudaban a buscar objetos perdidos, o como despertador a cambio de una simple oración.

Mi mujer asegura que a los pocos días de la muerte de la abuela Ana se le apareció en la habitación, estaba allí, mirándola, no le dijo ni una sola palabra, mi mujer, niña aún, ni se asustó, comprendió que se le apareció en la creencia de que estaba haciendo algo mal como comerse las almendras peladas que su madre guardaba en una alacena, pues su madre le había dicho que siempre que hiciera algo mal, había alguien le vigilaba, bien un muerto o un vivo.

El asunto de las visiones de los muertos era frecuente, tan reales como ciertas, producto de la energía cerebral o de los vapores del fuego violeta de las cepas de vid. La mejor hora para verlos era la tarde, entre dos luces, al crepúsculo, los espectros se hacían más opacos. La cuestión es que siempre te asustaba alguna presencia, si, no eran los muertos podían ser los mantequeros, los que les quitaba las mantecas a los niños para hacer cremas de la cara de las mujeres. Ahora comprendo que la tradición de asustar a los niños, no era otra, que la de que mantenerlos cerca del cortijo, por el peligro de los caminos, las simas, los tajos, el arroyo con su pozas de agua, las zarzas carnívoras, para los mayores todo la sierra era un peligro latente. Sin duda, una forma de protección a través de historias para poner los pelos de punta.

19/ Acabado el largo paisaje de la vida, uno regresa demasiadas veces hacia el pasado, vive en las sudorosas crines del caballo del jinete de la Apocalipsis, trotando a lo más profundo de la memoria y de la propia vida. En ese hondo sentido de los traslados profesionales olvidados, volví a oír los cascos de las caballerías pisando sobre las calles empedradas e inclinadas de la Acebuchal cuando de madrugada, tan de madrugada que todavía no se habían fabricado el día, pasaban o se paraban en la venta de Chaca Lola los arrieros bebedores de aguardiente, ella les servía el matarratas mañanero con toda urgencia sin quitarse la toquilla y volvía a cerrar la venta, y comentaban las malas lenguas que se volvía a acostar, muy afeado en aquellos años de miseria. Una mujer no podía acostarse después de levantarse a no ser que estuviera enferma.

Siguiendo la imaginación de los ruidos fosilizados volví a ser niño, y a pesar de que mis pies se resistían a serlo, subí a la casa de Los Corrales, la más extrema de todas hacia el Este, la de mi padre, con dolor de rodillas, y en la falda del cerro, allí, cerca del olivo verdial, tras subir una empinada cuesta, volví a ser absorbido por el tiempo pasado, recuerdos que me acudían para atraparme con la insistencia de un amigo al que no te puedes quitar de encima. Allí mismo gasté los años de mi infancia en una dictadura primorriverista, no que fue feliz. El año veinticinco se acabó la guerra de África y llegó una deseada paz, se empezaron hacer obras públicas gracias a la inversión extranjera, algo bueno para la mano de obra, en aquellos barrancos de la Sierra de Almirajara empezaron a construirse pequeñas presas para centrales hidroeléctricas, canalizaciones, represas, una en Imán o Limán, otra en Barranco Moreno, otra en Salto Grande. Yo no trabajé allí porque era pequeño, en cambio mi cuñado Antonio Fernández, que entonces tenía 17 años, se fue a trabajar a la de Limán, en plenas sierras bajo el Tajo impresionante del Almendrón, al principio no le quisieron admitir por ser demasiado joven, y se tuvo que buscar la recomendación del Miguel el de

Patamalara, novio de su hermana Dolores, gracias a él empezó a trabajar como mozo, junto a cien hombres más encauzando el río Chillar a barrenazos, presa de Liman que habían comprado los Suizos para un salto. En aquellas zonas todavía se ven las minas de donde sacaban el mineral de plomo, cerca de Tajo del Almendrón, Sol y Pozo Esparto. Entre los mozos trabajadores de Limán también se encontraba Paco el de Emilio, que luego fue guardia civil y cuñado mío. Limán estaba tan lejos que iban por semanas andando desde la Acebuchal con una taleguilla con la comida, aunque la verdad, andar en aquellos años era tan fácil como hoy día ir en coche, andar horas y horas por la veredas, era algo normal, y por aquellas empinados caminos de cuevas y barrancos intratables, donde las cernícalos tenían sus nidos, pasaba la gente con alegría. La industria de Frigiliana se benefició de las nuevas acequias, fuerza motriz que movería molinos de harina, de azúcar, trapiches de miel de caña como la de la Virgen del Carmen, propiedad de los de la Torre, famosa en el mundo entero, excelente producto natural para la repostería, o fábrica de papel en el río Chillar.

Para mi cuñado Antonio, Primo de Rivera fue como un semidiós, un dios menor pero en definitiva un dios, que modernizó España a través de las obras públicas, que proporcionó trabajo, que acabó con mucha delincuencia: todos los delincuentes se morían de tifus en las cárceles. No como ahora que un delincuente, terrorista o traficante de drogas se da la gran vida en el cárcel amparado por los derechos humanos, pero quién ampara los derechos humanos de las víctimas del terrorismo, de la propiedad, de las violadas. Los delincuentes no tienen temor a la justicia. Los jubilados estamos cabreados con Hacienda, cobramos una miseria y encima tenemos que devolver, dicen que no tenemos retenciones y las medicinas son gratis, pero la prosperidad actual se debe a nuestro trabajo anterior.

20/ Caído el telón de la tarde agonizante, cobarde candil del día, y decidido en votación el retorno a Málaga, y dado por terminada nuestra expedición paellera con recogida de material de campaña como si hubiese sido una expedición al Everest por varios meses, final de un día muy especial, demasiado movimientos para mi piernas y para mi cabeza, me di mi último paseo por la Acebuchal subiendo por la piedra blanca que es desde el arroyo como un umbral natural, una gran losa por donde se abre paso el camino a/de Frigiliana, nada más entrar, lo primero que se ve es un gran muro de piedras en forma barrilete o cono con un sombrero en la parte superior que en realidad es un contrafuerte o muro de carga para sostener las grandes paredes de la fachada norte de la casa que era de Baldomero el Rico, un hombre que siempre te llevaba la contraria si tú decías blanco el decía negro y si le dabas la razón decía contigo no se puede hablar, era un hombre ruin que no prestaba a nadie, por eso Justo el de Frigiliana, que hacía de Caja Rural, se aprovechaba prestando reales a premio. Era un hombre fuerte su omnipotente presencia recordaba a la de un obeso obispos con faldas hasta los pies, semejante al contrafuerte de piedra o mojón revestido de cal con la obligación de ser obstáculo a la rectitud de la fachada, su mole de obús impresiona siempre al obcecado ojo y resiste al óbito de la Acebuchal. Siempre estaba sentado en la puerta de la casa trenzando pleita y un mano de esparto majado bajo el sobaco, mientras se le quemaba en el labio un pava de cigarro. Ahora se ven las piedras de

los muros ausente de cal y argamasa como el hueso de una herida abierta, que en aquellos años las mimaban manos de mujeres, más que encalar acariciaban la pared con sus escobones de esparto y cogollos palma para que estuvieran blancas las fachadas que era la forma de que no las calentara el sol.

A pocos metros del obelisco o barrilete que marcan el centro del mundo como una aguja imantada, meridiano cero, se ve la ermita cuyo techo los forman dos grandes gárgolas, es la única construcción que resiste a la demoledora dentadura del tiempo, frente a ella se abre una plazoleta protegidas por viejos muros que se han secado, falsa careta, rostros del tiempo, máscaras de risa, debajo estás los huesos de sus piedras con deseo de volver al río de donde salieron hace siglos, y esos muros descarnados de huesos de mineral se descalsifican con la lentitud de los planetas. Por la Pascua, se juntaban allí los mozos y la mozas vestidos de pastores en aquella plazoleta, y hacían un fuego para soportar la noche, se cantaba y se bailaba alrededor del fuego, no sin la crítica de los viejos que consideraban la fiesta pagana, pero como el frío se hacía penetrante, el fuego, la guitarra y el aguardiente conseguían que aguantáramos hasta la media noche, porque se suponía que a las doce de la noche había nacido el Niño Jesús, luego íbamos puerta por puerta felicitando el nacimiento del Niño Divino, tocando la zambomba, rascando la botella de anís con la cuchara, y las castañuelas, porque allí nacieron los auténticos bailes verdiales malagueños. Así celebrábamos la nacida del divino niño, hasta la madrugada, el día más grande era ese, el día en que había nacido el Señor y el día de la Cruz. Era nuestra forma de celebrar la misa del gallo, porque el cura no subía esa noche porque tenía su misa grande y fogosa en latín en Frigiliana, ¿por qué canta la misa en latín ni nadie la entiende?, preguntaba la Chacha Lola a su marido antes de que lo mataran, y el respondía como sabiendo la respuesta: *porque es la lengua en que hablaban los Apóstoles.*

En las viejas chimeneas, que se han quedado colgadas, sin suelo, aparecen múltiples capas de cal superpuesta como hojas de libros dormidos por el silencio del tiempo, señales que el escobón hizo con el trabajo de las mujeres. Junto a estas chimeneas se contaban cuentos como el de la zorra y el grajo, o el de la mosca que sabía hablar. Chascarrillos y adivinanzas.

Los escombros apelmazados salen ahora por las puertas y hacen montones como rampas para vehículos sobre lo que antes fueran umbrales de argamasa refregados con arenilla del arroyo. No queda ni una ventana, ni una puerta de madera, ni una viga, ni un clavo, es para llorar, todas son entradas francas de pena, caricatura de lo que fue una vivienda familiar, y que no pueden esconder a nadie, como ocurrió con el Cano, aquel pastor del ventorrillo que hirió de un disparo de escopeta a un guardia civil, y después de esconderse en estas casas y huir al extranjero, lo dieron por desaparecido o que de verdad lo habían matado una noche en un fusilamiento lorquiano. Con el paso del tiempo se supo la verdadera historia del tal Cano, parece ser que cuando lo andaban buscando por haber pegado el tiro al guardia, buscó al guarda mayor de la resinera por mediación de Adriano Orgaz, que era familiar suyo, y éste a su vez lo presentó al administrador de la Resinera, que compadeciéndose de su mala fortuna le preparó una nueva identidad y lo mandó como representante de aguarrás a la Argentina, pero lo más asombroso es lo que sigue: en la Argentina se colocó en un restaurante o asador de carne, al tiempo llegó un paisano y el Cano contó su vida como si fuera de otro, y el paisano era el guardia civil herido, pues parecer ser que

le dieron por inutilidad física y se marchó también a buscarse la vida a las américas. Luego quedaron tan amigos. La distancia une a los enemigos.

Toda la aldea ha sido liberada de los hombres y poco a poco invadida por las manos verdes y punzantes de las pencas que parecen agujas en una acerico, púas como uñas que se agarran a las paredes y sube a los tejados o se meten en la tierra levantando solerías. Invasión de esparragueras, penetradas por juncos, apestosos matagallos, lucha por la supervivencia. Vegetales silvestres que reclaman su antigua porción de tierra de la serranía, mi aldea soporta la lentitud invisible del desahucio de los días. Debajo del maquillaje de la cal hay grandes piezas con argamasa o mortero romano. Paso tristemente por lo que fue mi escuela, la casa de Baldomero el Rico, el callejón de Pepe Simón, la venta de Chacha Lola con el escalón gastado, me asomo a la sima sin fondo del basurero de allí salían los fantasmas que tanto miedos nos daban y que en noches de luna se reunían en el cortijo Botana para chuparle el alma a quien por allí pasara. Vuelvo a pasar por el obelisco o barrilete, otros le llamaban el odre de vino, el callejón de Rosario la de Pepe se empinaba hasta el cielo, solamente ella era capaz de subirlos sin resbalar, sabía exactamente donde poner los pies, piedras casi de calzada romana, sin despertar a las piedras, porque si las piedras se despertaban al pisarlas mal, de seguro te cazaba un tobillo. Durante mi paseo buscaba algo que llevarme como recuerdo, pisé a la altura del escalón rojo de la que fue la escuela algo que escapó a la vista del tiempo, era el culo incompleto de un antiguo tazón, salté de alegría como si me hubiera tocado la Once. Por un momento había regresado al camino del corazón latente, a aquel lejano tiempo en que un niño mocosito y triste con la mirada ausente se tomaba tranquilamente su leche de cabra migada con pan. ¡Qué rico que está! Y lo veo absorber y mirarme con sus ojos preñados de sombras, es un niño descalzo como Marcelino Pan de Vino, con pantalón corto remendado atado con una soga a modo de correa, es un niño pobre como los mendigos de los cuadros de Murillo, así éramos todos, unos pobres mendigos que lamen su destino. Busqué con mis manos de perro tras una libre más fragmentos de loza que coincidieran con el tazón encontrado y que me diera la continuidad del tiempo y de la superficie cerámica, y para mi satisfacción encontré otro trozo, pero éste con un dibujo representado a un gallo fugándose por el borde donde tantas veces los labios de aquel niño, en el que me veía yo, se posaron para desayunar, y junto al niño la abuela Ana con toda paciencia esperando a que se lo acabe, ella con su velo negro y sus manos secas del jugo de la vida. Tengo las manos *engarabitadas* no puedo ni encender un mixto, decía siempre que tenía que coger algo, pues la artrosis se había instalado en sus manos llenas de trabajo del campo. Cuando limpié el fragmento de loza le vi su colorido vivo y nuevo fue tal la emoción que se me cayeron los pantalones. Buscando con la paciencia del arqueólogo logré hallar tres trozos de la misma pieza del tazón que encajaban perfectamente. Aquellos colores cerámicos con los que estaba pintado el gallo se mezclaban con la purpulina de mi sangre, y con tal de haber resucitado a mi aldea no me hubiera importado desangrarme allí mismo. Recogí mi tesoro arqueológico y se los llevé a mi gente como un tesoro más grande que el santo grial. Decir que un tazón es un grial podría ser un sacrilegio, no obstante, haberlo encontrado allí, en el lugar que yo nací suponía un tesoro sentimental inconmensurable, como quien encuentra los pendientes de oro que le robaron a la bisabuela María Jesús en la feria de Cómpeeta. Mi familia no le dieron importancia, ¡qué asco, dónde estaría eso!, pero si está

sucio, lleno de barro, ¿no irás a llevártelo a casa...?, así fue como me respondieron, y es que son unos materialistas, los sentimientos los tienen en la cartera.

21/ En aquella esquina, pasado el obelisco-barrilete-odre-arbotante, vivió mi amigo Dieguito Retamas, hijo de Diego el Bigotes, porque tenía un hermoso bigote envidia de la Guardia Civil, espeso y con rabos hacia arriba, se lo había dejado para cubrir una cicatriz que tenía en el labio en forma de escolopendras, siempre recordaré sus muchos consejos y conocimientos de la sierra, y aquello que decía de las cabras monteses que desde su “nacencia” tienen las cabras unos gusanos en los sesos, a unas se les reproducen y a otras no, y a las que se le reproducen se ponen locas, se dan cabezazos contra los roquedales hasta que matan a los gusanos o se matan ellas, es una enfermedad muy mala, y añadió, *una vez maté a un macho y le abrí los sesos para ver los gusanos, y vi dos gusanos largos que vivían en el cerebro.* Dieguito Retamas, al contrario de su padre, no mostraba bigote pero lucía encima de la ceja derecha una cicatriz de una pedrada que le tiró, “ha sido sin querer”, dijo Alfonsito Gil llorando cuando vio que no se le cortaba la hemorragia y se le tapaba un ojo. Pero fue un accidente escatológico cuando Dieguito estaba cagando en mitad del camino a Torrox de Almanzor. Dieguito Retamas era unos años mayor que yo pero más bajito, aunque no esté bien decirlo yo fui el niño más alto de todos y el más guapo, a mi madre le decían: "la madre del niño bonito", fue conmigo a la escuela, por llamar escuela a una habitación con ventana pequeña orientada a la fuente y al camino, con una mesa grande de pino gastada de darle con arenilla, y las sillas eran propiedad de cada alumno, no había pizarras ni pizarrines, ni un libro siquiera, en la cámara o piso de arriba vivía Doña María, la primera maestra y la única que tuve, se le tenía mucho respeto y la gente descubría al pasar junto a ella, se le temía como una autoridad y la gente de guardaba de contarle cosas pues de lo contrario ella lo exponía ante la pedanía como una queja colectiva, además era tan, ¿cómo diría yo...? tan sádica que al primer niño que entraba a la escuela le daba la palmeta o palmatoria con la que ese día se iba a impartir la más estricta disciplina inglesa, yo corría mucho para llegar el primero pero Dieguito que vivía al lado, siempre estaba allí para coger la palmeta, y cuando Doña María pedía silencio y si alguno de los niños se atrevía a no callarse le decía a Dieguito arréale a ese, y Dieguito sin contemplaciones y levantando la cicatriz de la ceja se levantaba con los ojos salidos de sus órbitas y le arreaba con todas sus ganas al alumno incordiante sobre todo a Alfonsito con venganza por lo de la pedrada en la ceja. Un día Alfonsito, huérfano de madre, se marchó llorando por el camino de Torrox porque su padre le había pegado dos hostias y no volvió hasta los tres días, cuando regresó a su casa su padre, que estaba desollando una pava, *¿qué has traído?*, le voceó como si no se hubiera marchado. Cuando Alfonsito se hacía con la palmeta yo jamás levantaba la cabeza ni pedía ir a la cuadra a orinar, porque una vez que me guardé o me llevé el lápiz de bambú que olí a cedro, me tocó ser disciplinado y me puso las dos manos moradas de palmetazos, tan hinchadas que no podía ni coger hierba para los conejos, cuando se lo conté a mi madre, se levantó de la silla donde estaba haciendo encajes de bolillo y me cogió de la oreja y me llevó ante Doña María *la*

próxima vez que robe algo le corta usted las manos y si se entera su padre de las corta él mismo.

Otras veces, sin razón y sin preguntarme ni un por qué, suponiendo que otra vez me había peleado con alguien, yo tenía fama de niño malísimo, me arreaban por si acaso. Nunca jamás me quejé ni aparecí llorando por casa. Crecí en el resentimiento.

Una vez nos trajeron un mapa grande como un hule de mesa de España para colgarlo en la escuela, nos dio por reír sin tener en cuenta la palmeta y le hicimos observar casi a coro: "Señorita se han equivocado, este mapa no es de España, no vale, no viene el nombre de la Acebuchal, aquí no estamos nosotros, se han olvidado de ponernos". Y Doña María cogió de su mesa un lápiz que tenía el color y la forma de las cañas de bambú y acristianó el mapa poniendo un punto pequeñito tal cual la cagada de una mosca en el lugar en que debía estar la Acebuchal por propio derecho, en el lugar que nos correspondía geográficamente y nos merecíamos los cincuenta vecinos de aquella aldea perteneciente al término municipal de Cómpeeta, en la Sierra de Almijara, a una legua de Frigiliana y en el límite invisible con Granada. El punto con el que aparcó nuestra aldea nos pareció pequeño, alguien colocó después una cruz guía, el mapa era grande donde venían los ríos y las cordilleras, pero nosotros no veíamos nuestra Sierra, ni el barranco de la Acebuchal, ni el río Chillar, La Venta Panaderos, ni Cerro Lucero, ni el Cisne, ni nada de nada. "No nos vemos porque los mapas están hechos a vista de águila, desde los cielos, desde donde nos mira Dios, y no quiere vernos pecar", dijo Doña María. Al fin, tomando como centro del mundo nuestra aldea, supimos situar los demás pueblos, las demás ciudades, ríos y montañas, los mares e islas. Cuando empezó la II República se fue Doña María y vino Doña Dolores Ramos y estuvo hasta que acabó la guerra civil.

El sol se había ido por un ojal que tiene en la camisa de los cielos, se había escapado un día más sin poderse aguantar, sin poder convencerlo de que se quedara. Mi abuelo paterno Miguel nos decía que el sol se iba porque tenía mucho calor. Ahora, cuando por fin pude ser capaz de abandonar mi aldea perdida, oí las voces de mis nietos llamándome para regresar, pasé muy cerca del muro de contención que soportaba la caída de la que fue la casa de mi suegro, Emilio Fernández que fue pedáneo, miro hacia el norte, por donde está el algarrobo del chocolate, un algarrobo compartido que tenía mil años, nadie supo quien lo plantó, un algarrobo gigante como un dinosaurio vegetal con la benevolencia de dar unas algarrobas dulces y tiernas que peladas y molidas en el molinillo de moler café se sacaba un polvo muy semejante al colacao de hoy día, un algarrobo que era de todos y quitó hambre. Y como el que no quiere ver, veo lo que siempre me dio miedo, las cuevecillas que antaño fue un aprisco de cabras, donde el Casaca guardaba su ataúd en el que tenían que enterrarlo el día que lo llamara Dios, se lo hizo porque se preguntó que cuando él se muriera quien le haría una caja como Dios manda con su cruz en la tapa, si nadie sabía hacerlos y eran capaces aquellos cazurros de liarlo en una manta y dejarlo a merced de los grajos o lo peor de todo colgarlo de un pino como a los perros malos. Cuando terminó de construir la caja en la que se llevó más de un año, una de pino rojo sin nudos, lijada, pulida y barnizada, acolchada y un cabezal para estar cómodo porque siempre se dolió de las cervicales, se metió dentro para probarla y se durmió, su mujer Teresa Panza al verlo dentro lo creyó muerto y se asustó mucho, por eso le prohibió que tuviera el ataúd en la casa, y por eso se la llevó a las cuevecillas donde la guardó

metida en lo más hondo y tapadas con pieles de cabras monteses muy bien curtidas como él sabía hacer con cortezas de tipo. Cuando terminó la guerra, el Casaca se fue a vivir a Frigiliana y se llevó encima de un mulo su mueble fúnebre de artesanía pura, su sarcófago egipcio y parece ser que un rico de los de Frigiliana le ofreció diez mil reales por ella, cantidad a la que no pudo negarse y, dicen, que con el dinero pagó media casa por la Fuente Vieja.

22/ Mis nietos David y Rubén, Pablo y Jorge, Carmen Mari y Laura, dejan de llamarme a voces por los barrancos, puesto que al fin me encontraron: "*¡Abuelo, abuelo!*, todos al unísono, *que la abuela te está llamando para que nos vayamos ya, que es noche*". Claro que nos vamos si la abuela es la que manda. ¿Por qué no puedo yo quedarme a vivir aquí para siempre?, si fuera capaz lo haría, pero no lo soy, con un millón de pesetas se reforma una casita. ¿Por qué me siento obligado a vivir en la capital?. Ellos, niños sin pasado, no entienden mi satisfacción de encontrarme aquí entre las ruinas recordando mi infancia, aquellos años de mi niñez con la ausencia de toda comodidad, trabajando muchísimo, pasando mucha sed y hambre, a mi me dicen que si quiero volver a tener doce años y digo que no, fue demasiado duro, sin embargo, no puedo extirpar mi pasado, soy el pasado de mi niñez. Allí se quedó la Acebuchal esperando que alguna iniciativa de turismo rural la recomponga, sería buena inversión un pueblo típico andaluz con excursiones a la sierra con una recua de mulos, con alguna taberna, tiendas vendiendo cenachos de espartos y artesanía del lugar, un museo etnológico, y venta de agua embotellada.

Toda la familia embarcamos con cierta pereza que no se notaba en tres coches, subíamos por el carril para huir a Málaga cuesta arriba, huir siempre es sublime, pero cuando pasábamos por la puerta del caserón del Ventorrillo de Lomas o del Cano, uno al que le ha crecido un gran pino en mitad de los muros como el desahuciado que quiere recuperar su propiedad, resultó que el Opel Kadet de mi hijo Ramón se nos paró, el motor se quedó en silencio de bielas sin saber dónde se escondía la avería, le daba y le daba al contacto, nada, parecía como si estuviera muerto, como si no quisiera marcharse de allí. Mi hijo salió fuera dándole patadas a las ruedas, *¡mierda! lo que faltaba ahora*. Le dio a la palanca del capó y le levantó la tapa de los sesos al motor, y como si pudiera responder le preguntó *¿qué te pasa, qué quieres?*, como si el motor fuera un crío al que le duele algo y sabe responder aquí me duele. *¿Acaso yo soy mecánico?* Miraba el motor como los tontos se ponen a mirar el techo o un libro sin saber leer, como queriendo averiguar el resultado de una ecuación sin haber estudiado matemáticas. *Ahora sí que tienes para escribir algo*, le dije con cierto sarcasmo, y como no hacía caso, yo con paciencia le cogí de la guantera su bloc de notas: "21'00 horas, el sol se fue por los cerros de la Rábita a lavarse los pies, el coche de mi hijo se niega a abandonar la sierra por capricho, se ha autolesionado para no salir de este paisaje de cuadro enredado en mi vida, el olor a pinos desinfecta..." Mi mujer se extrañaba que yo pudiera escribir con humor mientras teníamos un grave problema, sobre todo por ser sábado y de mecánicos nada de nada, una grúa difícilmente llegaría hasta allí, así que con paciencia nos bajamos los tres del ómnibus: mi mujer, mi Ramón y yo, y con paciencia empezamos a subir por el carril o antigua Ruta de la Miel con intención, no de ir a Málaga, sino

de volver al cortijo del tío que no tenía un pelo de tonto en el Mayarín donde pasaríamos el fin de semana hasta encontrar a un médico de coches. Mis nietos se montaron en los otros dos coches con mi hija Mari Carmen y Manolo, pensaron que de quedarse en el cortijo por la noche ni hablar del peluquín.

Por el olor desinfectante de los pinos en el aliento fresco del atardecer retrocedí al tiempo en que la recogida de la resina de los pinos era en estas sierras una forma de vida, los que se dedicaban a ello eran casi todo de Sierra Jama o Alhama, venían a la sierra por temporadas con toda la familia, hacían chozas muy bien preparadas con ramaje secos que escurren el agua, trezadas de tal manera que no entraba la lluvia, más cómodas que las que hacía mi padre para el verano en los altos de Camatrocha o Lomas Llanas casi lindando ya con Sierra Nevada, allí arriba en el fin del mundo. Los resineros llegaban sobre el mes de Marzo y empezaba con la labor de enroñar los pinos, es decir, quitarles la roña y los cacharros de barro de los restos de resinas secas del año anterior. El trabajo se dividía en cuarteles o familias a cada una le correspondía una zona de unos 500 o 600 pinos para la recogida de la resina que era propiedad de la Resinera de Fornes, quienes los alquilaban en exclusiva y allí no podía entrar nadie sin permiso, y para evitarlo estaba los guardas de la Resinera, entre ellos Adriano Orgaz marido de Chacha Lola y el tito Miguel el de Patamalara. Los resineros tenían un arte muy cuidado para herir los pinos sin que se secaran, les hacían cicatrices y les ponían unas latillas clavadas en el tronco, bajo ellas cuencos o cacharros de cerámica como pequeñas macetas, luego poco a poco la recogían en grandes latones y en sus mulos los llevaban hasta la Resinera de Fornes cada vez que tenían la suficiente para hacer un porte.

Cada año, el guarda Adriano le ponía una multa de diez duros a las cabras de mi padre por pastar en la sierra sin permiso, y se le ponía para justificarse ante la Resinera, era una multa concertada, es decir, un apaño para disimular, pero mi padre tenía que subir las cabras en primavera y verano porque se mantenían pastos frescos. Mi padre se llevaba muy bien con todo los guardas a los que regalaba algún queso, él me decía hijo todos los trabajos tienen hueso, para decir que todo los trabajos que hacen los demás no son tan fáciles como nos parecen a nosotros. A los resineros, que no tenían un real, les regalaba leche, como se llevaban toda la familia había muchos chiquillos que se enganchaban a las tetas de las cabras por pura hambre, y por no estar acostumbrados a beberla cruda le entraba las fiebres maltas, yo jamás cogí las fiebres, estaba inmunizado, y para ello lo mejor que hay es beberla desde que eres un bebé o a gatas te puedes agarrar a una teta. Los resineros conocían los cencerros del rebaño de mi padre porque los badajos los hacía con madera de *juagarzo*, y en cuanto escuchaban los de otro pastor lo denunciaban al guarda mayor.

Otro de los recursos naturales de aprovechamiento de la Sierra era el de la tala de madera de pinos bien para hacer cajas de pasas o como combustible para alimentar los hornos de los trapiches de azúcar. Una talas eran autorizadas y otras furtivas. Uno de los famosos cortadores eran Sebastián Rodríguez y sus hermanos, conocidos por los Bicoques de Frigiliana, padre del Rubio y de Sebastián, éste es el mejor guía actual de la sierra. El guarda marcaban los pinos, ellos los cortaban con hachas y los dejaban caer por unos aliviadores o camas de hojas secas con mucho peligro, ya que los troncos cogían mucha velocidad, a algunos mulo les

lesionaban las patas, los cargaban encima de las bestias y para Frigiliana, un trabajo de los más duros y peligroso de los que allí se ejercían.

Uno de los que se beneficiaron de los resineros, de los madereros y del paso de los arrieros, no con muchas ganancias, fue mi abuelo Miguel, el padre de mi madre (mis dos abuelos se llamaban Miguel de ahí que tenga que diferenciarlos), el de la Venta Panadero. Mi abuelo sacaba fiado del almacén de víveres de la Resinera de Fornes tocino, garbanzo, arroz y algunas lentejas extras, luego él poco a poco se lo iba vendiendo a los resineros con alguna ganancia, éstos pagaba sobre Octubre al final de campaña cuando cobraban y liquidaban las cuentas, y cuando mi abuelo tenía el dinero iba a su vez a la Resinera y pagaba lo que se había traído. Compraventas de palabras sin un papel, darse la mano era como un contrato ante Notario, empeñar la palabra y dar la mano era algo muy de hombres. Mi abuelo tenía la costumbre de dar la mano y a la vez mirar a los ojos, la mantenía un rato dada mientras se decían las cláusulas del contrato, aseguraba que cuando tenía cogido por la mano a un hombre sabía si era de fiar

Aquella venta la compró mi abuelo por veinte mil reales en el año 1900, dinero que le prestó Justo el de Frigiliana con intereses muy altos, y como no pudo devolverle el dinero perdió la venta en el año 193q, la tuvo cuarenta y un años y le sirvió para malvivir. La venta pasó a manos de un y al Gil que tampoco la pudo pagar porque se le presentó la guerra civil, pasó a Victoriano Fernández que tampoco la pudo pagar porque le tocaron los bandoleros. La hija de Victoriano era muy guapa, le llamaban Adoración la Miliciana, tuvo dos romances a la vez, uno romance con un bandolero llamado Roberto y otro con un guardia civil de la contrapartida. Cuando se descubrió que Adoración le pasaba información tanto a uno como a otro se vieron obligados a marcharse allí.

Hace unos años que subí en excursión a la Venta de Panaderos, me acompañó Aurelio el de Concha, llegamos en coche por un carril muy malo, paramos pasada la cruz, luego subimos andando, hoy día es un caserón de historias, le queda un cuartillo donde se refugian los cazadores y mi memoria, la fuente del Cerezo, que sin el cerezo, todavía servía agua al sediento. La cruz con ermita que hay junto al carril también su historia, es la señal conde se despeñó mi tío Antonio, el segundo de los hermosos de mi madre, que falleció despeñado cuando se encontraba cazando monteses el 13-06-28, cerca de barranco Mármol, a los treinta años de edad. Mi tío Antonio Lara era soltero se dedicaba también a la resina y a la arriería, tenía unos mulos muy buenos que le duraban un par de años, nadie le ganaba en velocidad para andar ni por caminos ni por piedras, pionero alpinista de toda la sierra, había subido la cara sur de cerro Lucero y Tajo del Almedrón sin sogas, conocía muy bien los pasos, era el único que se atrevía a pasar la Cuerda de noche, un paso de montañas estrechos con un desnivel del 80 %, uno de los pasos más bellos y peligrosos de Sierra Almirajara, pero se ahorrraba dar grandes rodeos. Cuando se despechó Antonio entró en toda la familia una epidemia de tristeza de la que no se pudieron curar, por eso dos años mas tarde devolvió la venta a Justo y se marcharon a la Acebuchal a las casas Honderas.

23

El coche de mi hijo Ramón se quedó toda la noche en la curva del Ventorrillo esperando la mano amiga y mecánica de un cirujano en bielas y

coreas de distribución, al final tuvo que dejar el coche allí hasta la venida victoriosa y alegre de una grúa, es como si llegara el dragón bueno o el gigante bondadoso. Así que los tres fuimos andando hasta presentarnos, sin que nos esperara, en el cortijo del tío Antonio, le da mucha alegría la compañía, él está solo desde la muerte de mi hermana, su hijas: Primitiva y Dolorcitas viven en Frigiliana, ellas tienen sus obligaciones. A los perros también le dio alegría, se acercaron sin ladrar meneando el rabo con tanta fuerza de la popa que por poco el Negro pierde el equilibrio, la alegría excesiva siempre es ridícula. Sin preocuparse por la falta de víveres, mi mujer encendió el fuego con leña para caldear la cocina, aunque sea verano, siempre hay que taparse para dormir, ella preparó algo ligero como un “ajoblanco” sin uvas porque no era tiempo: en un almirez o mortero se majan almendras junto con los ajos, se agrega el pan a la vez que se va echando aceite poco a poco, sin dejar de mover hasta conseguir una pasta homogénea, añadir vinagre o limón, un poquito de sal y agua fría, porque es un plato frío típicamente andaluz. Las comidas típicas de aquella zona son las migas, las papas a lo pobre, los maimones, el gazpachuelo, ajo colorao, potajes y pucheros con pringá.



Mi cuñado Antonio no ha dejado que la luz eléctrica ni el gas butano le invadan el cortijo, para servirse de agua hace años que hizo un aljibe de lluvia, las ventanas no tienen cristales, el cuarto de aseo está fuera de la casa, la cuadra debajo con el mulo y las gallinas. Con la oscuridad de la noche necesitábamos más luz, el quinqué de petróleo tiene la mecha más gastada que el hueso una aceituna, se apaga y tenemos que encender unas mariposas de aceite, la lucerna consiste en un vaso de agua con aceite, no sé por qué el agua y el aceite están peleados y siempre gana el aceite que se sube encima, una chapita con tres corchos y encima mariposas naturales, pero no de las que vuelan, sino unas plantas llamadas de esa manera de la sierra cuyas flores son como de algodón en forma de sombreritos picudos, una planta silvestre que los antiguos las usaron como mechas. Enciendo cuatro mariposas con la precaución de que no se caliente demasiado el vidrio que la sostiene con el peligro de una explosión, una de ellas dedicada a los difuntos, otra para que la Virgen que nos vea, y las otras tres para que la oscuridad se vaya, he buscado una lucerna o candil de cerámica que estuvo siempre por el cortijo, una muy antigua con decoración en la que se veía el gravado de un sol, decían que era de los moros, parte de uno de los tesoros, de los que dicen que por allí quedan, por algo, el Fuerte de Frigiliana fue el último punto de resistencia de los moriscos, y es cierto, porque allí arriba hay muchos cacharros rotos con dibujos geométricos azules, con el mismo color del tazón con gallo que yo llevaba conmigo.

Como es noche de San Juan, la más larga del año, la gente se queda en sus cortijos, se ven fogatas tempranas en el de los Almendros, Gahona, Lazo, Pastor, el Pino, los Migueletes, Adriano, y otros, el resplandor de Nerja y Torrox se ven perfectamente desde allí arriba como si luz se apiadara de nuestra soledad. Poco a poco la noche se va cuajando en el aceite de la oscuridad, asustando a los dioses que ya están incómodos, allí arriba en el cielo rural y limpio, la Osa Mayor marca con su punta de diamante el Norte celestial, y como el entorno de nuestro cortijo es oscuro y en pleno monte, el cielo se nos viene encima como un carro de caballos mitológicos y las estrellas..., esas nécoras de nácar, chillan como con gritos de luz.

Como la noche es larga, nos da por hablar mientras mi hijo va anotando en su libreta como si supiera escribir en la oscuridad. Jugamos a las cartas, y luego, antes de acostarnos mi mujer propone que recemos un rosario, nos transporta con nuestros difuntos. El rosario se compone de tres partes: gozo, dolor y gloria, y cada parte cinco misterios. Pero después de rezar el rosario hay que rezar cinco Padrenuestros -carné de identidad del cristiano-, diez Avemarías, un Credo y una Salve. Mi madre decía que mientras se rezaba no se pecaba ni de obra ni de pensamiento. Rezamos el rosario mi mujer, el tío Antonio y yo, rezamos por el alma de mi hermana y por todos los difuntos, como es sábado rezamos el de gloria: La Resurrección, La Anunciación, la Avenida del Espíritu Santo, La Asunción, la Coronación. Aprendí a rezar el rosario de mi madre, que era una mujer rezadora, sabía muy bien las letanías, incluso, dormida era capaz de recitar largas letanías que no había quien las aguantara. Cada semana la urna de la Virgen Milagrosa iba rotando de cortijo en cortijo -la costumbre del *vía crucis*-. Mi familia era muy católica practicante. Detrás de la puerta colgaba mi madre su rosario de cuentas de madera para que no entraron de noche los malos espíritus. Los Santos ocupaban un lugar muy importante en cada uno de los cortijos, en el de mi cuñado Antonio todavía se ve el San Onofre peregrino y ermitaño con su pequeña bolsa de encaje con un trocito de pan. Un cuadro con cristal, un santo vestido con pieles como San Juan Bautista, las pieles se ceñían a la cintura con ramas y hojas por cinturón, en la mano un rosario, en la otra mano una rama larga con horquilla al final, su postura es la de rezar a un Cristo crucificado pequeño que se ha aparecido en el camino, al pie de la cruz símbolos que no sé descifrar: un libro abierto, un reloj de arena, una corona y bastón de mando.

El Patrón de Frigiliana es San Sebastián. Una noche de feria por San Sebastián, nos fuimos mi amigo Antonio el de Paco Sánchez y yo a Frigiliana, estuvimos toda la noche danzando, en la verbena del Ayuntamiento, sin bailar porque no sabíamos, en los puestos de turrón, mirándolo claro, rompiendo unas botas nuevas que mi madre me compró cuando nos hicimos aquella foto familiar los dos subidos en el mulo, y mi madre preguntó que si salía la foto más cara con el mulo. Regresamos muy tarde al cortijo y nuestras madres se pusieron como viento en Febrero. A la mañana siguiente me dijo mi madre, *cuando venga tu padre a la hora de cenar hablas con él*. Hablé con mi padre a solas en el corral. Luego me preguntó mi madre qué me había dicho. No me atreví a contestarle mal porque ya me arreó una vez una bofetada por la misma razón y uno aprende pronto con el garrotazo. Y le conté palabra por palabra lo que me había aconsejado mi padre, sobre el trabajo, ferias y amistades.

A la mañana siguiente estoy como si no hubiera dormido, el camastro es estrecho y mi mujer se ha pasado toda la noche dándome codazos. Mi hijo se marcha temprano a buscar al mecánico de Frigiliana, un primo que es un artista del motor, enfermero de bielas y bujías.

24/ A final de la tarde regresa mi hijo, callado y triste, el Opel no arranca se lo ha de llevar una grúa posiblemente se le ha roto la correa de distribución,  *cuando el que sabe lo ha dicho será verdad, ¿no?* , pienso. No hay más que hablar del coche, y nos ponemos a cenar en el cortijo del Mayarín unas poleas de harina con leche de cabra, azúcar y torreznos fritos en sartén de rabo largo con leña, tienen sabor dulzón y antiguamente le

echaban miel de caña, “cucharazos” a la sartén con el orden jerárquico que nos caracteriza cuando tan sólo se come de una fuente única, encendemos un quinqué de petróleo y decidimos no acostarnos porque se escucha música lejana de verbena, la resaca que todavía dura de la Misa de San Juan. Aquella gente son unos fieras para la fiesta y el trabajo. Mi mujer, mi hijo, y el que no tenía un pelo de tonto en la cabeza, y yo nos ponemos a jugar a las cartas para matar el rato, en la segunda partida se nos presenta una vista, inesperada, no habíamos invitado a nadie, pero era agradable ver a Aurelio Torres y a mi sobrino Miguel el panadero, que venían a visitarnos y además traerme unos papeles que le había interesado ayer y que él tenía, de gente antigua de la Acebuchal, hablamos largo rato de cuando se despobló en el año 48 por los maquis y entre el año 53 y 54 volvieron algunos, pero ya en el 65 no quedó un solo vecino. Hablamos de los bandoleros románticos de principios de XX, cuando asaltaban en los caminos a los arrieros y no sé como hacía Matutero para que nunca le robaran y también de un caso extraño y misterioso que yo desconocía y es difícil de creer pero en estas sierras cualquier cosa puede pasar, era nueva para mí la historia del recaudador de la contribución don Alvaro Buenasnoches que venía de Cómpeeta a la Acebuchal cada año cobrar la contribución. *Que no lo sabes, compadre, te lo cuento en un periquete*, dijo Aurelio: Una madrugada del verano de 1905, época en que la gente recogía algunos cuartos por la vendimia, sale nuestro recaudador a pegar los sablazo a los humildes campesinos, acunado va por medio camino se presenta una tormenta que viene de Cerro Lucero de esas de mares más, de tres pares de cojones, con perdón. Total que el recaudador, le dio espuelas al caballo y por el camino de Competa se vino para la Acebuchal y así fiscalizar a los más madrugadores; pero llegando a la media legua de su camino, le dio por arremangar unos níspero del camino, de esos que te dan en la cara gordo como duraznos, se los comió hasta con hueso. El caso es que, hay que fastidiarse, empezó a caer goterones como puños, y más goterones, y agua, y más agua, a puro cántaros, pero fue tal el aguacero que perdió la señal de camino y al cruzar el arroyo del barranco Moreno, el que viene del Daire, ya sabéis. Total que el caballo se encabrita asustado por la tronera, y rayos por aquí y rayos por allá, hasta el “cuatrocascos” pegó tres coces..., y sabéis qué pasó, que el jinete sanguijuela de los pobres se “despazurró” contra las piedras, y la bestia se asustó y salió retozando. Al cuerpo del recaudador se lo llevó la corriente, camarón que se duerme se lo lleva la corriente..., no lejos del camino, hasta quedar atascado en un codo de piedras y raíces de adelfas, por que el agua “emberrechiná” se lo llevaba to, allí quedo el “herío”, “trastornao”, pero aquí vienen lo bueno, los nísperos “mangaos” tenían poder sobre los cielos.

A la mijitilla apareció todo el sol. En eso, apareció Miguel Gómez el quincallero, que al ver el caballo del recaudador al refugio de un algarrobo, se acercó para echar un vistazo, hay que fastidiarse, es Alvaro Buenasnoches el recaudador, herido junto a las adelfas, y sin acercarse a él, pensó: “Esta sanguijuela, está muerta y bien muerta, así que mejor será que aproveche ahora para hacerme con los recibos que debo de mi contribución”. El muy vivo buscó la cartera de los documentos y sacó su recibo, los rompió y los tiró en el agua brava. Tomó de nuevo el camino y se marchó sin pedir auxilio para Alvaro.

Después de una hora de pasar quincallero, pasa por allí el carbonero andando, que iba a hacerse un honro, indaga, pero ¿coño si es el

recaudador?, sin acercarse pensó: como me llevo a este chupóstero, si me ven los civiles se van a creer que lo he matao yo, además, pierdo el día, y total para quien es, y se marchó sin socorrerle ni pedir ayuda, y además se llevó el caballo.

Una hora más tarde y cuando el sol se la había cerrado la bragueta, pasó por allí un señorito con caballo bien enjaezado, y viéndole allí tirado tan mojado y sucio, penso: si me lo llevo en la grupa de mi caballo lo ensucio, y se largó de allí trotando por aquel camino que nunca había visto pasar a un samaritano.

El recaudador murió en silencio, sin moverse, como un niño huérfano. Total... echa un poco de vino Joseíco que tengo la garganta seca. Bebe y pínchame una morcilla. Total que pasaron varios días, el sol salió otras tantas veces por el Fuerte, y por aquel lugar volvió a pasar una moza presumida que al olor dijo que mal entierran a los muertos, ¡hay un olor que asusta a los vivos! La moza continuó su descenso caminar y no se preocupó de avisar tampoco a nadie, porque iba muy embebida a sus compras.

Con el tiempo el cadáver del recaudador se secó allí en el codo del arroyo de barranco Moreno, todo hecho cueros como una momia, el viento le echó polvo y piedras, hasta que de sus intestinos brotó un tallo de níspero del hueso que se atraganto, el tallo creció rápido hasta hacerse un níspero salvaje. Cuando se hizo árbol le creció una flor y de ella un sólo níspero que relucía como melocotón mandarino, un día apareció un grajo negro y se merendó el níspero de un picotazo. Aquí viene el misterio, por arte del birlibirloque el grajo tomó una fuerza impresionante que no era ni más ni menos que la persona del recaudador convertido en grajo, ¿qué te parece compadre? Cuando el quincallero, abría su comercio, se presentó el grajo fornido en el mostrador, y en el pico..., ¿sabes qué llevaba en el pico?, pues llevaba los trozos de los recibos de la contribución, el mismo que había robado y destruidos el día que no le socorrió, el grajo le habló: "Vengo a cobrarte los recibos, zo penco". El quincallero recibió tal impresión, que el corazón se le anegó en una angina de pecho, hoy día le llaman infarto de miocardio.

Se le apareció al carbonero, y el grajo le habló: "Con que tú me robaste el caballo, a los cuatrerros se les roban los ojos y no roban más". Y así lo hizo, se abrió de alas y con las garras afiladas le sacó los ojos y lo dejó ciego.

Ese mismo día se le apreció al señorito, y le habló: "Para que no manches nunca más te quitaré la vida". Y así fue cómo el cuervo se lanzó sobre la grupa y le dio tal picotazo que saltó en brinco de tal tamaño que el señorito cayó rodando por la cañada hasta darse con una piedra en la cabeza y allí se quedó para siempre.

Ese mismo día, y cuando la moza presumida, bordaba con primor su ajuar de futura novia en la puerta de su casa, llegó el grajo y se posó en el respaldo de la silla, y le comentó: "Para que nunca mas tengas buenos olores te voy a impregnar de tal sustancia sudorífera que jamás en tu vida te podrás desprender de la peste, de esta forma ningún hombre aguantará estar cerca de tu cuerpo". Y así lo hizo el cuervo, levantó la cola y por el ano saltó un chívate de excrementos llenándole la cabeza y la cara, de esta manera aquella mujer perdió el pelo y por mucho que se lavó nunca se le fue el maldito olor a podrido de grajo.

El caso es que el recaudador convertido en grajo si no cobró de una forma cobró de otra. Y eso pasó de verdad, lo que pasa es que la gente lo cuenta mejor que yo.

Así pasamos un rato agradable hasta que Aurelio y mi sobrino Miguel se marchan andando por donde vinieron, con el estómago lleno por la vereda hacia el cortijo de Pino a seguir la marcha.

25/ Mi cuñado Antonio con sus ochenta y tres años a cuestas, saco viejo de años, años que son piedras al hombro, tiene una memoria perfecta, unos pies perfectos, una vista perfecta, unos pulmones perfectos, pero le fallan la vejiga y las manos, aunque lo que más le perjudica son las lágrimas de sentirse viudo a esta edad. Esta noche hace un calor insoportable y no puedo dormir, estoy en la cama dando bandazos como un barco ebrio en alta mar, se me vienen cien imágenes distintas, uno de los cuadros que se cuelgan en el cortijo es uno viejo del rey Alfonso XIII y tiene su historia es un pasaje casi bíblico muy referido por mi abuelo *el de la Venta*. Resultó que por Abril de 1931, llegó un arriero a la Venta Panaderos con tres mulas castellanas sudorosas, una de ellas tenía un resabio muy manifiesto en una pata, un callo infectado; otra mordía la cal de las paredes y le puso un bozal con paja colgado en la jáquima, llevaba una carga de miel de caña de Frigiliana, era Alfredo el Humano, le llamaban así porque cuando nació era tan feo que dudaron si era persona, y se negaron a bautizarlo, hasta que empezó a hablar, esa era la señal que lo salvó, el Humano era casi familia nuestra, hijo de un primo tercero, cara negrilla y cuerpo de caña, no usaba abarcas sino unos botos color crudo con suela de camión cosida a mano por los rebordes exteriores. Antes de entrar en la venta se sacudió el sombrero de palma contra el pantalón y se secó el sudor amarillo directamente con el dedo pulgar dejando en el suelo la marca acuosa de su esfuerzo en llegar hasta allí, con el sudor debieron irsele las ideas conservadoras. El Humano llegó muy contento y satisfecho, se le veía en el brillo de las pupilas de sus ojos de alfiler, contando que España se había acostado monárquica y se había levantado republicana, no hacía más que repetir lo que se decía en todas partes, que en Málaga habían puesto en los balcones la bandera tricolor. Pero mi abuelo, un hombre antiguo, dominado por el miedo de tener que dar de comer a doce hijos que parió la abuela Rosario, no tenía muy claras las ideas políticas, no sabía si era monárquico, liberal, de izquierdas o de derechas, algunas veces hasta se creía anarquista, pero tenía muy claro una cosa que en la vida había que ser honrado, y que nadie hacía nada por nadie, y lo que bien se hacía bien parecía, no estaba de acuerdo con los cambios políticos y menos si eran bruscos, tenía un humor agrio, no se le podía llevar la contraria sobre todo en asuntos del trabajo o cuando los arrieros de la Ruta de la Miel se iban a la competencia, a la Venta Camila, jamás se quitó su sombrero, pero aquel día se lo quitó delante del Humano, en una actitud como el que se desnuda, *bueno y qué, es que ya no hay que trabajar en la sierra, las viñas de cavan solas, la resina se saca sin arañar, lloverá cuando la mande la República, anda Humano, pájaro de mal agujero, bébete ese trago de aguardiente que invito yo y coge tus bestias y no aparezcas más por aquí, acuérdate de lo que te digo: los cambios nunca son buenos.*

El Humano se quedó con cara de haberse tragado un hueso de albaricoque y, como toque de despedida, remató la faena con que el Rey se

había ido de España con su familia. *¿Que se ha marchao o que lo habéis echado?, bestias que soy unos bestias*, y el abuelo cogió su viejo cayado nudoso y suave como las nalgas de una burra, y además irrompible de granao que tenía colgado detrás de la puerta como libro de reclamaciones y que servía muchas veces de tranca y, saliendo a la puerta se lo enseñó de lejos: *como aparezcan por aquí te mido la espalda que ahí duele todo*, y el Humano castigó a las tres mulas metiéndoles el acebuchón en los ijares y salieron los cuatro bestias soltando chispas de herraduras. Cuando el abuelo se quedó solo le dijo a su hija Ana María que guardara el retrato del Rey dentro del arca, en un lugar seguro no fuera a ser que cualquier mierda de republicano desgraciara a su Majestad. Era un cuadro sacado de un recorte de periódico que se le trajo un recadero, un andarín de los que se dedicaban a llevar recados de familias de un lugar a otro por una medida de pasas o la voluntad, porque no había ni cartero.

La II República había ganado en las grandes capitales, en cambio en las zonas rurales ganó el Monarca Alfonso XIII, no se cabreó. El primer alcalde republicano de Frigiliana fue don Manuel de la Torre el Viejo, con una corporación de derechas, pero duró poco, el Gobernador Civil, que era quienes les nombraba a dedo, lo destituyó porque vio en él poco porvenir republicano, lo echó al mes y ocho días de su nombramiento, en su lugar puso a Antonio Cañedo que tampoco era republicano, que pocos meses después, perseguido por la furia del pueblo, dimitió subido encima de una higuera como si fuera el árbol refugio. Al poco tiempo subieron al poder una república de izquierdas y nombraron como alcalde al Humano, y con él llegó el poder del proletariado y la anarquía. En aquel lugar salvaje, de malos caminos, agricultura como único medio, gente inculta y años sin llover, los políticos tenían muy poco que remediar, pero él montó la dictadura del pueblo.

Con la República llegó a la Acebuchal una nueva maestra. Doña María Romero, que no nos enseñó nada de provecho o es que yo no aparecí por la escuela, tenía una hija que le daban ataques epilépticos y se tuvo que marchar. En esta escuela fue cuando me enamoré de mi prima Trinidad la de Emilio. Al año llegó otra maestra llamada Doña Cristina, se instalaron en la casa de la escuela, una casa que era de Baldomero el Viejo y que alquiló al Ayuntamiento de Cómpeeta. Las mujeres mayores criticaban mucho a Doña Cristina porque revolucionó a la juventud, dejó de rezar el rosario, les explicó sus derechos a las mujeres, se reunía con la gente joven en la escuela hasta la madrugada, empezó a dar clases nocturnas a los hombres como si a ellos les hiciera falta leer y escribir. Los vecinos tradicionalistas empezaron a mirarla mal. Aquel verano del 33 Doña Cristina se trajo a su hermana Carmen para pasar el verano, hacían excursiones al barranco Moreno, bajaban a bañarse al río Torrox y por las noches hacían reuniones en la casa de la escuela hablando siempre de política y de derechos, pero no de obligaciones.

En los últimos años de la República con el Frente Popular de izquierdas se formó en la Acebuchal el Comité republicano que pretendía repartir el trabajo, el poco que había. El eterno problema del trabajo, como si el trabajo se pudiera repartir como la sopa a cazos. Una vez se presentaron los del Comité en la viña de mi padre conocida por la de Catavares, eran cuatro peones de Frigiliana que mi padre no había llamado, se pusieron a trabajar en la cava sin decir nada al amo, y cuando llegó la tarde se fueron con los picos al hombro a cobrar al cortijo del Pino:

"Antonio danos sesenta pesetas de tres peonadas". Mi padre se quedó mirándoles: "Sesenta pesetas no las he visto yo en la vía". Los del Comité te ponían las cosas claras o daban trabajo y pagabas o te daban una paliza, el eslogan eran: "La tierra para quien la trabaja".

26/ De tantas veces oír la misma historia de tu madre, soy capaz de hablar desde la memoria de ella, pero no lo quiero hacer, pues cometería los mismo errores, por eso, ya que quieres conocer algo de su vida, te entrego algunas notas de su libreta de clase, de cuanto estuvo en la Escuela de Adultos y las escribí como ejercicios de redacción:

I

Nací el año 22 en la Acebuchal y me pusieron de nombre Trinidad como el día de mi nacimiento, era una aldea que denunciaba su presencia por la ropa blanca puesta a secar sobre las zarzas, se tendía cerca de la fuente, casi en el bancal de Evaristo, donde teníamos una piedras blancas y redondas para ir a lavar la ropa, aquella piedra ancha de nácar era nuestra escuela de mujer donde aprendieron a lavar generaciones enteras. El arroyo es frío y malo para bajar con un canasto de ropa, por la mucha vegetación y las zarzas de donde dicen los más viejos que le hicieron la corona de espinas al Salvador del Mundo. Crecen chumberas, ricos espárragos trigueros, revolotea la paloma torcaz, el chamariz y un enjambre de abejas que tiene el tío Wendeslá en Cerro Verde cerca de las Cuevas que tuvo la desfachatez de casarse con una de Fornes, y desde entonces no le hablábamos por lo bonito que lo había hecho. La comarca tiene dos razas de piedras: las blancas y las grises, dos cultivos diferentes y dos vidas: la campesina y la salvaje de la sierra. Aquel que se acerque una sola vez a mi tierra no podrá olvidarla jamás, no tiene comparación con ninguna otra. Toda piedra, toda cueva, toda planta tienen su nombre, su alma escondida entre enebros milagrosos, porque dicen del enebro que si se quema su corazón durante nueve noches seguidas protege contra cualquier peligro, la virtud del enebro no sé si será verdad pero deja un olor dulzón como la mirra. Aunque yo no creo en hechicerías. Mi hermano Paco, una vez que vino de Limán, se trajo una tortuga mora, no sé lo que pasó pero no había una mosca ni un mosquito, se ve que los insectos las huelen y se marchan, comía tomate, era el animal más silencioso que conocí. Dicen que trae buena suerte cuando se va de vieja. Me contaron una crueldad sobre ellas que no puedo olvidar sobre las tortugas marinas, dicen que las mantienen vivas y le van cortando carne poco a poco. Recuerdo que había muchas moscas asquerosas en el cortijo, las moscas saben que la sangre es más dulce que la miel, por eso se van a las heridas, mi madre colgaba en el cortijo unas cintas pegajosas donde que morían muchas, pero no había forma de acabar con ellas.

II

Mi madre me decía que con paciencia encontraría el hueco por donde se cuela la imaginación. Y con ella viajaremos a todos los

lugares del mundo porque no hay nada tan veloz como el pensamiento ni tan gratificante. Así pasaba las tardes de mis cien años de soledad infantil: pensando en lo que era y en lo que podía ser. Necesito alas de imaginación, bastardas ideas y Alicia en el País de las Maravilla, una niña, tímida y solitaria llena de imaginación de laureles, mi mundo era pequeño pero todo me llamaba la atención.

Oigo todavía en mi memoria, el viento en el barranco; en la sierra el rumor de los pinos y añoro ver amanecer con tanta fuerza que explota allí el día, el silencio de los perros que se habían pasado toda la noche ladrando a la luna con bufanda de nubes, convencidos de que si se duermen la luna los convierte en lobos. No sabemos si son los lobos los que sueñan con la luna o la luna con los lobos. La Acebuchal era muy húmeda en invierno, el sol llegaba siempre tarde, había más días malos que bueno, en verano, como corría poco aire por estar en lo hondo del valle hacía mucho calor. Mi padre se llamaba Emilio y era hijo de José Fernández, uno de los cuatro huérfanos Simones, hijo de María Jesús y de Miguel Fernández el que se mató en la Piedra Jorá cerca de Cómpeeta. Mi padre se había casado con mi madre llamada Virtudes, a la que le llevaba por lo menos veinte años de diferencia, eran primos hermanos para no ser menos que los demás; y es que la sangre, como si fuera de la familia real, no se mezclaba con otras, siempre la misma familia y matrimonios cruzados entre pariente como los reyes, con el temor del dicho que los hijos de primos hermanos salen tontos.

Mi padre compró un cortijo en las lomas del Mayarín al tío Lonardo con viñas moscateles para dedicarse a las pasas, padecía de bronquitis y le recomendaron la solana, y por eso compró el cortijo para salir de la humedad del barranco, recuerdo que hicimos una mísera mudanza en el mes de febrero, el cortijo era muy pequeño para ocho hermanos que éramos, poco a poco fue mi padre y mis hermanos haciendo obras, tenía una habitación para el matrimonio, una bodega para trastos y un comedor que servía además de cocina, si se le puede llamar cocina al lugar donde se encontraba el chupajumos y la cantarera, por la noche el comedor se convertía en habitación poniendo colchones en el suelo, y junto dormíamos hermanos y hermanas separados por unas cortinas. Mis primeros recuerdos de infancia son la claridad del Mayarín, había mucha luz, mucho cielo, vistas al sur, desde allí se veía el mar que no veíamos en lo hondo de la Acebuchal, y en los días muy claros se podían ver las montañas de África o el Atlas Marroquí. Salí perdiendo porque cuando empecé ir a la escuela me cogía muy lejos.

Cuando hicimos la mudanza desde la Acebuchal al Mayarín yo tendía unos cinco años, había media legua de distancia, mi padre cargó en el mulo la cama y la ropa envuelta en una colcha que llamaban de tela "zarasa", no sé por qué motivo le llamaban así, jamás he vuelto a escuchar ese nombre de tela. Recuerdo que era una colcha grande, de cama de matrimonio, suave, de color rojo vivo y brillante, con la que era una gozada taparse y verla sobre la cama como un manto de claveles rojos, una maravilla de la que mi madre

estaba muy orgullosa. A mí, como enseres de mudanza, me dieron un cenacho con un pollo vivo, y cuando iba por el Ventorrillo del Cano, me pesaba tanto que lo dejé en el mismo camino, y cuando llegamos al cortijo preguntó mi madre por el pollo y el cenacho yo le dije: "El pollo no se quería venir", mis hermanos volvieron a por el pollo y estaba todavía allí, nadie se lo había llevado, y es que la gente de aquellos lugares respetaban mucho la propiedad ajena tanto como su propia estima, tanto es así que cuando cae un fruto del vecino al suelo y llega a tu tierra no es tuyo y no lo debes recoger, sino darle una patada o volverlo a poner debajo del árbol que se ha caído. Una muestra del respeto a la propiedad es la ausencia de vallas o alambradas en el Mayarín, y eso lo dice todo. Una de las palabras que más escuchaba era la de: "Esa cepa no es nuestra, aquel durazno tampoco, el olivo sí, el albaricoque sí, aquella piedra blanca es la linde". Había una precisión y un respeto absoluto a las lindes, que no había ni que marcar. "No hagas esto o aquello que se puede enfadar el vecino", decía mi madre, cuando nos veía andar por lo que no era nuestro. La palabra vecino era más fuerte que la bondad del propio vecino, el cual nos consideraba a nosotros como nosotros a ellos: "Respetas y te respetarán".

El interior del cortijo era pequeño pero hecho con todas las normas del buen hacer, cuatro paredes sobre un muro maestro, en el techo se podían ver las vigas y los cañizos, mi madre con mucho arte decorativo puso su cama dirección a las vigas como es costumbre en los cortijos, nadie sabe por qué razón no se deben cruzar, todo el mundo lo hace pero así debe ser. También puso a las Virgen del Socorro, de la que era muy devota y un Cristo en su primera caída con San Simón ayudándole. Por la noche mi padre encerraba en la cuadra al mulo, las gallinas y la cabra, jamás nos robaron nada, era nuestra merienda, leche de cabra con café de malta, nuestro desayuno eran maimones: aceite de oliva con ajos fritos, sal, agua cocida con pan y uvas, más algún chumbo cuando era la temporada allá por septiembre. Es costumbre que cada cortijo tenga sus pencas propias para comer el higo chumbo. En el exterior había cuatro paseros, usados para secar las uvas, los higos y otro fruto.

En las noches sin luna el comedor se quedaba tan a oscuras que no podía dormir, me daba miedo y cuando le decía a mi hermana mayor que no podía dormir, ella me decía: "Cierra los ojos y verás cómo te duermes", si seguía hablando mi hermana me daba un beso para no despertar a mi hermana menor Salvadora. Las noches eran muy largas y oscuras, aunque nos acostábamos a la puesta del sol y nos levantábamos por el día, tenía insomnio mientras mis hermanos roncaban a pata tiesa cansados del trabajo del campo. No me dejaban encender una mariposa siquiera, por temor a que salieran ardiendo los colchones. Para orinar se hacía en la escupidera, a no ser que hubiera que hacer otra necesidad más sólida en la que había que salir a la cuadra que estaba fuera del cortijo, porque dentro no existía cuarto de aseo.

Todas las tardes había que bajar a por agua a un pocillo que estaba en un camino muy ladero, al pocillo de los Peñoncillos, una vez en el mulo iba mi padre, pero si este estaba ocupado, había que hacerlo con el cántaro a la cabeza. Cuando se quedaba seco, había que ir a por agua a la Acebuchal con el mulo, pero ya se encargaban de ir mis hermanos mayores; mi madre sí que notó el cambio a peor, allí tenía todo el agua que quería, sin embargo, en la solana del Mayarín teníamos que economizar, gastar lo imprescindible, la lucha por el agua fue una de mis pesadillas, cuando el cántaro se quedaba vacío entraba agobio y ganas de llorar. Para lavarse las manos antes de comer o cenar, mi madre llenaba medio lebrillo pequeño, y allí, en el lebrillo con el mismo agua nos lavábamos todos con jabón echo en casa.

Mi madre siempre se quejó de que no le ayudábamos lo suficiente en las tareas del hogar, mi padre de que las hembras éramos improductivas, nuestro futuro se reducía a casarnos con un buen partido, lo mejor era un chico que le ayudara en el campo. Yo de pequeña fui muy temerosa por culpa de mis hermanos que tenían la costumbre de asustarme por todo, y no sé por qué motivo, les encantaba hacerme llorar, hacerme rabiar, hacerme enfadar. Decían mis hermanos que yo era muy lastimera, lloraba por cualquier cosa, incluso cuando veía que los gatos se metían entre las pencas cuyas púas eran muy peligrosas creía que se las clavarían y se morirían llenos de espinas. Algunas veces, aparecía por el cortijo Miguel el de Patamalara primo y novio de mi hermana mayor Dolores, y sabía ganarse a los niños, era un hombre de un trato cariñoso y complaciente, y cuando me veía llorar me dedicaba su tiempo, y si se enteraba que mi disgusto era porque los gatos nos sabían de las pencas, él los llamaba misi-misi-misi, y con un arte especial, los gatos salían a comer de su mano, y eso me daba mucha alegría.

IV

Éramos ocho hermanos: Las hembras: Dolores la de Miguel que me llevaba muchos años cuando se casaron se fueron a vivir a la fábrica de la luz de Patamalara en el río Torrox; Virtudes conocida por la de Bilbao se casó con Paco Villena un suboficial de la Marina; la más chica Salvadora conocida por la de Alberto Navas el de la Plaza de Frigiliana, porque vive en la plaza de la iglesia. Como yo era la tercera de las hermanas no fui de las que más trabajé en casa de mi madre, las dos mayores fueron las que se mataron a trabajar. Los varones: Emilio que se casó con Dolores de Cómpea y ha llevado a los noventa y dos años, vive en Málaga con su hija Sofía y Emilio; Francisco que se casó con Amelia, hija de Casimiro y Dolores la de Emilio, oriundos de la Acebuchal tuvieron dos hijos Mari Victoria y Paco Emilio; Antonio que heredó en suertes el cortijo de mis padres, se casó con Dolores, hermana de mi esposo, tuvo tres hijos Primitiva, Alberto y Dolorcitas; José que se casó con Edalmira su prima hermana por vía de Adriano Ortiz, tuvo dos hijos Rogelio y Emilio.

Mi padre fue alcalde pedáneo de La Acebuchal en la República porque sabía leer y escribir. En el cortijo y bajo la luz del

candil mi padre enseñó a los ocho hijos a leer, a escribir y las cuatro reglas aritméticas, era un hombre político que le gustaba leer periódicos viejos o algunos que le traían de vez en cuando sus yernos o algún corsario de Vélez Málaga porque era el lugar más cerca de donde los vendían.

Mi padre era muy severo con los hijos, nos llevaba a todos a raya, le hablábamos de usted, le respetábamos mucho, tal vez demasiado, de ahí proviene mi timidez, creo, por otra parte, que sin una disciplina en un campo lleno de soledad, necesidades y peligros, la vida no hubiera sido posible. Las salidas en casa estaban muy restringidas, las hembras jamás salíamos solas, los varones jueves y domingos si tenían novia, por eso a muy corta edad se la buscaban, para salir. Estaban deseando casarse. El resto de los días de la semana, recuerdo que nos arrimábamos todos a la lumbre en invierno y mi padre nos contaba cuentos como el del lobo y los cinco chivitos, ese cuento me daba mucha pena, es que lo vivía, o el del grajo y la zorra que se invitaban a comer mutuamente; el cuento de Juanillo el malo, que se sentaba encima de los huevos de las lluecas; el del Príncipe y la Doncella; sobre el bandolero Tempranillo y sobre todo lo que se contaban mucho eran acertijos y refranes. Los acertijos gustaban mucho, porque cuando aparecía algún familiar lo soltabas y si no sabían las respuestas te daba un aire de inteligencia y de importancia nada común. Contaba que los grajos tienen el pico y las patas moradas, porque san Onofre comía sólo moras, las aves se las robaban y como no sabía qué aves eran, entonces dijo de aquí en adelante quien se coma las moras se manchará de su sustancia y no se le quitará nunca llevara la marca de su delito de robo, por eso el grajo tiene el pico y las patas de ese color.

Los días en los cortijos se hacen muy largos, en los cortijos vive la soledad, muy de tarde en tarde pasaba algún vendedor o vecino o algún familiar, y cuando llegaba se le recibía con mucha atención y hospitalidad, había que cuidarlos para que se fueran contentos y volvieran otro día por allí. De no ver gente se volvía una huraña y poco sociable, nos avergonzábamos de vestir como salvajes, y si desde lejos avistábamos a alguien con posibilidad de llegar nos cambiábamos de ropas, aunque lo más cómodo para mis padres era que nos escondiéramos en el almacén.

Mi padre sabía muchas cosas porque fue muy andariego, iba mucho a Málaga donde vendía su propia cosecha de pasas directamente para ganarles más dinero, en los viajes echaba tres o cuatro días entre ir y venir, por el camino conocía a mucha gente trapichera, paraba en las ventas y allí se enteraba de muchas cosas. Estaba obsesionado con saber y, como quien no se cansa, repetía la frase manía de que no nos dejáramos engañar por nadie, por eso, insistía en que teníamos que aprender cálculo y cuentas: "Si no sabéis hacer cuentas os engañarán en el precio de las cajas de pasas, la gente abusa de quien no sabe". Para mi padre nada de lo que se hacía en casa estaba bien hecho, no apreciaba el trabajo de los demás, nunca te alentaba en los progresos, entre su vocabulario abundaban las palabras inútil, tonto, vago, mequetrefe, gastoso...

V

En cambio mi madre sin saber leer ni escribir era más amable, no podía emplear su tiempo, según ella en tonterías que no servían para nada, nada más que para meter grillos en la cabeza para volverse loco. Ella era de las que iba ocultándole a mi padre los defectos de sus hijos, su problema era el "qué dirá la gente" o "qué pensará la gente", siempre la gente, cuya opinión estaba por encima de nuestras propias decisiones, viviendo en el temor de la constante desaprobación de la gente y de su tiránica censura, pues si en la Acebuchal te conceptuaban mal ya se las podías hacer con flores que jamás te dirigirían la mirada, el no mirarte a la cara era el castigo más común y la demostración de desprecio, e incluso algunos hasta podían escupir, no directamente, pero sí hacia su izquierda, en dirección al infierno y el demonio.

En el año 1934 hubo un suceso curioso en la Acebuchal, mi hermana mayor Dolores ya se había casado con Miguel el de Patamalara, que trabajaba ya en la fábrica de la luz y había dejado lo de ser guarda de la sierra, quisieron comprar una Virgen para la ermita, la mejor forma de que todos aceptaran la idea era la de comprarla en mancomunidad, y para ello Miguel ideó rifar la primera radio de válvulas y pilas que llegó a Nerja, un instrumento de la tecnología más avanzada, con el dinero de la recaudación se compraría la radio para la rifa y además sobraría para la imagen de la Virgen. La rifa se hizo en la venta de Chacha Lola, en una talega se metieron los papeles con los números y mi Salvadora metió la mano y sacó el número afortunado. La fortuna quiso que la radio le tocara a quien tuvo la idea, y no fue a otro sino a mi cuñado Miguel, designios de la Virgen en su primer milagro, aunque a la gente no le pareció bibe. Se llama la Virgen Milagrosa y hoy día está en el Cortijo del Pino. Pero la gente no se quedó contenta con la diosa fortuna y dejaron de mirarle a la cara a Miguel, tanto fue así que se fue a vivir a la fábrica, aprovechando que el viejo guarda de la Compañía de electricidad se había muerto.

VI

Cuando yo tenía diez años empecé a ir a la escuela de la Acebuchal con Doña Cristina, cada día caminaba unos ocho kilómetros entre ir y venir, en la escuela fue cuando me enamoré de mi primo José Miguel, hijo de un hermano de mi madre, y así fue como cambió mi vida, porque estaba deseando ser mayor para casarme y poder salir del sometimiento de mis padres, pero vino la guerra y hubo que esperar muchos años más. La primera fotografía que me sacaron tenía yo quince años, me la hicieron en la fábrica de la luz de Patamalara una vez que fui a ver a mi hermana. Una foto con un peinado muy a la moda, y un traje claro como ramos de flores.

A los meses del año se le conocía por las fiestas religiosas: al mes de Enero por los Reyes, al mes de Febrero el de la Ceniza, la mes de Marzo por el de la Cuaremas, al de Abril por la Semana Santa, a Mayo por el de la Cruz, a Junio por el de san Juan, Julio por el de Santiago, Agosto por el de la Virgen o san Roque, al de Septiembre por el de las Lumbres o los Dolores, a Octubre por el

Pilar, a Noviembre por el de Todo los Santos, y a Diciembre por el de Pascua. La vida rural era tan religiosa que a los meses no se les nombraba por su nombre sino por su fiesta principal. La capillita y hornacina de la Virgen Milagrosa iba por semanas rotando por los cortijos, te la traía la última que la tenía en su casa, algunas veces le acompañaba un cortejo de amigas, se rezaba un rosario, y algunas veces, si la fiesta era importante se trían la guitarra y algunos cantaban fandangos, el baile de la verbena solo para los casados, las mujeres bailaban con las mujeres, jamás con un mozo, que sólo hacían mirarte y si podían dar la mano te la apretaban con muchas intenciones.

Cuando una visita acudía al cortijo, lo primero eran preguntarse por la salud de la familia, luego se hablaba de los precios de los frutos, las macetas con sus flores de jardín, te enseñaban la cuadra para que vieras lo hermosos que estaba el cerdo que ibas a sacrificar por la Pascua, se discutía sobre las arrobas que podía alcanzar, lo hermoso que estaban los gallos y si era una visita importante te deban a elegir algún pollo o un conejo vivo para llevártelo a casa. Se acababa hablando de pretendientes, compromisos, noviazgos y algunos dichos anunciando alguna boda. Algunos visitas se ponían muy pesadas, y cuando tenían ganas de echarlos, decía mi padre vamos a acostarnos que esta gente se tendrá que ir o una exclamación mirando al cielo, ¡anda que la que va a caer! Y ya la visita sabía que se tenía que marchar.

En el verano se movía mucha gente llegaban a los Mayarines hombres con burros o con un cajón a las espaldas que se buscaban la vida vendiendo telas o simplemente cambiando manufacturas por materias primas. Tú le dabas almendras, pasas, higos, y ellos te daban aguardientes, miel de caña, telas, almejas, pescado, quincalla, garbanzos tostados. No había dinero que gastar, generalmente, nuestras pasas tenían mucho valor eran nuestra moneda de cambio, como las bayas de cacao en América, tú pagabas con pasas, y muchas veces no eran de las de recibo sino de escombro. Cuando en la Cooperativa le pagaban a mi padre una vez al año, ese dinero tenía que administrarlo para comprar azúcar, harina o alguna bestia de tiro o el cerdo. Otro producto de importancia era la recogida de la aceituna, butacos llenos de aceite para el consumo propio y el sobrante también te daban dinero cuando los del molino almazara pagaban.

El 8 de Septiembre era una fiesta que me gustaba mucho, era la de la Lumbres, Natividad de la Virgen y fiesta de la Candelaria, esa noche se hacia en cada cortijo una hoguera, y se competía por ver quien la hacia más grande, la noche se iluminaba, ardía todo lo viejo, pencas secas, rastrojos, aulagas, y brozas que se iba recogiendo durante días, todo menos las gavillas de sarmientos y las cepas de la vid que nos servía para el fuego del hogar. Fuego como en la noche de san Juan, baile, ruedas, cante jondo, guitarras y raspar la botella de anís. Las gentes de los campos son muy brutas, catetos nos llaman en la ciudad, pero los catetos nos divertíamos con salud. Había mucha gente viviendo en los campos cuando el secado de las uvas en los paseros, no como hoy día que se están

arrancando las viñas para los aguacates, kiwis o chirimoyos, o para hacer cortijos que tantos les gustan a los extranjeros.

VII

Las faenas del campo eran muy duras para hombres y mujeres. Durante el verano se recogía la uva que era una labor muy trabajosa por lo quebrado del terreno donde su cultivaba, cerros muy laderos por donde no se pueden meter ni las bestias, toda la labor se le hacía a mano, el fruto se sacaba de las cepas en canastos de mimbre, casi planos, se les llenaba de racimos haciendo un colmo cónico, el cesto se lo subían la cabeza sobre un roete de tela para que el mimbre no se le clavase en la cabeza, y desde muy lejos los traían hasta los paseros, y así una y otra vez durante los meses de Agosto a Septiembre con el calor que hacía, los hombres acaban con colores en el cuellos, en la cabeza, en las manos y en las piernas. Si se les caía las uvas al suelo eran el hazmerreír de todos, y esa noticia correría como una gota de aceite por todo el Mayarín: es que esos Simones son muy delicados, una gotita de sudor y tiran los canastos, de qué estarán hechos, no son capaces de nada. Y la fama de los Simones había que mantenerla siempre muy alta. Así se pasaba el verano, trabajando de sol a sol.

Cuando se había terminado la vendimia, llegaba la época del rebusco, es decir, cuando había terminado la vendimia oficial el dueño tenía que permitir a las gentes sin tierras que subiera a recoger los racimos olvidados en las cepas, normalmente venían vecinos de Torrox, gente muy andariega y con mejor vista, con malas caras, eran lo pobres, pobres de verdad.

Durante el tiempo del secado de las uvas en los paseros, todos trabajábamos, dándoles vueltas, luego recogerlas y arreglar los racimos en los *formaletes* para quitarles las podridas, las pequeñas, las feas, hacer las cajas de madera y llevarlas a la cooperativa. Terminada esta faena mi padre hacía una pisa de uvas y pasas en el lagar para su vino casero, un vino dulce con mucho cuerpo.

Otros frutos muy ricos de la tierra eran los higos blancos, las almendras, los nísperos, albaricoques, melocotones o duraznos, granadas, castañas, moras. Todos tenían bancales (tierras de regadío) en la Acebuchal para el cultivo de verduras y hortalizas. Una economía autosuficiente.

Pasado el verano empezaba la recogida de las aceitunas, nuestros olivos son grandes, altos, majestuosos, los hombres se tienen que subir en ellos, y se ponían negros de la tizne y de las cenizas de las hojas, otras veces, las más altas se vareaban con una larga caña, en el suelo se tendía un toldo de los usados para los paseros y allí iba cayendo las aceitunas, aunque la mayoría había que cogerlas directamente con la manos entre las piedras y al acabar la temporada las uñas se te habían limado y gastados, sobre toda la de los dedos índices, tanto que alguna veces sangraban. Se iban echando en unas espuestas y luego a los sacos de yute, cuando se habían juntado más de cuatro sacos mis hermanos los cargaban en los mulos y se los llevaban, bien, al molino de Frigiliana o al de Cómpeeta, allí le dan un vale de los kilos que ha llevado para

hacer las cuentas al final del año. Cuando llegaba el invierno los pámpanos de las viñas habían volado y los sarmientos se habían secado, entonces venía la época de la poda, luego la cava donde las mujeres nos librábamos, ya esperar a que lloviera y a tener suerte a que brotaran en San Juan como granos de arroz.

VIII

En el año 32, vino mi hermano Emilio de hacer la mili en Madrid, la hizo en caballería, de servir al Rey se decía, era de mediana estatura, fuerte y muy guapo, recuerdo que cuando llegó al cortijo mi padre le dio permiso para fumar delante de él. Empezó a salir, y en la feria de Cómpeeta se hizo novio de Dolores Sánchez y se casó con ella.

En el año 35 se casó mi hermana Virtudes, el día de los Santos Inocentes, que era la segunda de las hembras, con Francisco Villena que era más bajito que ella por eso en la foto de bodas él está de pie y ella sentada y en las manos un ramo de flores. Virtudes era mayor que yo, muy alta, esbelta y guapísima, La novia se vistió de blanco y dicen las mujeres que el traje de novia parecido al de la Reina María Eugenia de Battenberg en 1906, según una fotografía de un viejo periódico. Villena está vestido con un traje gris cruzado, pañuelo en el bolsillo y guantes blancos en la mano izquierda. Él era lo que se dice un buen partido Suboficial con destinado en Tetuán, natural de los Penoncillos de Torrox, le mandó la tela blanca de organdil, le llamaban entonces a la seda, para que se hiciese el vestido, él fue siempre muy espléndido y lo que era suyo, era de todos. El magnífico traje de bodas, único que se vio por allí, envidia de las más ricas, se confeccionó en Cómpeeta, por una modista llamada Asunción, viuda del Guardia Castillejo. Yo fui con ella varias veces a Cómpeeta a las pruebas. El día del casamiento el novio vino de Torrox vestido con un traje cruzado gris a rayas, porque su familia vivía en un cortijo de los Petoncillos. La ceremonia de la boda se celebró en el mismo cortijo de mi padre no como la mía que fue en Cómpeeta, durante la misa mi madre estaba muy nerviosa por su Virtudes cometía alguna incorrección. Dentro del cortijo el cura preparó su liturgia y en un lugar preferente, puso el Santísimo que lo había traído metido en una cartera, desde luego que cortijo era pequeño pero la enramada o exterior grande, se había blanqueado para la ocasión decorado con una colcha de tela “zaraza” y un matón de Manila de la tía Dolores la de Pepe Banderas, como no cabíamos dentro, la mayoría permanecimos fuera, allí no dejaba de buscar con la mirada a mi Joseíco que la tenía delante, ese día se me declaró, después de buscar valor en algunos vasos de vino, porque no no entendí lo que me dijo, pero yo le dije que sí por su acaso. Después de las bendiciones, hubo comida, vino y risas como en todas las bodas, no hubo baile pues siempre estábamos guardando algún luto a algún familiar difunto, de hecho a mi me tocó vestir casi siempre de luto, hasta que me casé de llevarlos estando en Málaga. Los novios de fueron a Madrid. Aquel mismo año de hubo dos bodas más en la Acebuchal. La de

mi hermano Miguel con Ana Sánchez. y otra, la de la prima María, hermana de Edalmira.

Cuando empezó la guerra mi hermana Virtudes y su marido estaban en Ceuta, en bando nacional, nosotros en bando republicano, y cuando acabó la guerra recuerdo que todavía seguía allí porque nos mandó a Málaga con el submarino unos sacos vacíos, café, tabaco y unos prismáticos que le regaló a mi padre. Aquel día que fuimos a Málaga también fuimos a ver a mi hermano José que estaba haciendo la mili en el Cuartel de la Trinidad y en el parque de Málaga me hice una foto matón con él. Villena era un hombre muy simpático y cariñoso, era natural de los Peñoncillos de Torrox, su último destino fue Bilbao donde fallecieron los dos, dejando cuatro hijos: tres hembras y un varón.

El 18 de Julio del 36 tenía yo catorce años, los iba a cumplir el 26 de ese mismo mes. La guerra iba a cambiar todos mis planes. Se llevaron a todos mis hermanos, menos a mi padre mi padre estaba mal del pecho y no podía trabajar, mis hermanas mayores se habían marchado con sus maridos, y mi madre, mi hermana Salvadora y yo tuvimos que hacer todos los trabajos duros del campo. Mi padre nos vigilaba y quería que rindiéramos como los hombres y en cuando nos sentábamos un poco para cose o descansar ya se enfadaba, además estaba muy nervioso porque a algunos familiares los habían fusilado y a otros metidos en la cárcel. El tiempo de más trabajo llegaba con las calores, en el verano, que todo el tiempo lo necesitaba las uvas, las pasas, los higos, los frutos, los bancales y por la tarde horas y horas con el *formalete* entre las piernas espulgando pasas. Estaba deseando casarme para no trabajar como un peón sin sueldo, salir del yugo de mi padre y de toda aquella soledad del cortijo.

En Enero del 39, faltando unos meses para que acabara aquella maldita guerra me dieron un disgusto de muerte, los nacionales, que ya hacías un par de años que habían entrado en Málaga, se llevaron al frente a mi novio con dieciocho años recién cumplidos, y estuvo seis años sin volver, y yo esperando desesperada sin poder casarme, desesperada en la espera. Mi madre siempre nos dijo a las hembras que cuidadito con los hombres que ellos solo buscan el goce de los instintos, no nos fuera a pasar como a Plácida Orgaz que Antonio Simón le hizo un crío sin estar casados y luego pasó lo que pasó.

Pasada la guerra el campo se puso muy malo por culpa de los bandoleros de la sierra y mi padre compró una casa en el barriarto de Frigiliana a donde nos fuimos a vivir, pasar del solitario cortijo al pueblo fue un cambio radical en nuestras vidas, entramos en la sociedad, mis hermanos se fueron casando tanto yo como mi hermana Salvadoras esperábamos que alguien nos rescatara de nuestros padres.

IX

El 6 de Julio de 1946, estando aquel verano de trabajo en el cortijo del Mayarían me liberé de mi padre o mejor decir que me casé, por fin, con mi novio y primo hermano, se pasó del Ejército a la Guardia Civil, nos casamos en Cómpeeta. Mi boda no fue nada

especial, casi desapercibida, nos fuimos hasta Cómpeeta en caballerías muy de madrugada, no llevaba yo un vestido blanco de organdil como el de mi hermana Virtudes que su novio le trajo la tela desde Tetuán, todavía recuerdo el frufrú del roce de la tela, en cambio, mi traje no fue blanco, sino de algodón y lana, chaqueta gris con botones y un moño para parecer más alta, ya que la diferencia de estatura con mi marido era y es muy considerable. Después de la guerra, vinieron unos años malos, la costumbre era la de casarse de madrugada e incluso de noche para que los invitados no perdieran un día de trabajo o no te asaltaran los bandoleros, de día solo se casaban los ricos y pudientes para poder enseñar el traje de bodas y el ajuar. A nosotros nos echaron las bendiciones de madrugada casi a las seis de la mañana. A mi marido le hubiera gustado casarse de Guardia Civil, pero en aquellos años, ir por los caminos vestido de guardia era muy peligroso por los bandoleros, lo hizo de paisano con el único traje que tenía. En aquellos años estaba la costumbre de que el hombre vistiera de pana, comprase un sombrero nuevo y una botas, las botas del casamiento, y algunos era la primera vez que metían los pies en algo de cuero tan molesto. Las mujeres recibíamos una pequeña dote y el ajuar que te haces tú misma en los duros años de soltería.

El día que iba para casarme, las vecinas chismosas de la Loma, Encarna y Rosario hablaban asomadas a una ventana no oía muy bien lo que decían pero estaba segura de adivinarlo: "Ahí va, fíjate quien va a casarse, si es Trinidad la de Emilio, y vienen en mulo desde la Acebuchal, ¡qué chiquita es!, si parece una niña, como se ríe de los años. Pero mujer, decía la otra, si es que es una cría, tienen veinticuatro años, el novio es un buen mozo alto como un Simón y Guardia Civil, aunque en cuanto se case se tienen que ir a Ciudad Real. ¿Tan lejos lo mandaron?. Yo no cambiaría el vivir en mi tierra por un hombre. Eso lo dices ahora pero si pillaras algo parecido a José ya veríamos. ¿Sabías que son primos hermanos? Esta gente de la Acebuchal son muy primitivos, solo se casan entre ellos. Algún día se van a casar entre hermanos, padre e hijas. No seas bestia Encarna que te tenían que meter la lengua por donde las chotas echan las cagarrutas"

Ni un clavel reventón, ni una mísera flor de las que crecen salvajes al borde de los caminos, ni una margarita o una de romero, pusieron en el altar de la iglesia de Cómpeeta el día que me casé. Ponerme colorada como un tomate me daba una rabia descomunal, las chicas bien educadas nos teníamos que poner rojas las mejillas en un acto de vergüenza o timidez, que tan bien se nos consideraba, pues el día de mi boda me prometí a mi misma no ponerme roja, pero en cuanto el cura me preguntó el si quieres a este hombre por esposo, se me subió la sangre a las mejillas a la nariz y a las orejas, cuando salí parecía yo una amapola, la única flor del altar. Fuimos a casa de mi hermano Emilio y allí me lavé el rostro con agua fría y todo el día el color de los tomates en las mejillas.

El convite se celebró al medio día en el cortijo del Mayarín. Mi suegro mató un cegajo, un macho cabrío joven, para eso era cabrero. Yo estaba muy nerviosa y no me acuerdo cómo lo prepararon. Creo que no comí de lo nerviosa que me encontraba,

tanto como la niña de Brígida que le daban ataques del demonio y le entraba una fuerza terrible, nadie sabía que era epilepsia. Por la tarde, cuando el convite terminó nos fuimos a dormir al cortijo de mis suegros, me daba mucha vergüenza dormir allí con mi marido, además mi suegro era tío mío, hermano de mi madre. Todos estaban pendiente de un ruido, de un suspiro o de un lamento. Los mozos, para no perder la tradición, nos dieron la murga por la ventana, cantando y chiflando. Por la mañana temprano, nos trajeron el desayuno a la cama: chocolate con rebanadas de pan frito, sería la única vez que he desayunado en la cama, ni estando mala, es lo más incómodo que se puede hacer. La comida del medio día que allí llamamos almuerzo fue un pavo con patadas guisadas, salsa de tomate y de postre arroz con leche. Después de comer nos fuimos muy contentos a mi cortijo a recoger mis cosas y despedirme a fin de mis padres y hermanos. Mi Salvadora se quedaba solita y lloró mucho cuando nos despedimos, no sé si por lástima o por que se quedaba sin ayuda, antes de doblar la loma dirección Torrox eché un vistazo a la alta chimenea encalada del cortijo, y allí desde la enramá se pusieron todos a decirme adiós con los pañuelos blancos de sus manos y chiflidos de cabreros. Llegamos la pensión de mi tía Emilia en Torrox, ya anocheado, pero con tiempo de dar una vuelta por la plaza acompañados de mi sobrina Emilia y de Salvador Villena. Salvador era un hombre muy abierto, nos convidó a un barquillo de helados, yo era la primera vez que me comía uno, los sacó de un bidón metálico forrado de corchos para conservar el frío. Mi marido que vestía el uniforme oliva no pudo comer helado, estaba prohibido por el reglamento dijo él con ciertas reservas, y siempre me preguntó que qué era lo que ese maldito Reglamento no prohibía. Al día siguiente marchamos para Málaga y a las doce del día nos montamos en el tren para Piedrabuena (Ciudad Real), en un viaje que duró dos días. No creí que España fuera tan grande, por muchos kilómetros que hacíamos nunca llegaba el final. ¿Pero a donde nos han mandado? le decía a mi marido sin idea de dónde estábamos, sin saber volver, con la orientación perdida. Tras no sé cuantas paradas, hicimos transbordo en manzanares, era media noche, en Manzanares nos pasamos la noche buscando un habitación, sin encontrarla, al final acabamos otra vez en la estación, esperando un tren que no llevara a Piedrabuena, todavía faltaban muchos kilómetros por encima de las vías, túneles, paradas, estaciones, pasajeros desconocidos y más traqueteos, por fin llegamos a nuestro destino a las cuatro de la tarde, mareados como quien baja de un barco, con calor del mes de Julio que quemaba las cosechas.

X

Mi luna de miel fue nuestro viaje a Piedrabuena. Dormimos aquella noche en calle Cristo nº 7 una casa que mi marido alquiló en el pueblo porque no había pabellones en el Cuartel de la Guardia Civil. A la mañana siguiente, fue horrible, llamaron a mi marido y se marchó de servicio contra los bandoleros al Destacamento de Arripa, a veinticinco kilómetros de distancia de Piedrabuena, parecerá increíble lo que voy a contar. Se pasó seis meses sin aparecer por

casa, venía a escondidas, aprovechando algún descuido de los superiores, jugándose el uniforme, en aquellos tiempos por una falta Camilo Alonso Vega, Director General, procedente del ejército había impuesto una disciplina espartana, inhumana, un tirano para los pobres guardias, pues por una tontería del servicio los expulsaba sin derechos pasivos. En los seis meses nos vimos una cuantas horas.

El 7 de Mayo de 1947 nació mi primer hijo al que le pusimos de nombre Ramón. En el parto fui asistida por las vecinas y una comadrona, mi marido estaba como siempre de servicio en algún control de carreteras, cuando nació le mandé aviso, estaba en el Destacamento de Téjar, a 35 kilómetros, cerca de la provincia de Badajoz, se vino andando acompañado de otro guardia que no quiso que viniera solo, uno que se llamaban Carrasco y era de su misma promisión de Guardias natural de Pedregalejo en Málaga. Cuando regresó de Téjar, mi marido pasó un mes en el Puesto de Piedrabuena, terminado este tiempo lo concentraron de nuevo en la localidad de Casas, estando en Casas hice un viaje a Ciudad Real con la hija del Sargento, cuando regresé a Piedrabuena me dijeron que mi marido había estado allí en una de sus escapadas y no lo pude ver hasta pasado meses, fue un disgusto que me hizo llorar y me acordé mucho de mi gente en el Mayarín, por culpa de un viaje no pude verlo, con las ganas que tenía yo de verlo siempre y de que viera al niño. Mi marido pasó muchas penalidades, y eso que no me contaba todo lo que le pasaba para que yo no me asustara.

El 22 de marzo de 1948 hice un viaje a Málaga con mi hijo Ramón, los dos solos, mi marido no tenía permiso, yo deseaba que mi gente conocieran al niño. Tomé el tren de Piedrabuena a Manzanares y como iba muy completo me senté sobre la maleta y mi niño en los brazos. Cuando llegué a Manzanares era de noche, hacía mucho frío, estaba yo en la estación del porche esperando el transbordo para el tren de Andalucía cuando empezó a llover, estaba asustada porque allí había muchos trasperlista y gitanos, tenía miedo por mi hijo, qué carilla de frío no me vería el jefe de estación que me hizo entrar en el salón de su oficina donde tenían una buena calefacción. Cuando llegó el tren, el jefe de estación, muy amable me ayudó a subir al tren con la maleta y el niño que no lo soltaba para nada. Las caras de la gente en el tren me descomponían, me parecían bandoleros, me miraban, era de noche, yo no me atrevía a hablar, tenía miedo, no fuera a ser que conocieran a mi marido que estaba pegando tiros en los montes de Ciudad Real, buscando bandoleros, era muy difícil que me relacionaran con él, si apenas habíamos estado juntos un par de meses en un año, pero mi imaginación me traicionaba y me mantenía despierta, no fuera a ser que si me dormía alguien me quitara al niño.

Llovía sin compasión sobre aquellas tierras resacas de La Mancha, tanta agua cayó que se derrumbó el puente ferroviario que pasaba por Córdoba y el tren tuvo que dar un rodeo por Jaén y Cabra. Cuando llegué a Málaga el coche de línea para Nérja se había marchado, y como en Málaga capital no tenía familia me qué en una pensión cerca de la Plaza de Arriola, estaba

muy cansada, el niño me tenía los brazos hechos polvo, allí me lleve un susto de muerte. Por la mañana no podía bajar la maleta y el niño a la vez, así que se lo dejé a la señora de la pensión mientras iba a dejar la maleta en la baca del coche de línea, cuando regresé no estaba la señora ni el niño, no sé lo que me entró, casi me mareo, no encontraba a la señora de la pensión, las piernas se me ponían de soga, no sabía para donde correr ni a quien preguntar, no hacía más que recordar a mi marido, por fin vi a la señora con el niño en brazos, había ido a otra habitación para atender a un cliente. Ya he dicho que fui muy asustona durante toda mi vida, por culpa de mis hermanos y de mi padre que me educaron en el miedo, la represión y el temor a Dios. Por fin llegué a Nerja y desde Nerja a Frigiliana en la alsiña de Mariano, hasta allí bajó mi suegro que poseía una mula roja. Cuando al fin me vi con los míos me pareció mentira que hubiera tenido el valor de hacer un viaje tan largo, y lo mal que lo estaba pasando allí sola en Piedrabuena.

XI

Sobre mi vida, diré que tuve siete partos y me viven cinco hijos. Dos varones y tres hembras. Tengo seis nietos.

Hace veinticinco años que pertenezco al movimiento religioso Familiar de San Juan de Avila, santo que nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) soy coordinadora y tengo magníficas compañeras. Para pertenecer a este movimiento tan solo se exige oír Misa todos los días y asistir a las reuniones de lunes y martes. He leído mucha religión, la Biblia, el Vaticano II y los Cuatro Evangelios. Pronto haré las bodas de Oro de casada, no me puedo quejar y mis dolencias son las propias de los años. He perdido la memoria inmediata a pesar de que me trata un geriatra, pero mi punto débil son las piernas.

27/ Como el sueño es nulo, la cama mala y la edad tampoco exige el sacrificio del decúbito prono por muchas horas, bajo la titilante y cobarde luz amarilla de un cantil empieza mi cuñado Antonio y mi mujer a relatar viejas historias de gente antigua habitantes de aquellas sierras extrañas a requerimiento de mi hijo Ramón que no deja de preguntar ni para de tomar notas con ansias de colección, con la codicia del perro que no quiere perder bocado ni que le quiten nada, sobre todo le interesan los problemas de faldas y amoríos al estilo dramático de Cumbre Borrascosas. Cuentan ellos (mi mujer y el tío) mano a mano, que empiezo yo que empiezas tú, interrumpiéndose uno a otro que Pastora Ruiz, la mujer de Gabino Onibag el hombre más rico del Mayarín, salía del cortijo Grande cada mañana con sus sombrero de paja y vestida de luto a dar un paseo hasta el collado de las pitas, donde la cubre deja ver el blanco de Nerja. Sí, ya sabes..., allí donde siempre crecen seis, siete o diez agaves, vigas de una madera fibrosa casi de palmera que no pesa nada, pero son resistentes al tiempo a los insectos y al peso, el mayor de toso los insectos carnívoros, por eso la gente de la Acebuchal las usábamos como vigas para techos de casas o cobertizos. A Pastora Ruiz nunca le acompañaba nadie en sus largos paseos matinales. No creas algunas veces le seguía un perro. Andaba erguida y muy, pero que muy orgullosa..., ¿No sería pa tanto?, todas lo somos. ... vestía de negro y

parecía la dama del dolor inútil, caminaba derecha como una viga, con paso ligero y armonioso, como abstraída en sus cavilaciones, solamente al cruzar por las piedras blancas, apartaba de vez en cuando los ojos del camino para dirigirlos brevemente a los mortales y a los hombres que desde la puerta de la taberna de Chaca Lola salían a verla pasar, a mirar su figura móvil con ojos obscenos de desnudados deseos. Así es como miran todos los hombres a las mujeres, con deseo asqueroso. Las otras mujeres llenaban sus ojos, ¿por qué no decirlo también, de envidia cochina? Mientras ellos hablan, pienso: *Los mozos de mi aldea y demás recua de ganado varonil, sin educación pensábamos para nuestros retorcidos adentros en una idealización de su desnudez, cómo quedaría en la alcoba al quitarse el camisón*. Guarros que sois unos guarros, diría mi mujer si me escuchara el pensamiento. Mientras el avaro de su marido Gabino Onibag estaría, seguramente, en la mesa del comedor haciendo cuentas y recuentos de su hacienda, deudores, y de la ambición de tener y más tener sin hartura, como si en la vida fuese sólo el dinero la única afición. Pero es que Gabino además de avaro tenía mal corazón, una vez que se enfadó su padre con él, y para vengarse de la regañina le dijo que me tiro por el tajo, (uno cerca del cortijo Grande) y se tiró pero amarrado por una cuerda a la cintura, el padre se llevó un susto de muerte, pero a la segunda vez que se lo hizo, ya lo esperaba, se fue tras el despeñado, lo subió de la cuerda a brazos vivos y le dio una buena paliza. Muy bien hecho, por malo. Desde entonces ya no se tiró más amarrado por la cuerda.

Todo el mundo, de aquella parte del mundo, saludaba con cortesía hipócrita a Pastora, los hombres quitándose el sombrero de palma sudada o la boina gastada... Yo pienso: *¿No haciendo como que se la quitaba en un acto de iniciar el saludo suficiente para entender que se le quería, y las mujeres también le preguntaban por sus hijos como un acto de cariño*. ...y así, siempre, durante todo los días de aquellos años sumergidos en un tiempo que parece que jamás existió. ¿A qué iba la Pastora por la Acebuchal? Pregunta Ramón. Ya verás. Muy fácil, como no trabajaba se sentía gordita y a pasear las carnes. Ya hubiesen querido las demás mujeres del lugar tener tiempo para hacer ejercicios matinales, y no otro que llevar una canasta de ropa sucia a la cabeza hasta el arroyo de la Acebuchal. Pastora era muy guapa, se peinaba con un gracioso sombrerito de palma cruda atado con un lazo blanco que contrastaba con el azabache de sus prendas que de tan guapa que se ponía le hacía uno sentirse a uno incómodo. Para vosotros los hombres, todas las mujeres de aquel valle son guapas, quizá porque se nos parecen.

Adriano Orgaz, el marido de Chacha Lola, cincuentón bien parecido, arriero de mundo, una persona que incluso mentiría para llamar la atención de sus vecinos, le hacía a Pastora un poco de desprecio y era, el muy bobo, el primero en salir a la puerta de la taberna a verla pasar con su vestido negro y su sombrerito crudo. ¡Calla! hermana que me interrumpes: El trabajo de Adriano era el de hacer viajes con la mula para proveer a la taberna de su mujer y pasarse el día rajando sin parar, echando baba blanca por la comisura de los labios, pero era hablador de más, no se cuidaba al criticar y exponer sus pareceres de quien el caía mal. Adriano Orgaz no era el tabernero, pues aquel cuchitril de seis metros cuadrados con tienda y estanco a la vez, lo llevaba su mujer, la verdadera tabernera de la Acebuchal. ¡Vaya! Que le gustaba poco el curro.

Y es que cuando Pastora pasaba por la única calle de la Acebuchal, a Adriano Orgaz la lengua se le movía como la cola de una chota para criticar, y todo por envidias, la gente decía que en la juventud Pastora lo despreció como pretendiente. No es que la gente lo dijera, es que fue verdad. Y tal vez esto le provocaban celos y envidias. Y es que una mujer no podía despreciar a un hombre, ni siquiera Pastora, la hija de Casimiro Ruiz, la más guapa de todo el lugar. Vaya..., que hasta los cantos rodados del camino se quedaban en reverencia dejándose pisar, Ji,ji,ji...

Evaristo el Feo enemigo encarnizado de Adriano Orgaz, muy mala leche tenía, le contó a Gabino, por la amistad que tenían desde la infancia y porque fueron quintos y sirvieron en el mismo Regimiento del Arsenal de la Carraca en Cádiz, que Pastora su mujer le estaba engañando con Adriano Orgaz. Y aquella aldea, que no era ni una cagada de mosca en un mapa, tenía la fatalidad de que cualquier crítica pasaba de boca en boca sin compasión, con esa mala costumbre de empezar diciendo, te voy a decir una cosa, pero no se la digas a nadie, y al otro día o esa misma tarde, todo el mundo lo sabía.

Así que una tarde de venganza, Gabino se acercó con su caballo hasta la loma de la Cruz Gitano camino de Frigiliana, lugar maldito y gris donde adivinabas que, si alguien te espera allí, era para hablar contigo muy en serio. Esperó muy paciente.... Eso muy paciente. ...a que regresara Adriano de una de sus compras para el abastecimiento de la taberna. Mientras llegaba Adriano, Gabino se sentó a comerse la merienda: cortaba el cerdo seco con una nava pequeña. Seguro que Gabino pensaba en lo que le iba a recriminar: Adriano, ¿es verdad que te acuestas con mi mujer?, y Adriano debería ponerse nervioso y a la defensiva, no, no es cierto, son habladurías, ya sabes como es la gente de mala. Pues ten cuidado con lo que se hablas, porque yo no tengo mucha paciencia.

Al fin llegó la hora y la realidad de Adriano montado en su mulo romo, Gabino lo frenó en seco cogiendo el cabestro del animal y le frenó, le hizo bajar. Parece que la conversación que tuvieron fue otra a la que pensó. Debíó ser así:

-Adriano he venido a matarte, lo que te voy a preguntar es duro, muy desagradable para mí, ¿es cierto que te acuestas con mi mujer?. –Imitando el tío Antonio la voz de Gabino-.

-Mejor será que se lo preguntes a ella, y lo que ella te diga será la verdad. –Imitando mi mujer la voz de Adriano-.

-No, yo quiero que tú me la digas, aquí y ahora, a solas como los hombres, sin que te escudes en la gente de la Acebuchal. –el tío Antonio.

-Tú eres un enfermo de los celos, vete a tu casa, te acuestas y duermes un poco el vino que llevas encima, que me das miedo con esa navaja. –Mi mujer-.

-Dímelo ahora, mira que tengo poca paciencia. –El tío Antonio-.

Ahora es cuando Adriano se sube en la mula y se quiere ir..

-No me des la espalda, que te estoy hablando y cuando un hombre te hable mírale a la cara. –Mi mujer-.

-Déjame ya de una puta vez. ¡Tú crees que ya a mis cincuenta años voy a ir cortejando a las mujeres de los demás!. Bastante tengo ya con tres mujeres de mi casa: mi madre, mi mujer y mi hija. – el tío Antonio-.

Y Gabino, ciego por la ira, sin querer, confesó después, que le acarició con la navaja en el estómago para impedirle que le diera la espalda, con la mala suerte de clavársela en una de esas venas digestivas, corte pequeña por

donde se desangraba tal cual odre pinchado por el pico de una espada, Adriano se echó las dos manos al vientre pero no había forma de contener aquella hemorragia.

-Me has matao Gabino, por una mentira, asesino.

Gabino subió a su caballo, convencido de que había hecha justicia de honor, cuando al mirar para atrás vio que Adriano Orgaz se desangraba, arrepentido se acercó hasta la encorvado figura del presunto difunto y lo montó en el caballo vinoso y tiró para Frigiliana a toda *priesa*, en la cuesta del Manchego se había desangrado Adrián como un choto degollado.

Cuando se enteró la Chacha Lola, viuda desconsolada, cogió un almocafre y se fue a recoger la sangre que se había empapado en la tierra, no quería que esa sangre fuera pisoteada. Y Gabino se fue directo al cuartel de la Guardia Civil para presentarse como autor del crimen. El abogado le aconsejó a Pastora Ruiz, que en el juicio oral, debía decir que efectivamente era amante de Adriano Orgaz, aunque no fuese verdad, porque matar en defensa del honor, la pena sería mucho menor, en aquellos años donde el adulterio estaba penado. Pastora que sólo había conocido a un hombre en su vida, su marido, se vio acosada por la familia de Gabino, y tuvo que mentir, y decir que efectivamente era la amante de Adriano Orgaz, tragándose las lágrimas como sapos. ¡Como si una mujer no tuviera honor que defender!, El honor es patrimonio sólo del varón. Como Pastora quería a Gabino de verdad, mintió al juez, diciendo que se veía con Adriano en un caserón viejo de la Acebuchal de Abajo. Testificó como se lo habían preparado y lloró lágrimas como piedras de molino sin orificios, pero los Orgaz no se lo perdonó nunca. Todo el sacrificio de Pastora para eximir a Gabino fue inútil. Pastora tuvo pena de cárcel por adulterio por varios meses.

Yo añado a la historia de Gabino que estando preventivo se fugó de la cárcel de Vélez Málaga y no volvió a saber nada de él hasta que muchos años después apareció muerto en calle Carretería con una puñalada bajera, signo evidente de una venganza, pero quién cumplió esa vendetta. La habladurías, el no mirarla, el escupir, y el desprecio fue la causa de que la dulce Pastora se marchara con sus hijos de los Mayarines a Málaga. Se quedó con el mote de Pastora la Adultera, nunca más su figura erguida con sombrero de palma cruda, vestida de luto se vio pasar por el collado de las pitas, y no hubo más alegrías matinales en aquella aldea perdida de la mano de Dios.

28/ Julio Orgaz, único hijo varón del difunto Adriano Orgaz y de Chacha Lola, juró sobre el cuerpo presente de su padre que algún día le vengaría con sangre de los Gabino, pero no pudo cumplir su venganza porque de joven se murió de una pulmonía, tan sólo podía cumplirse la obligación de la venganza en un varón de sangre materna, en este caso se pasó a un hijo de Plácida Orgaz. La pulmonía que mató a Julio Orgaz fue, según cuentas, a causa de su afición al aguardiente y, además, no sería solo por eso, también a las apuestas de carreras de mulos por la Ruta de la Miel, por ello, conocedor de sus cualidades en el arte de amaestrar mulos de carreras, no dejaba de proponer apuestas al arriero que cogía en la Ruta. Y su fama, del mejor corredor y, porque no decirlo, reventador de mulos en la Ruta sólo era comprable a la de mi primo José Antonio López el Corsario. En una apuesta entre los dos, con una tormenta larvada de invierno, el mulo de Julio cayó a un barranco, tal fue el agua que le cayó encima que no se recuperó jamás del enfriamiento y el aguardiente se encargó de calentarle

hasta que murió con la botella en la mano de un coma etílico. La verdad es que Julio Orgaz era uno de los arrieros de los que poco se podía aprender, era gente siempre cansada, bebedora y sin muchos conocimientos, salvo los de su trabajo, la de hacer dinero comprando y vendiendo, haciendo portes sin descanso. Del reto a una apuesta, nadie podía sustraer, pues se consideraba una cobardía el rehusarla, el retado tenía obligación de cumplir, en aquella caída retó nada más y nada menos que a mi primo el Corsario. En las playas de Torrox cogieron una carga de pulpos y almejas, salieron de madrugada a las cuatro de la mañana y, ya que llovía, la porfía consistía en que aquel llegara antes a los altos del puerto de Las Angustias (1600 metros de altitud) le daba al otro su carga de pulpos y almejas. Cuando pasaron por el Molino de Blas el barranco sonaba a agua nueva, por la Acebuchal iban agotadas las mulas, por las cuestas de Piedras Lisas, cerca de Calixto, parecía que José Antonio le adelantaba, Jesús le tiró a las espaldas el cabestro de la mula y le enganchó por el cuello, sin querer, como siempre, una broma mal dada y se cayó Julio contra una de las piedras blancas del precipicio, casi de mármol, Pedro Llanas hijo de Evaristo el Feo que pasaba por allí lo vio todo, y vio que era una carrera sucia como todas, luego se supo que la caída del mulo de Julio y el aguacero reventando los arroyos y sin aguariente, acabó con su vida en un par de meses.

Cuando mi cuñado Antonio, mi mujer y yo, con mi aportación de pensamientos, terminamos de contar la hazañas de Julio Orgaz, llega la hora del reblandeciendo del catre para meterme en ella y poner los ojos en el techo una noche más sobre las redondas vigas de pino atadas con sogas de esparto orientadas siempre de norte a sur, y sin embargo, mi Ramón insistía sobre la parte sucia de la vida humana y quería saber si en la Acebuchal hubo madres solteras... Mi mujer interrumpió y dijo que ya estaba bien de viejas historias de gente que no se podían defender, estaba cansada, le cambió el humor y aquí se acaba nuestra actuación teatral de una lamentable verdad, pero yo en la cama con mi insomnio caigo en la cuenta de que hubo una madre soltera, sería buena para contársela a mi hijo para mañana por si alguna vez le publican algo de lo que escribe por un editor inteligente, se desilusionó mucho cuando Pere Gimferrer le devolvió su libro “David ante Natán”, en la que le decía, entre otras cosa *que estaba notablemente bien escrito; que dudaba que la temática abordada pudiera interesar demasiado a los lectores..., sigue la carta, ...acaso otro libro, de distinta temática – y a poder ser, no tan breve- nos depararía una mejor oportunidad.* Luego el muy imbécil de mi hijo, en un arrebato de estupidez se enfadó con el crítico académico que le podía ayudar, todo novel necesita un crítico que le aconseje y guíe, sobre todo si es de la talla de este académico de la lengua que tanto sabe, y evidentemente la contestación no se dejó esperar: “muy enojado le veo a vd., pero por razones no siempre fundadas..., kan-kata-plan, chin pum, se acabó el epistolario, se apagó la luz editorial y una cruz en Seix Barral. Y eso que iba con recomendación del Jinete Polaco.

...y empezaron a referir la vida del bandolero Judas Orgaz, hijo de Plácida Orgaz, hija a la vez de Julio Orgaz el reventador de mulos, que es como sigue:

29/ Plácida Orgaz, nieta de Chacha Lola y Adriano Orgaz (mucho antes de que le mataran), tuvo un hijo natural de mi primo Antonio Simón el héroe de Nador, la embarazó antes de irse para desaparecer en Marruecos,

nació un hijo varón póstumo al que llamaban Judas por no llamarle directamente "Traidor" por darle un nombre como a una cosa que estorba, cuando le bautizaron a los catorce años, Don Teófilo el cura de Cómpea, se negó a ponerle ese nombre del apóstol traidor, no ya porque no figurara en el santoral, sino porque si se moría no le iban a admitir en el cielo, y no se salvaría del fuego eterno del infierno según está escrito en la verdad de los Evangelios. Tampoco querían ponerle el nombre del padre ni del abuelo, así que el cura le colocó el santo del día, sin más como una orden, que nadie recordaría después. Plácida, la hija que deshonró la casa de los Orgaz, no fue secuestrada por nueve meses en la cámara, como era de costumbre, cuando se supo que estaba embarazada, sino que al dar a luz sobre el año treinta se marchó a Madrid a trabajar de sirvienta en casa de un importante industrial y así mandar dinero para la educación de Judas, pues en aquellos lugares la vida de una madre soltera, a no ser que tuviera muchos olivos, lo tenía difícil, además, ella parecía resentida e incluso cualquier conversación de la gente, aunque no fuera sobre ella, creía siempre que hablaban de ella. El niño Judas marginado por su familia, y en espera de hacer algo heroico, se quedó en la Acebuchal, y a pesar de todo lo que decían de él, para mí era normal, sí, era hijo natural pero tan normal como nosotros los legítimos. Sin embargo, muchos años después, en Málaga, le llegó la hora de cumplir la venganza sagrada: la de matar a Gabino para vengar a su abuelo Adriano Orgaz, y le vieron cómo lo mataba con un cuchillo, unos hombres le persiguieron casi toda la noche por las calles del casco viejo, logró escapar y se marchó al monte con una partida de bandoleros o se dejó convencer que ellos eran guerrilleros contra el fascismo y contra el temible lobo del capitalismo. Estuvo en Cerro Lucero primero con el Terrible y con el Roberto, el Centurión, y con García Elena, éste último, recelaba de él y de todos, no se fiaba de ninguno. A partir de entonces, los Orgaz admitieron que Judas no merecía ese nombre y le llamaron como a él le hubiera gustado: Antonio Simón Orgaz. En aquellas sierras de luna de lobos y *llamazarena*, frío y berridos de cabras monteses en el celo de Noviembre, bandadas de grajos y el romero rebelde, el río Higuera y los saltos de agua, más las clases que recibió de ideología llegaron a convencerle, de que su puesta estaba con los guerrilleros. En incluso se cuenta de él que una noche junto a una cuadrilla le quitaron las mantas y el armamento a una partida de civiles que se quedó dormida en Cerro Verde. Y los guardias desarmados y sin mantas salieron corriendo cerro abajo, entre una nube de pedradas, por no matarlos que lo hubieran podido hacer. Era un valiente guerrillera cuyos conocimientos del terreno y de los vecinos de la Acebuchal y del Mayarín hacían de él un magnífico maquis, sabía quién disponía de dinero para prepararle un secuestro y a quién se le podía robar unas cabras para comer, o donde guardaban la comida los cortijeros. Aquellas partidas de guerrilleros acabaron con el comercio de la Ruta de la Miel entre Torrox, Frigiliana, Nerja y Granada, el puerto de las Angustias quedó cerrado y ya por allí no había quien pasara sí no dejaba su peaje mortal. Ello llevó a la Guardia Civil a impedir el paso de arrieros por aquella ruta. Pero los guerrilleros tenían que comer cada día, y a pesar del hambre no podían entregarse a los fascistas porque se llevarían sus huesos a un descarrilamiento de trenes. Aquel año se dejó venir una nevada en Navidad y se mantuvo hasta la mitad de Enero, los cerros quedaron cubiertas de caballos blancos, la nieve crecía como si deseara sepultarlos bajo la dentadura devoradora. Irritados bajaron los guerrilleros hasta el Cortijo Calixto, y allí, mejor abrigados por la

construcción, aguantaron hasta que se presentó Febrero sin morir de hambre gracias a la carne de montés y conejos, algunos cogieron escorbuto, desconocían que el hígado crudo tiene vitaminas, tal cual hacen los esquimales con el hígado de caribú, al fin y al cabo son cérvidos. Pero sabían que tenían que resistir convencidos de que algún día librarían pueblo de la opresión del dictador y de la esclavitud del capitalismo (Ideas por las que peleaban).

Antonio Simón Ortgaz, aunque los bandoleros para abreviar le seguían llamando Judas, se hizo de una escopeta de caza, una que tuvo oculta en un cobertizo, meses más tarde, allá por Mayo tuvo la mala suerte de pegarse un tiro en un pie mientras corría, se ve que el gatillo se le enganchó en una rama de pino y tropezó con ella sobre unas jaras, la escopeta soltó sus perdigones y se llevó media bota y tres dedos del pie derecho. No podía entregarse al médico del pueblo, y por ello, el Roberto mandó a secuestrar a Don Francisco Rivero el médico de Frigiliana, para que curara a Judas, que estuvo oculta en una calera de la Cuesta el Pedregal, al pie del Fuerte. Allí duró el tiempo de ser curado de urgencia, no mataron al médico por si les servía para otra vez, le pagaron con el dinero del secuestro de Pepe Banderas. El médico no quiso dinero, tan sólo que le dejaran marchar a Frigiliana vivo, juró no decir nada a los civiles, pero no pudo callarse y contó que lo habían secuestrado.

Cuando te colocan un apodo ya no hay forma de que te lo cambien, a Judas no le gustaba sus nombre y empezaron a llamarse El Cojo, así se quedó para siempre en lo anales de bandoleros. Lo cogieron muy pronto los civiles de Nerja, fue a la cárcel y estuvo el tiempo que tardó un Consejo de Guerra en ajusticiarle bajo el signo celestial de cinco fusiles en un paredón.

30/ La vida para aquellas gentes de la Acebuchal era más que dura, acerada diría, y si dura fue la vida de mi madre no menos la de mi padre que chiflaba mejor que hablaba, vivía gracias a la una puntilla de cabras, y ensayaba la honda acertando con los cantos a los machos en la mismas cuernas. Una noche una lechuza quieta como disecada en el hueco de un algarrobo le avisó de algo, de que algo iba a suceder esa noche. Contó los chivos que podía vender ese año, y con la que le dieran comprar unos pocos olivos en el Comendador para hacerse agricultor y dejar las cabras, porque del ganado (aunque se sacaba algún dinero con los quesos, la carne y la leche, las pieles, no las querían) no se podía vivir. El oficio de pastor es de lo más esclavo, el ganado necesita salir todos los días del ato, festivos y días de guardar, llueva, nieve o haga calor. La vida de mi padre fue la de un verdadero esclavo flagelado por su propia obligación, sin oportunidad de redimiese ni de rendirse, inseguridad de futuro y sin una jubilación como ahora que le libraré del trabajo. La lechuza le avisó aquella noche de mediados de Agosto que algo le pasaría, lluvia de estrellas le acompañaban, una piedra del cielo le cayó delante de él he hizo un boquete en el suelo, rodó una piedra y le rompió la tibia, se hizo unas parihuelas y llegó hasta la choza de verano de Lomas Llanas, y allí esperó a que yo llegara al día siguiente con la comida de una semana. Cuando se recuperó me enseñó la piedra caída del cielo, era negra y pesada, tenía la forma de una piedra de afilar y ese fue el uso que le dio en los años sucesivos hasta que se perdió la piedra y nadie sabe donde está ahora..

Después de la filoxera de 1878, se le temía mucho a cultivar viñas, vino la ruina, por eso se pensó en el olivo y los almendros. Y es que la

filoxera fue el desastre que hizo emigrar a muchos jornaleros a la Argentina, entre ellos a Joaquín Bernal de los Wenceslái, primo lejano de los Simones, que se instaló en Humahuca (Argentina) y no volvió jamás. Por eso mi padre no quería tierra de viñas, sino olivos y bancales de cañas de azúcar que fue la salvación de algunos agricultores. El pastoreo también fue difícil porque aquellas sierras de Frigiliana, un latifundio de 2.500 Hectárea era propiedad de la Sociedad de los de la Torre S.A, desde que en 1928 la compraron al duque de Fernán Núñez D. Manuel Falcó Alvarez, descendientes del primer duque de Frigiliana D. Iñigo Manrique de Lara (el segundo apellido de mi padre era Lara, casualidades de la vida). Los de La Torre, una familia burguesa de Frigiliana tenían dos trapiches de azúcar, melazas y la miel de caña, la Tahona del Zacatín, fábricas de harina y protegían su masa forestal de montes-pinos carrascos férreamente para tener combustible que nutriera los hornos de sus trapiches, y además madera para envases de las cajas de pasas Pero mi padre con una banda de cuernos que cubría la sierra, era él único pastor autorizado, tenía contento al guarda porque le reglaba quesos y un choto al año.

Las gentes de la Acebuchal sufrieron desgracias, persecuciones y luto durante los diez años que estuvieron los bandoleros en la sierra desde el 1942 al 52. La gente empezó a practicar la magia blanca porque la religión no les daba lo que pedían, la prima Eloisa la de Botana con sus supersticiones increíbles predijo un año de nieves; Marta Gurrina adivinó en la sangre de una gallina la desgracia de Adriano Orgaz; La Chaca Lola fue la primera que predijo, ante la tumba de un guardia civil, que si no nos íbamos de la Acebuchal nos matarían a todos por rojos colaboradores de los bandoleros; El Chaco José se marchó a México con los puestos; Evaristo el Feo se murió de una rara enfermedad convertido en un insecto; la tía Manuela, la que alquilaba una habitación, se quedó ciega de comer sapos. Otros predijeron que en los años bisiestos siempre pasaba alguna tragedia, los más viejos que cuando los grajos llegan hasta los bancales para llevarse las mazorcas de maíz es que son malos años, otros que cuando no llueve los cuerpos se ponen muy nerviosos, otros que cuando los garbanzos florecen en diciembre eran años de mas agüero, y las trampas de los pájaros saltan solas. La gente se marchó de la Acebuchal, uno se fueron a Torrox, otros a Competa o Frigiliana, así fue como se despobló mi aldea querida.

31/ -¿Cómo era aquella historia que contaban del Chacho José con la hija de los Larios de Málaga?, preguntó mi hijo Ramón, y mi mujer, que parecía desear narrarla, la contó en la parte que ella sabía, mientras yo decidí salir a orinar, porque aquella historia de finales del siglo XIX la había oído yo ya muchas veces de mi madre, y resulta que José Fernández (Chaco José), abuelo paterno de mi mujer, flirteó con una hija de los marqueses de Larios. No se preocupen y no traten de descifrar el jeroglífico familiar, para encontrar a este familiar me valgo yo de un esquema genealógico, es imposible enterarse sin un plano. El Chacho José era un hombre muy guapo, moreno como un árabe y el más alta de la Acebuchal medía casi dos metros, un gigante teniendo en cuenta la media de enanos que había en España en aquella época, y además estaba bien proporcionado, todo un ejemplar de Simón del que todo estamos muy orgullosos. Algunos achacan la altura de esta familia a la abundancia de leche de cabra en la alimentación de almendras, pasas e higos. El Chaco José fue en una ocasión a Málaga para representar los vinos de Cómpera en

una feria Internacional, hablamos de finales del XIX, y la hija de uno de los marqueses de Larios, que lo vio tan guapo, quedó que le escribía cartas. Pero el muy tonto no estaba muy ilustrado, ni interesado para engatusar a malagueñas millonarias, hoy en día seríamos todos marqueses. Con lo fácil que le hubiese sido tirarle los tejos en los jardines colgantes de Puertas Oscura a la luz de la Luna mora, con ese biznaguero irresistible que te pone el perfume en le corazón, el aliento del mar en las orejas y una gitana que te echa la buena ventura. Pero su alma de campesino, y su poca instrucción podían más que él, y eso que Doña Margarita Larios, vino una vez a verlo a la Acebuchal con unos amigos con la excusa de cazar monteses con el marqués de las Almenas de Jayena y preguntó por José, y el muy tonto, que nunca se lo perdonaremos, desertó de una recua de arrieros que tenían que llevar a los señores hasta el Cortijo Limán por varios días. Con lo fácil que hubiese sido llevarla a la misma Luna del Almedrón donde las verdades de este mundo no tienen importancia con la maravilla del paisaje, y allí, contra las pulidas rocas del fósil glaciario, sí que no se escapa. La señorita Margarita Larios que no era un primor de mujer, ni una rosa de los vientos ni tampoco un parche en una rosa, pero tenía mucho dinero, fortuna comparada a los Heredia (metalurgia y textil). Y es que los Larios eran propietarios de casi todos los trapiches de la costa malagueña Torre del Mar, Nerja, Vélez Málaga, menos los de Frigiliana que no se los vendieron, donde un cultivo tropical de cañas de azúcar hacía la mejor melaza del mundo, no se puede comparar la azúcar de remolacha con la de la caña de azúcar. Los Larios hicieron fortuna también con el alcohol de caña y su famoso Gyn o Ginebra.

La señorita Margarita Larios se presentó en la Acebuchal subida a lomos de un caballo negro nervioso, montando a la jineta estilo no recomendado de aquellos lugares de quebrados de montería, sin embargo, la prestancia de aquella señorita blanca, intacta a las garras del sol de mayo, protegida con un sombrerito de paja entre el amarillo de Nápoles y el amarillo de cromo, filtraba sobre su cara una difusa sombra de un cuadro impresionista de un Sorolla o un Monet. Los niños al verla llegar a la taberna de Chacha Lola le pusieron el mote de la mujer amarilla. Se había hecho invitar por el hijo del marqués de Jayena, pretendiente frustrado de mi madre, que nunca había llegado tan abajo, porque sus tierras se extendían entre Jayena y Agrón en Granada en el mismo límite de provincias donde se abre una vega de tierras planas como un naipe. También les acompañaba Dolores la mujer de Don Sebastián de la Torre, gerente del ingenio de miel de Frigiliana, y una corte de peones con tres mulas y el equipaje de la señorita en dos baúles de madera de cerezo con adornos de marfil, rifles enfundados de culatas de nogal, tiendas de acampar y toda clase de mejoras para una vida cómoda en la abrupta e inhóspita sierra para gente gorda (ricos). Buscaban, cómo no, a nuestro Chacho Pepe, el hombre más apuesto jamás conocido, un auténtico Rodolfo Valentino que sería el guía y los podría llevar hasta donde las manteses se ven mover la orejas a cincuenta metros. Pero el Rodolfo de la Ajarquía, tímido, campesino y pastor, tuvo miedo de la dama y se fue hasta el Cerro del Cisne, un cerro inexpugnable, invencible, agreste, recio y rocoso, adonde acudía algunas veces para despejarse del acoso de las mujeres de la región.

La señorita Margarita Larios se vio muy contrariada al no verlo como guía, tanto que la cacería de monteses se suspendió. Eran cacerías que dejaban dinero a los arrieros y peones, se pasaban una semana y pagaban

cinco duros por día a cada hombre, más comida y derecho a carne de montés. Ellos, los señoritos, tan sólo querían los trofeos, con los cuernos se bastaban. Se marchó la señorita por la curva de la loma de Cruz Gitano y no regresó jamás, y el muy tonto de José se quedó a allí limpiando corrales, vendiendo estiércol o basto y aguantando las risas de las mozas que se burlaban de él por su timidez, hay que ser tonto pero hasta cierto punto. Menos mal que se marchó a México donde dicen que hizo fortuna con el alcohol.

32/ Empecé a oler a tabaco, alguien había encendido un cigarro, el tío Antonio no podía ser porque a sus ochenta y tres años el tabaco lo dejó a él, tenía que ser mi hijo Ramón, que por cierto tampoco fumaba, así que me levanté para comprobarlo, y pude saber que mi hijo había encontrado una antigua petaca de piel repujada con tabaco viejo picado dentro y estaba prendiéndole fuego sobre un plato, para averiguar si todavía ardía y, en un instante, con la memoria de la nariz retorné al bancal de mi padre, bajo la fuente de los eucaliptos, la de los Peñoncillos, donde camuflada entre las hortalizas cultivaba una furtiva plantación de tabaco para uso personal, diez plantas, el tabaco era un producto estancado y no se podía cultivar sin licencias o permisos, pero él lo cultivaba clandestinamente, además nadie conocía aquella planta de hojas tan grandes. Deshojaba la planta, secaba y picaba tabaco, después lo metía en su petaca y liaba un cigarro con una tranquilidad de minutos, podía ser que ofreciera la petaca a alguien pero con la intención de que opinaran bien sobre su cosecha de tabaco, de la que se sentía tan orgulloso como de sus cabras blancas. Dejaba que la ceniza se fuera cayendo sola porque aseguraba que la cecina era la crema del tabaco. Cuando una estaca de tabaco le llegaba a la boca la chupaba y después la escupía sobre la lumbre y se ponía a contar historias que le habían pasado a él y a su familia o cuando a los vecinos de los pueblos cercanos. La vez que más disfruté ofreciendo tabaco, fue la vez que ofreció la petaca al Cabo Comandante de Puesto de Cómpea, el “Botafumeiro”, un gallego curado en la guerra civil y hecho en Teruel contra los maquis, el protagonista del desagradable suceso del Cruce de la Guarra. Cuando aquella petaca de tabaco clandestino cayó en sus manos, todos los hombres de la taberna de Chaca Lola se quedaron callados, mudos, como de plomo, esperando que se diera cuenta del tabaco clandestino. Mi padre se la ofreció a propósito para ver si notaba la diferencia del que venía de Gibraltar, convencido de que era un tabaquero tan bueno como el profesional de la Tabacalera. Era una prueba de veneno: si te pasas te matas, si no llegas te limpia y te sana. Oloró Don Ellas la petaca, metió la uña, que era blanca como una almendra pelada, empezó a escarbar, estaba prensado como una pastilla auténtica, y al mirar a los demás y a su guardia, auxiliar de pareja, que permanecían expectantes volvió a olerla como un conejo tras una serraña, y es que las alas de su nariz eran amplias y tenía la facilidad de moverlas a su antojo. Esta vez le supo tan bien que protestó: "Este es de Gibraltar, esto es contrabando, te tendría que denunciar Antonio, pero quién se puede rebelar contra la mano de callos que ofrece tabaco... Silencios que duraban demasiado, y menos mal que el guardia auxiliar de pareja haber que yo lo huelo, esta es mixto, tabaco, patatas y rabos de pasas. Mi padre casi estaba a punto de confesar su plantación clandestina y exponerse a la multa ante aquel insulto, ni tanto ni tan corto. Pero Dolores, más larga que la sogá de Evaristo, que llevaba ya dos años haciéndola para bajar a la sima de la Acebuchal, salió al

quite pruebe este vinillo de la viña de Casimiro, el mejor vino dulce del mundo, Don Elías, esto es mistela, lo mejor de hogaño, dicen los hombres que espanta a los demonios. Y así fue como la mujer con sus faldas, quitó cáscara amarga a una situación que de ser manejada por inexpertos hubiera acabado en sanción. Luego, llegaron unos chiquillos diciendo que habían escuchado unas tiros en la sierra, y los civiles se fueron con sus caballos de pelo amenchonado y a medio comerse la paja que había traído Baldomero el Rico, pero con los cigarros encendidos.

Cuando yo era chaval no había televisión ni radio ni nada que distrajera una hora del trabajo y, sin embargo, sobrevivíamos, así que después de encerrar las cabras en el corral mi padre se ponía a contar acertijos que había oído, anécdotas de la familia o la vida del héroe de Nador, que de tanto repetirla yo la aprendí punto por punto o la vida de Pastora y de Gabino, el cuento de la mosca que sabía hablar o la del secuestro de Pepe Banderas. No paraba de contar, era un libro de cuentos e historias, una alegría, y sabía interesar tanto o mejor como mi primo José Antonio López el arriero. Nadie sabía distraer tanto y tan ameno como aquellos hombres antiguos, tal vez era la costumbre del relatar o el afán de hacer entender o las ganas de ser oídos o de esperar de los oyentes un silencio perpetuo. Los hermanos, e incluso mi madre, mientras hacía la cena: pucheros con pimientos crudos, potajes, lentejas o arroz con bacalao, escuchan con atención, con esa atención casi de mochuelo en el olivo.

Mi padre, un héroe de carne y hueso, había nacido en 1882 en la Acebuchal, término municipal de Cómputa, hizo el servicio militar en Cádiz a primeros de siglo en el 1910. Su deseo fue siempre el de tener muchos hijos para que le trabajasen y poder vivir de los hijos. Un hijo que venía con un pan debajo del brazo, y un pastorcillo más. Tuvo dos esposas: Ana y Dolores y diez hijos, un servidor el quinto de su manada. Decía mi padre que yo tendría suerte en la vida y gracia para curar las verrugas de las manos con el enebro, arte que heredamos no se sabe desde cuando, porque el quinto hijo siempre es el que hereda esta gracia o don. Pero como me fui a la Guardia Civil, me castigó con no revelarme el secreto de curar la verrugas, y además se vengó de mí diciéndole a toda la gente que me había ido al Cuerpo por vago, su venganza por perder un peón muy valiosa. Así que el secreto pasó a mi hermano menor Antonio. Una vez le pedí dinero a mi padre para comprarme un reloj, y él me respondió muy serio "cuando lo ganes", como si yo no lo hubiera ya ganado a mis diecisiete años trabajando de sol a sol en el campo y con las cabras a su servicio. Años después cuando ingresé en la Guardia Civil con el primer sueldo me compré un reloj de pulsera, "padre mire usted que reloj, con mi dinero", se le quedó la boca cerrada como un perdedor en una mano a la Brisca, esperando barajar de nueva para recuperarse, y no fue capaz de echar los ojos sobre el reloj, esa caja de horas para encerrar el tiempo.

33/ Al poco de meterme entre las sábanas de los sueños imprevistos, el azar de los sueños (rezamos como una súplica para tener sueños agradables), se acuesta mi mujer, cuerpo que en otro tiempo fue cercando de caricias, que me dio cinco hijos vivos, uno que murió a los pocos días de nacer porque se lo sacaron con tenazas de hierro y dos abortos, cuerpo de amor que tanto deseé abrazar en las ausencias de las largas noches de servicio fiel al Cuerpo, una veces en la frontera, otros en la soledad de los campos, en las playas o en las garitas del puerto, cuerpo de mujer al que le

ha atacado la vejez, convertido en arrugas de iguana, bella forma de advertir de lo evidente, que ha perdido mucha memoria, pero sin la que yo no podría vivir. De ella no puedo quejarme, descuidos de memoria algunas veces, más veces de lo normal, pese a todo nos peleamos por nimiedades, como lo de dejar gotitas de orines en el suelo cuando hago uso del inodoro, males de la próstata perezosa y de la incontinencia; se queja de que antes de ponerme una camisa limpia ya me la he manchado; que no la escucho; que como demasiado y no me va para el azúcar en sangre; que si no le digo nada cuando llaman por teléfono; que..., no sé cuantos reproches domésticos más.

"Me la tenía que haber comido cuando lo pensé en su día, ahora es tarde, tiene la piel muy reseca", decía mi amigo Gil respeto de Ginesa, su mujer, un antiguo compañero de fatigas civiles, el cual sufría de ataques de ganas por comer y, la fiel Ginesa lo llevaba a estricto régimen de verduras, y cuando se enfadaba con ella me decía Fernández, cualquier día me la como y me lo decía convencido de que el canibalismo sería lo más acertado para demostrar su total amor por ella, ¿qué mejor demostración de amor que comerse a su amante y saborear cada órgano?.

Mi mujer tiene setenta y tres años, sabe de hogar más que ninguna otra mujer, es muy limpia y se merece estar doctorada en labores domésticas y tener una paga por la Administración, que ya cobra de las no contributivas, y como es muy religiosa cada vez que se mete en la cama reza tres Avemarías y un Credo, pero lo hace en voz alta y me despierta, dice que si lo reza mentalmente no puede ahuyentar a los demonios de debajo de su cama, pues asegura que si no le pide a los ángeles que expulsen los demonios de debajo de su cama, por la mañana en cuanto ponga los pie en el suelo, dos manos calientes le cogerán de las pantorrillas y no la dejarán levantar.

La sala o dormitorio del cortijo continuaba en muy primitivas condiciones de comodidad, casi como cuando la utilizaban los abuelos, el somier de la cama de hierro sonaba a cada vuelta, el colchón sigue siendo de palma picada, las ventanas siguen sin cristales, y como no hay cuarto de aseo debajo de la cama colocamos una bacina o escupidera para no tener que salir a la cuadra. Como no hay luz eléctrica dejamos encendida una mariposa con un chorreón de aceite de oliva que se proyecta en la pared con figuras chinescas al vaivén de la llama juguetona por el vientecillo de la ventana huérfana de cristales. La luz eléctrica se quedó en Frigiliana y de allí no pasó para nuestra aldea, a primeros de siglo costó su instalación 950 pesetas. Mi hijo Ramón se ha acomodado en un camastro en la misma habitación en la que dormimos mi mujer y yo, él es joven y duerme.

Dormido no sé por cuanto tiempo, pocas horas creo, me despierta de madrugada la tormenta del 25 de junio de 1995, todo el mundo lo recordará porque incluso hubo inundaciones en Madrid y en Úbeda, en la Sierra de Magina tierra de mí admirado escritor Muñoz Molina, aunque él vive en Madrid. Luego se deja caer la lluvia como la alegría de un familiar cuando llega a tu casa al que tienes deseos de verle y también cuando se va, agua como rociada por una manguera sobre aquellas piedras negras de pizarras que todo lo absorbe, se dejaba oír el agua sobre la azotea y los paseros ausentes de uvas pasas, no era tiempo, las uvas moscateles se vendimian sobre mediados de Agosto y casi en Septiembre, pero se oye cómo rompen a llorar las yemas de los bojales o los perezosos helechos. La ventana empieza a dar golpes por la mano de la tormenta invisible, me levanto

porque entra agua y mi mujer dice que tenía frío. No sé qué hora es. La luz de la lamparilla de aceite se ha apagado. Se huele a tierra mojada como un pastel rociado por licores exóticos. Los perros labran a los rayos. Es sin duda la bendición de la Virgen Milagrosa a la que le habíamos hecho ayer su Misa en el Cortijo del Pino y sacada en procesión durante la mañana anterior. En estas tierras de secano nada se espera tanto ni da tanta alegría como ver llover. Mi hijo no dejó de dar vueltas toda la noche, y ahora que llovía de forma espectacular, parecía dormido, se estaba perdiendo lo mejor de las primeras aguas acompañada de viento. Cuando despertó se le ocurrió la parida de que la difunta tita Dolores se había acordado de nosotros y nos mandaba lluvia en una forma de diálogo lloroso, agradecida por el rosario de la noche anterior. Regresaban las antiguas costumbres de que los muertos viven en comunión con los vivos, vuelve el desaparecido Antonio Simón, el abuelo Miguel, y por puro miedo me puse a rezar para pensar en otra cosa. Son las cinco de la mañana según el reloj mecánico de mi muñeca, había perdido la costumbre de adivinar la hora por la luz del amanecer, las estrellas o el canto de los gallos, y permanecer en la cama mientras llueve es un gran placer, de los grandes placeres olvidados en la cotidiana vida, antiguamente en cuanto caían dos gotas había que levantarse como un rayo tierra-aire, bien para echar los paseros, recoger las herramientas dejadas en la calle o mirar si el ganado estaba tranquilo en el aprisco o el corral no se nos inundaba..

Me levanto en calzoncillos para asomarme a la puerta del cortijo, no veo un escalón y me doy el zarpazo número veinte de los que me di aquel ayer, y me levanto la uña del pie derecho, porque yo siempre empiezo con el pie derecho aunque ahora me he debido equivocar, ahora lo tengo para mandarlo al podólogo o a la curandera de la tía Evangelina si viviera y te lo curaba todo con un rezo, una hierba y una perra gorda que le dabas; mas la lluvia cae sobre el toldo de la enramá haciendo cóncavas bolsas de agua preñada; me asomo para meter el dedo en un charco milagroso que me quite el dolor, la mañana se retrasa, está muy oscuro, le niebla ocupa el valle del Mayarín espesa y tupida como andar entre ropas mojadas de un tendedero, el olor es nutriente a plancton en el aire y no se ve el cortijo de los Almendros ni la Coscoja, el goteo continuo tan intenso que no me dejaba escuchar otros ruidos, la respiración de la tierra, los pájaros, el ladrido de los perro, es un momento que requiere pensar en la levedad del ser, no en la de Kunderas y, cercado por la memoria de otros tiempos cuando llovía de verdad, me acuesto otra vez como un niño pequeño lleno de viejas tormentas en la memoria de mi mar agitado de oleajes fósiles del tiempo en que todo el techo era el cielo resentido de nubes, la escorrentía del Fuerte en la Cruz Gitano, el barranco creciendo provocando temor, los árboles arrancados de su raíz, los cerdos moribundo, la nube, aquella nube que provocó del exilio.

Mi hijo habla de su coche averiado cerca del Ventorrillo con el temor de caérsele por el carril si cede el balate que lo sustenta, piensa que va a ver el coche al barranco, su imaginación le provoca grandes temores, le quito de la cabeza las ganas de ir a verlo con el agua que está cayendo.

Llueve mansamente con la lentitud del mulo mientras tira del arado o cuando mastica un manojo de alfalfa, siempre llueve por compromiso, porque los cielos tienen un deber que cumplir en ciertos meses del año, pero nunca en este mes de Junio, llueve como las parras echan pámpanos y uvas, porque no se pueden aguantar, llueve como si las guitarras se lo pidieran,

como si las zambombas rezaran para que el cielo retumbe y suelte su brebaje, llueve con amor propio, difuminando la niebla del paisaje invisible, escondida entre los pinos del Fuerte como faunos tímidos, lamiendo las hojas de las adelfas, de los romeros, de los algarrobos, de los cuernos de las monteses, de las zarzas de los cielos, el pecho de la sierra, cayendo sobre la azoteas de las casas como bendición de aljibe, rozando el arroyo. Las nubes son como grandes ubres de cabras celestiales que ordeñan las sierras, que se dejan bañar por el hisopo divino. El aullido de un rayo dobló la cabeza del gran pino sagrado. No hay nada que me alegre tanto como ver llover. Un diálogo con los cielos. Estas Sierras otorga fortaleza a quien lo habita.

Una madrugada parecida a ésta de lluvia piadosa, trasnochada en el tiempo, en aquel tiempo parado en que vivíamos en la Acebuchal bajo el misterio y la superstición, unas zorras se metieron en el corral de Evaristo el Feo, mataron a los conejos y pollos, y solo se llevaron a la Pinta, una gallina minina muy laboriosa en eso de parir huevos de esos de cáscara de chocolate, muy bueno para hacer la alquimia de la mahonesa del gazpachuelo y el ajoaceite. ¿Serían las mismas zorras que entró en el corral de Paco Capilla? Los conejos graciosamente tendidos se quedaron sin un entierro decente en una olla de arroz, porque las zorras les habían hincado el diente de zarza y nadie sabe qué enfermedad puede dejar una zorra en la boca que es carroñera y se come todo bicho que se le ponga al alcance. A pesar de la lluvia, se formó una batida con muchos hombres para buscar a las alimañas delincuentes, con la intención inequívoca de poder acabar con ellas, de exterminarlas, aunque se escondiera en el sobaco del mismo demonio. Se ayudaron de los perros y de la escopeta de Adriano Orgaz, Baldomero el de la Enciclopedia, Diego el Bigotes, y mi tío Miguel Simón, más bestia que un erizo, sacó la “sarracena” un alfanje moro largo y corvo que se había encontrado en el Comendador para casos especiales que usaba como machete para cortar la vegetación y que no sabe desde cuando estaba en casa, mi padre con la honda tenía bastante y no quiso sacar la lanza, y por supuesto Evaristo el Feo, el dueño del corral que previamente había sacado aguardiente matarratas para animar la montería, y además dijo que tirarían sin miedo con posta de rey que él pagaba los cartuchos, porque sospechaba que Adriano Orgaz no iba a desperdiciar un cartucho suyo sobre algo de pelo que no fuera comestible, porque la munición estaba muy cara, además él recargaba sus propios cartuchos con pólvora negra y perdigones que medía en una balanza, a los instalaba un pistón nuevo, tantas veces usaba el cartucho de cartón que ya no tenían color de fábrica. Si las zorras supieran cómo se las gastaba Evaristo el Feo no se hubieran atrevido a entrar en su corral. Una vez atrapó una de las alimañas con un lazo y la desolló viva, pegando chillidos se le revolvió el salvaje animal y le quería morder, pero antes de matarla le hizo comer su propio rabo. Más bruto que Julio el del cortijo el Daire, que para ahorrarse una mula llevaba el arado al hombro y araba él solo los bancales de avellanos. Al fin hallaron una zorrera que sospechaban que fuera el refugio de las ladronas, prendieron fuego en la boca y aventaron el humo dirección al hueco, las zorras no salieron o debieron escapar por otra madriguera o prefirieron asfixiarse y morir de una forma numantina, aunque ellas no supieran de heroicidades. Al final de la batida, los perseguidores estaban mojados de lluvia por fuera y aguardiente por dentro, lo que habían cogido era media pea por no decir una entera, y se pasaron el día jugando al tute en casa de Evaristo, mientras su mujer freía media matanza, de aquel lomo en manteca colorá y orégano de

la orza de cerámica granaina que guardaba en la cámara, y ofrecía siempre a las visitas, ofrecía pero no daba. Cuando se mataba a una zorra o una jineta la costumbre era colgar el cadáver del rabo en un pino de la Sierra hasta se que pudriera como escarmiento a las demás alimañas y no se acercaran a aquella aldea de feroces personas, la misma costumbre tenía Almazor de colocar las cabezas de los enemigos en las picas y pasearlas por los pueblos en señal de terror para aquellos que se atrevieran a la rebeldía. Pero si era un lobo el animal abatido, el alcalde daba una recompensa de cinco duros, yo los oí en la Sierra pero vi a ninguno.

34/ Sigue lloviendo, el perro *Turco* se asusta de un trueno cercano que traspasa el aire, encabritado, invisible, seco, no está acostumbrado a que le ladren tan fuerte desde los cielos invertidos, quiere entrar en el cortijo y para avisarnos de sus intenciones arañar la puerta y como un artista de teatro, llora o grita sin ladrar, se ríe o se enfada, le vendría bien una ducha naturalista, pero el can insiste en entrar, el tío Antonio no sabe aplaudir su actuación y le grita ¡fuera... *chucho*...!, convencido de que si entra se sacudirá el agua que tiene en el pelo dentro del cortijo como es de su costumbre moverse de forma centrífuga desde la cabeza y acabar por el trasero y la cola como propina, es una escena parecida a quien el entra un temblor de nervios, un terele. Sigue lloviendo y el agua se acumula en el terrado que recoge al agua por una cañería y la lleva al aljibe de veinte mil litros de capacidad, situado en lo que eran antiguos paseros. El tío Antonio se levanta y sale a la calle con una pelliza sobre la cabeza para impedir que las primeras aguas vayan directamente al aljibe, las primeras siempre arrastran suciedad por la acumulación de polvo, cagaditas de pájaros a las que llamábamos palominas o *abonitos*. El tío Antonio, pese a sus muchos años, se preocupa por el cortijo como si lo acabara de comprar, es suerte o herencia de su padre y de la parte que le vendimos nosotros, y cuando regresa de mirar el aljibe, el *Turco* se ha colado en el cortijo con diez litros de agua en el pelo, el tío quiere que salga por las buenas o por las malas, el animal se niega a marcharse aunque le peguen, no obedece, corretea como una liebre delante de los galgos, vueltas por aquí y por allá, regatea, asusamientos y voces, lame nuestros pies para convencernos o que estemos de su parte y le dejemos allí dentro en contra de la decisión del tío, es listo, busca apoyos, al fin nos convence e intercedemos a su favor para que lo deje dentro al calor del hogar, y el muy tonto como agradecimiento, comete el gran error, su perdición: nos rocía la mierda de suciedad de sus pelos chorreando en un temblor centrífugo, se gana que lo echen otra vez afuera. No debemos tomarnos la confianza enseguida.

Mi hijo enciende la chimenea de cepas y sarmientos del año pasado con la yesca de una aulaga seca, no sabe encender fuego, se le apaga, lo suyo es el gas butano, parece fácil encender con la leña húmeda, tiene su ciencia, aquí no hay gas butano ni luz eléctrica, le ayudo con un chorreón de aceite sobre papel de periódicos, y prende enseguida, *así cualquiera*, me dice casi enfadado, esto es como el huevo de Colón. ¡*Ah amigo!*, *así es la vida*, le sentencio encogiéndome de hombros, *el que sabe, sabe*... Nace un fuego en el corazón de la chimenea muy grande como para calentar todos los cortijos del Mayarín y luego se queda una brasa anaranjada digna de asar unas tostadas de pan cateto y calentar la leche. Ha explotado el día, pero el día está oscuro y llueve casi de rodillas, o llueve porque está oscuro,

no lo sé. El fuego es la idea que lo enciende todo, la civilización del fuego, pero mi hijo se deja de filosofías y se mete una rebanada de filosofía pura, no de Kant en la capacidad cognitiva del hombre, sino de pan cateto con chorreón de aceite de oliva y un ajo refregado, el mejor aceite del mundo es el de Frigiliana, menos acidez que el de Jaén, se calienta un cacillo metálico de esos colorados de agua a la que le echa su leche condensada y un poco de descafeinado para que le galopée por dentro, también se oye que el mejor aceite es el de Mondrón o Periana, según mi yerno Paco, axárquico de honor. El *Turco* se acerca nuevamente al fuego disimuladamente, desobedeciendo y desentendiéndose de la bronca del tío sin un pelo de tonto en la cabeza que espera desayunar y está sentado cerca de las llamas que juegan entre ellas a la danza de los siete velos, la yema de la llama violácea se contornea como una danzarina oriental, los tirabuzones amarillos, la cintura con su zafiro en el ombligo, la ancestral contemplación del fuego que no cansa a los admirados ojos de un recuerdo primitivo, tal vez olvidado, y por fin el humo civilizador que sale por la chimenea tieso como un chopo gris que indica la proximidad del hombre, con esa señal de hogar, de decir aquí está el hombre mi amo y domador de todas las cosas. Mi abuela Rosario, la de la Venta Panadero, decía que el fuego del infierno era mucho más caliente que el de las cepas, que era como si las piedras se derritieran, como meter la mano en la lava de un volcán, si yo nunca he visto un volcán de cerca..., no importa pero así es y tú sin morirte jamás, sintiendo ese dolor tremendo de las quemaduras por todo el cuerpo. La imagen del fuego la tengo asociada al infierno como el peor de los castigos, además una vez caí encima de un brasero y me quemé el antebrazo, *Joseico, si eres malo irás derecho al infierno*, me decía la abuela, y yo a soñar con las fiebres.

"Sigue la lluvia reparadora, el agua es buena y superior al fuego, el agua puede con el fuego, pero el fuego no puede apagar el agua, el fuego destruye y crea como el agua pero en diferentes conceptos contractuales", refiero a los aquí mutantes sin que se enteren de nada de lo que digo, lástima, qué vamos a hacer, si donde no hay más seso no hay razonamiento. Mi hijo y el tío Antonio hablaban de que cada gota que cae es una peseta para el campo, a los olivos les gusta el agua, a las viñas le vendrá bien este agua lenta, porque no todo el agua viene con buenas intenciones, no es mansa ni en el estómago. Ellos hablan de la lluvia material como riego, yo en cambio, hablo de lo espiritual de la materia, de la creación, de lo mitológico, de lo divino. Lo divino pasa a lo material cuando me llega a la nariz las esencias del ajo nuevo untado en la rebanada de aceite de mi hijo Ramón, y como un buey al que le tiran de la argolla, yo me levanto, pensando en lo que decía más o menos Baldomero el de la Enciclopedia: *"la nariz le avisa al estomago para que suelte sus ácidos y llame con el hambre al amo"*. El estómago ese país tan extenso y tan ambicioso y tan envidioso y tan tirano con complejo de inferioridad, con forma de bota de vino empuja al ser humano a la aventura del nomadeo, al robo y al asesinato. Me siento en la pequeña y baja mesa desgastada en la que me he fijado con una anticipación de desánimo, se mece como una cuna con el niño de las tostadas a la brasa ocupando el centro, por suerte ha tostado medio pan, el plato de aceite de oliva tiene un desconchón, un tazón con gallo esmaltado como el que me encontré anteayer en las ruinas de la Acebuchal, que ya no es gallo para mi imaginación sino ave del paraíso con plumas de quetzal, aves de centro América, plumas mágicas para la coronación de los jefes

indios o africanos de aves que se negaron a perder su condición de vigilantes de los cielos, aves que si las dejas se meten contigo en los sueños, yo soñé que volaba por los Mayarines con alas de ángeles a los que se sobornado, por encima de la Amijara, que llegaba hasta Nerja para posarme en casa de mi tía Ana María o en el Balcón de Europa. El niño de mis sueños sostiene entre las manos un humeante tazón de leche caliente de cabra, del azucarero de aluminio abollado ha sacado con las pinzas de sus dedos varios terrones cándidos de azúcar de caña y ha apartado la almendra con cáscara que hay mezclada con el azúcar en la costumbre de que dará buena suerte y mucho trabajo.

35/ Mi cuñado Antonio quiere ilustrar a mi hijo Ramón que es un experto en esa época oscura de los moriscos y además tiene escrita y sin publicar “El rey de los moriscos”, novela que a mí todavía no me ha dado a leer. *“Zobrino hubo mucho moro por aquí, ozú que cantidad de moro, huesos y cacharros rotos por toas parte, donde se jinca un jierro zale una loza, hasta un tesoro se dejaron al salir de España y hasta ahora mismitico nadie a cío capaz de jallararlo”*.

Pero mi hijo Ramón es el que nos ilustra a nosotros con su tema preferido. ...y es que la batalla de Frigiliana de los moriscos refugiados en el Peñón y en el Fuerte (976 metros) punto geodésico, se ve en los mapas como un triangulito con un puntito en su bisectriz, ocurrió a mediados de Junio de 1569, se amotinaron en el castillo o Peñón de Frigiliana, hoy ya no existe dicha atalaya, los hombres de Maro y Nerja con el Darra y Martín Alguacil -proclamado rey de Bemtomiz- por los de Cómpeeta y Archez, luego, después de no poder resistir más en el castillo o peñón de Frigiliana se refugiaron en el Fuerte o Tajo Colorao. Sería de agradecer que alguna autoridad municipal le diera por reconstruir aquel castillo como símbolo de identidad del pueblo y su historia, como ya han hecho en algunos pueblos de Alicante con sus castillos en ruina. Los moriscos tuvieron un primer enfrentamiento victorioso contra Arévalo de Zuazo que era el Corregidor de Vélez, una emboscada que le supuso muchas víctimas a los cristianos, meses más tarde con refuerzos del Comendador de Castilla don Luis de Requesens, hicieron una operación de cerco al Fuerte, puso su campamento donde hoy están los olivares que se llaman actualmente del Comendaor y son del abuelo, al terminar la cuesta del Pedregal, pero ningún arqueólogo ha excavado seriamente y todavía se pueden ver las ruinas (una pared) del cortijo que se llamó del Comendaor y en el que siempre los abuelos encontraron huesos humanos, cuchillos, dagas, y hasta el cañón de un arcabuz. Uno de los expertos en la batalla de Frigiliana fue Antonio Navas, alcalde cuando el pueblo ganó el Primero y Segundo Premio Nacional de Embellecimiento, y dos veces diputado provincial, historiador vocacional, el mismo que hizo colocar los 12 azulejos famosos en las calles de dicho pueblo como atractivo turístico por mantener su casco antiguo con identidad propia de una aldea morisca, autor de varios libros sobre la comarca y de "Vida y diáspora Morisca en la Axarquía veleña", y recogido como escritor en el prestigioso libro de "Poetas y escritores de la Axarquía" de Antonio Segovia Lobillos (axárquico de honor). Después de la batalla del Peón de Frigiliana y la resistencia numantina en el cerro del Fuerte, que por eso recibe actualmente ese nombre: fortaleza, fortín, fuerte de resistencia, murieron muchos moriscos

arrojándose por el Tajo Colorao, otros capturados y vendidos como esclavos (cerca de tres mil), los menos consiguieron huir por las crestas de la Sierra, la Cuerda, tajos del Sol, el Cisne, Cuevas del Daire, Cerro Monederos, Lucero y Panaderos, sobreviviendo gracias a los ocultos apriscos, abruptas peñas, abundantes nacimientos de agua, su rica flora y fauna silvestre: cabra hispánica o montés, conejos, liebres y aves. Asegura el tío Antonio que nuestra familia, por su aspecto físico, es una mezcla de moriscos refugiados en esta Sierra de Almirante y colonizadores o repobladores de tiempos posteriores a la reconquista, gentes que vinieron de Córdoba... Cuando habla de los repobladores y apeos es el momento de levantarse de la silla para tomarse un vaso de vino y unos frutos secos.

36/ Mis últimos años y mis días de vejez los gasto a mi entero capricho rellenando crucigramas autodefinidos, escribiendo alguna poesía a petición arbitraria de mis hijos, y ahora contando a mi hijo la vida de nuestros antepasados, rescatando episodios de mi memoria olvidados con un desorden en la cronología fruto del tiempo, yo creo que las cosas pasadas no cambian, las cambiamos nosotros por tanto recordarlas a nuestro antojo, diría que el pasado es casi una mentira. Contamos una nueva realidad. Yo me creo que lo que cuento es verdad, luego pregunto por ahí y me dicen que no ocurrió así sino de otra manera, y me confunden, y a la vez me entero de cosas nuevas. Ahora mismo no sé por qué me acuerdo de mis abuelos paternos: Miguel el Cabrero, murió con la lata de recoger agua de la fuente de la Sirena en la mano, de repente en el año treinta y dos, yo tenía entonces doce años, al quedarse viudo se fue a vivir con su hijo Antonio al cortijo de Los Corrales. Mi abuela Ana paterna parió trece veces, le vivieron nueve hijos: Manuel, Rosario, Miguel Simón, Pepe, Vitoriano (a este le llamaban José, creían que José era distinto de Pepe, no sabía por qué motivo a la hora de firmar tenía que poner Vitoriano, caprichos de las Autoridades, pensó, en aquellos años la gente de la sierra no tenía D.N.I.), Antonio (mi padre), Virtudes la madre de mi mujer, Dolores la de Banderas por que se casó con Pepe, el terrateniente, y la más pequeña Salvadora que se casó con el tío Rodríguez, un guardia civil natural de Sevilla que vino concentrado a Frigiliana antes de la guerra civil a buscar al famoso Cano *el del Ventorrillo*, el que hirió a un guardia y después se fugó a la Argentina como representante de aguarrás. El tío Rodríguez vio a Salvadora en el corral amamantando a los chivos, y él se asomó por encima del balate y al verla no se pudo contener *cómo unos ojos tan preciosos están metidos entre cagarrutas*. Se enamoraron y se casaron, luego se marcharon a Sevilla, allí le pilló la "Sanjuanada" o golpe del general Sanjurjo de la Guardia Civil, el que paseó a la misma fuerza veinte veces por las mismas calles, y como salió mal al tío Rodríguez le dejaron disponible sin destino.

Mi abuelo paterno Miguel se murió de repente mientras cogía agua con un latilla en la fuente, como ya he dicho, por eso a mí me ha dado tanta pena ver a esa fuente seca y desaparecida, sepultada, mordida por la hoz de la sequía y de unos sondeos que se chupan su savia sagrada. *¡Dolores, Dolores!*, le avisó a mi madre Evaristo el Feo, vecino y carbonero cuando fue a lavar su negritud en la fuente, *que tu suegro se ha quedado en la fuente como un pajarillo frito, llama tu gente y que vengan a por él*. Antes dije que murió con la lata en la mano como si quisiera decir que murió con las botas puestas, sí es cierto que tenía en la mano la lata oxidada de recoger agua de la fuente, y la otra mano, la amarilla de fumar, se le quedó como

una garra abierta de pájaro muerto. El sombrero que nunca se supo quitar porque aseguraba que era como ir desnudo y además se resfriaba, aprendió a volar y estaba a varios metros de distancia, sin duda, cuando se le escapó el alma se fue por la cabeza empujando el sombrero de paja sudado. Murió por el atropello del descarrilamiento de los años a sus ochenta y tantos..., jamás visitó a un médico, a los que llamaba brujos estudiados, porque con su brujería tenía suficiente para sobrevivir.

Siempre que recuerdo a mi abuelo paterno, se me viene a la cabeza la bronca que le dio mi madre cuando a mis cuatro años de edad, el muy negligente, me mandó solo a buscar leña cerca de la Cueva de Panduro, muy lejos, encima de la Acebuchal, donde en la guerra se escondió a la Virgen Milagrosa, cueva peligrosa con simas, para haberme caído por allí en un boquete. A mi madre le entró el disgusto del desequilibrio, se enfadó tanto con el abuelo que llegó hasta faltarle el respeto, y el abuelo le respondió con una torta en la cara para quitarle de encima el demonio que se había apoderado de ella. Lo más importante en una familia campesina era el respeto al patriarca, se podía cometer errores pero jamás faltar el respeto al anciano. Por este sentimiento de repulsa, mis padres intentaban ahorrar para comprar un cortijo y salir de los Corrales, que era del abuelo, y allí mandaba su santa voluntad. Cuando mi padre pudo comprar el cortijo del Pino, acababa de morir el abuelo, de todas maneras nos fuimos porque era más grande y luminoso. Mi padre tuvo diez hijos entre sus dos mujeres.

El abuelo, al igual que mi padre, se dedicó al pastoreo de cabras mientras pudo y a sus curanderías de verrugas, pero sobre todo de huesos, en aquel tiempo mucha gente se quedaba coja por una simple caída, y nadie como él sabía ponerlos en su sitio, conocía todos los huesos que tienen un hombre y donde los tiene y cómo son, consideraba que el cuerpo humano era una jaula de perdiz y el ave el corazón. Otras veces decía que si Dios hubieses sido herrero y no alfarero, hubiera hecho los huesos del hombre de hierro y no de yeso. Entre sus otras muchas habilidades heredadas a la vez de su padre, conocía el remedio de quitar las verrugas a la gente que se lo pedía, le dabas el nombre y él se iba al monte junto a un enebro y allí lo deshojaba y le rezaba, cuando las hojas en el suelo se iban secando la verruga también se secaba. Este remedio o gracia, decía él que venía de familia, nadie sabe desde cuándo, gracia que se le enseñaba al quinto varón, así paso el secreto a mi padre, que en teoría todos sabíamos pero que únicamente funcionaba con el quinto varón, y a mi hermano Antonio el de la Fuentevieja, que todavía las cura en Frigiliana junto a su mujer Ana, una poetisa para los Santos. Parece ser que esta técnica médica servía para quitarle las verrugas a las cabras que le salían en los labios y se morían porque no podían comer. Yo sabía la técnica pero no tuve la gracia porque no era el quinto varón, y además mi padre me repudió. Sobre enfermedades de cabras lo sabía todo: la sarna, la roña, la agusara, el detremio, la ruzafa... El envenenamiento por comer hojas de tejo o de acanto o revientacabras que es el purgante más fuerte que existe, en realidad son las bayas de esta planta, lo comían algunas alimañas carnívoras y buitres para purgarse. También sabía cómo sacarles la placenta a las parturientas, al ponerle al cuello una tira de corteza de salao o jara; también sabía quitar el dolor de estómago, el de muelas, sanar los esguinces, en fin un curandero o santón famoso en aquellas sierras, pero sobre todo por el misterio de las verrugas. El resfriado a las bestias se lo quitaba cociendo una piel seca de culebra con miel y limón.

Era muy aficionado a contar fábulas, que a lo largo de los años, durante mis lecturas, descubrí incomprensiblemente que eran unas de Esopo y otras del Conde Lucanor, y la cuestión era que él no sabía leer, les habían venido oralmente o la habían traído los repobladores. Me gustaba oírle contar sus fábulas como la de la zorra y el grajo (en Esopo es una cigüeña) la zorra invita a comer gachas al grajo sobre una pizarra, el grajo no puede comer al dar picotazos sobre la piedra, otro día el grajo invita a la zorra a comer gañas, pero esta vez las mete dentro de una botella, el grajo mete el pico dentro y come, la zorra se muere de abre porque no puede meter dentro de la botella la lengua.

Para no hacerle caso a los vecinos contaba la fábula del Conde Lucanor, la del padre y el hijo que tenían una burra, y la gente le criticaban tanto si se subían los dos encima de la burra como si no, o si se subía uno solo, o, también, si no se subían ninguno en ella. También contaba la de la ambición, aquella del lobo (en Esopo es un perro), que al llevar en la boca un trozo de carne y pasar por un arroyo ve la carne reflejada y le parece más grande, suelta la que lleva en la boca y el da un mordisco a la que ve reflejada en el agua, se quedaba sin ninguna.

37/ ...después de la muerte del abuelo, nada fue igual en la Acebuchal ni en nuestras vidas. Llegaron años de la II República y sobre el obelisco o contrafuerte a la entrada de la aldea, aquel contrafuerte que parecía un obispo con faltas, pusieron la bandera tricolor a la que había que saludar cada vez que pasabas bajo su sombra, levantando el puño izquierdo, aunque después con los nacionales hubo que cambiar de puño y pasarse al derecho con la mano abierta. En las elecciones de Abril del 31 las derechas habían ganado en Frigiliana y en toda la Axarquía, el campo era monárquico, a pesar de que las cuestiones de la política quedaban muy lejos, bulos y rumores.

El primer pedáneo republicano fue Baldomero el Rico o el de la Enciclopedia, años más tarde supe que no lo fue por propia voluntad, sino que fue nombrado a la fuerza y por la razón de que era quien más propiedades poseía. En Frigiliana hubo una rebelión de masas enfurecidas, un caso grave de desordenes públicos siendo alcalde Antonio Cañedo Acosta, resultó que el 18 de Junio del 33, la gente del pueblo, no de acuerdo con la República se amotinó en la plaza, muy cerca está el Ayuntamiento, con pistolas, herramientas de labranza y escopetas cargadas de odio, cuando el edil y concejales se vieron cercados por la masa incontrolada que daba empujones en la puerta de la casa Consistorial para entrar como en las mejores revoluciones, convinieron en que lo mejor era saltar por las tapias y pasar a un huerto donde se subieron todos a las ramas-atalaya de una gran higuera negra de un bancal próximo, una higuera de brevas negras grande como los ficus o del parque de Vélez, subidos sobre tan innoble árbol dimitió en pleno, si acaso hubiese sido un roble como el de los fueros Vascos, a lo mejor no hubiese sido tan ridícula aquella dimisión. Tal vez no supieron darle al pueblo que lo pedía. En una de las numerosas fábulas de mi abuelo paterno Miguel cuenta que una roble le regañaba a una caña o cañavera que por qué agachaba tanto la cabeza en reverencias ante el viento, una vez llegó una tormenta y le rompió el tronco al roble y éste preguntó: ¿cómo es posible que no te haya llevado el huracán?, porque cedí, dijo la caña y no me rompió ni una hoja.

La Guardia Civil de Frigiliana, que siempre se puso al lado del Gobiernos de turno, acudió al huerto de la higuera negra y disolvieron a los revoltosos deteniendo a varios de los armados, entre ellos a Matías Palacios, hijo de María la del Ventorrillo, no sin antes tener que dar algunos sablazos, unos tiros al aire, y algunas brechas en las cabezas duras de aquellos manifestantes díscolo. Cada uno se fue a su casa convencidos de que habían recibido algunos palos, pero habían conseguido la dimisión del republicano Cañedo.

La situación política no fue en mejoría, los nuevos dogmas de la República transformaban la vida bruscamente, todo transición ha de ser concensuada, y no bruscamente cambiada, al que querían quitar de en medio le encerraban en la bodega de la cárcel barco del muelle de Málaga y allí se moría. Las revueltas se fueron sucediendo, sobre todo cuando ganaron las izquierdas, quemaron los Santos el 25 de Julio de 1936 en la loma de la ermita de Santo Cristo. Los nuevos ateos se cargaron el histórico retablo en madera de la Iglesia de San Antonio de incalculable valor artístico, tallas y pinturas, como sin el arte religioso fuese el culpable de lo que estaba pasando, volvía la persecución a los Cristiano, volvían los tiempos de Nerón, al que achacan, equívocamente, le achacaron el incendio de Roma, lo cual no es cierto, Roma la incendiaron los xenófobos. Los republicanos creían, y así lo reflejan varios manifiestos, que la ignorancia del pueblo era culpa de la religión. Se recuperó una talla de San Sebastián, patrón del pueblo, en una haza de cañas dulces donde hoy se encuentra la ermita de Santo Cristo cerca del bar los Cobos. Fueron años en los que la risa estaba prohibida. Lo que no se llegó a quemar fueron las campanas ni el artesonado del techo mudéjar de gran belleza, la iglesia se empezó a construir en 1510 por los conde de Fernán Núñez, tiene forma de cruz latina, la solería parece ser de los restos de la antiguo mezquita, en el frontal aparece el escudo de los Conde de Frigiliana. Cuando le coloraron el reloj de la torre hubo que hacerle de nuevo el frontal del campanario. Quien sabe si debajo de la cal de la torre creo que se encuentra un alminar mudéjar como el de Archez.

En Málaga, el Comité de Enlace compuesto por los milicianos hacían labores de orden público y se cargaban al que le miraba mal. Una noche mataron a Juanito de 22 años, hermano de D^a Dolores la maestra de la Acebuchal, su padre era abogado malagueño, se tuvieron que venir toda la familia a refugiarse en la Acebuchal en la casa de la maestra, por un tiempo de siete meses, hasta que llegaron los nacionales, sin que los del Comité de la Acebuchal me metieran con él, no lo denunciaron porque en el fondo la gente allí no eran fanáticos radicales.

El 9 de febrero del 37, las dos campanas de Frigiliana se llenaron de risa de una forma tronchada y alocada durante todo el día hasta que el yugo carcomido de una de ellas reventó de contento y por poco se cae la campana, habían entrado victoriosos los nacionales, y el pueblo se liberó del abuso republicano que estuvo siete largos meses oprimiéndolo. Había entrado una Compañía del Ejército al mando del Capitán de carabineros Rafael Sáinz, y lo primero que hizo fue nombrar alcalde porque nadie quería ser desde los de Cañedo, el nombramiento recayó en Angel Herrero, industrial y cristiano viejo. Aunque parezca broma allí queda todavía mucho moriscos que no se ha enterado de los de la reconquista. Luego en un acto de justicia vengativa los nacionales detuvieron a ocho republicanos y los fusilaron en Torrox, cerca del cementerio. En la Acebuchal detuvieron a dos del Comité entre ellos al primo Hipólito y a Baldomero, el hijo del la

Enciclopedia. Hipólito le suplicó a su padre el tío Simón: *padre diles que no me maten, por favor, que no soy malo, busque usted al padre de doña Dolores, y recuérdale que cuando se refugió en casa de su hija con Juanito no le denunciarnos, nos tiene que defender a Baldomero y a mí, dígame que estamos muy arrepentidos, prometemos que si nos perdonan nos vamos a pegar tiros con el mismo Franco.* Se los llevaron a la cárcel de Vélez, a los dos meses se celebró un juicio por un Consejo de Guerra, los defendió el padre de doña Dolores, que era abogado de derechas y de los buenos, además, sus testimonio sirvió para salvarles la vida, cumplieron su palabra y se fueron valientemente al frente nacional, Baldomero luchó en la Batalla del Ebro, demostrando gran valor sin que se le reconocieran sus méritos de guerra, era considerado un renegado, su ficha personal hablaba muy mal de sus antecedentes políticos. Hipólito recorrió Teruel, Castellón, Alicante, terminó la guerra y se fue a vivir al Mayarín donde tenía un cortijo dedicado a las pasas, lo mató el tabaco a los ochenta y pico años.

38/ La lluvia 25 de Junio sigue llenando el aljibe del cortijo, entra turbia, normalmente los veneros no salen con las primeras lluvias, el tío Antonio acaba de contar lo de los moriscos y lo de la República y se levanta para buscar vino, la hora lo pide, aunque él hace mucho tiempo que no lo cata. Me preguntaba a mi mismo si aquel agua bendita caída de los cielos era suficiente para resucitar a los barrancos, las ramblas las fuentes, y sobre todo la de la Acebuchal, llamada antaño por la del Álamo (según el libro de Alejandro Buen: "Reseña histórica de Nerja", donde las fuerzas del capitán Blas de Herrero se situaron para rodear y atacar el famoso Fuerte en tiempos de moriscos). Me preguntaba si los pinos estaban agradecidos, si la tierra era lo suficientemente inteligente como para agradecer ese buche de agua a un sediento caminante por la estaciones de la superficie de los años. El desierto sueña con ser tierra de regadío. Sobre las nueve de la mañana se levantó la bruma y aparecen las cumbres de la Coscoja, Cortijo Gaona por la carretera interior de Frigiliana a Torrox, Cortijo los Almendros y un menchón de forma cuadrada como media hectárea, en mitad de la viñas, refugio salvaje de los conejos, al que se le llama "los pino del tío José" y que jamás ardieron. El tío José era hermano de mi padre, que a pesar de casarse con la tía Virtudes no tuvieron hijos naturales, estuvo en Cuba y se trajo un niña cubana mulata a la que llamaban Ana, huérfana de un compañero de batalla. El cortijo que tenía el tío José se lo compraron a un sargento que se llamaba Ortega, no sabemos a qué Cuerpo de Ejército perteneció el suboficial, en una foto tiene en el cuello el número 36, sin más emblemas, foto firmada en Valladolid en 17-05-1916, sobre una banqueta ha dejado un sombrero isabelino de Guardia Real con pluma en el frontal, sin embargo lo más llamativo de esa foto es que el marquito está confeccionado artesanalmente con una filigrana de esparto sin majar, hecho por un familiar lejano que estuvo el Penal de Cartagena, porque todo familiar que halla estado en la cárcel o pueda manchar el buen nombre de la familia de los Simones, se le considerará siempre lejano.

A pesar de haber desaparecido la bruma continua la lluvia lentamente como un redoble de tambor fúnebre, llorando de tristeza, una lluvia decidida a hacerse amiga de los humanos, y esta lluvia me recuerda una vez que fui a por harina a Fornes, un pueblo de Granada, por la Ruta de la Miel, tenía yo catorce años. Aquella madrugada, todavía de noche, apareció mi amigo

Antonio el de Paco Sánchez, llamándome a voces por la ventana a las cuatro de la mañana, habíamos quedado para salir con las mulas a por una carga de harina, viajes que hacíamos cada mes. Traíamos dos clases de harina, una morena para migas y otra más blanca para el pan, que lo hacían nuestras madres amasándolo y cocido en el horno romano, amasar pan en casa era signo de bienestar. Mi madre me había dejado doce duros y con ellos tenía que comprar doce arrobas de harina, y de ese dinero tenía que sacar para que me sobrara en mis gastos: un cuarterón de tabaco y unas copas de aguardiente en alguna venta. La harina la comprábamos en el molino de los Álvarez de Fornes porque nos daba paja para las mulas y además nos regalaba un bollo de pan caliente para el camino de vuelta. Salimos lloviznando, me puse un capote de segunda mano que mi madre compró en Nerja, conforme llovía me iba pensando más y más el capote, no era impermeable, se puso tan pesado que no podía con él. Corre que te corre y sube que te sube encima de las mulas, paramos en la venta de Chacho Lola para comprar el tabaco “mataquintos”, luego en la venta Camila y después en la Venta Panadero que ya le llevaba Gil y su mujer, donde tuve que dejar el capote porque no podía con él. Allí nos tomamos la segunda catcha de aguardiente por siete perras gordas, había clareado el día y hacía un frío con privilegios, es decir, hacía el que le daba la gana, la mujer del Gil apareció en la puerta liada en una toquilla de punto negra con flecos, todavía no había encendido el fuego. Había que parar en todas las ventas de la Ruta de la Miel, porque los venteros te controlaban y sabían por unos u otros cuando pasabas o no, como se tenía mucho temor a las críticas ajenas uno tenía miedo a las habladurías, cuando se pierde la buena fama no se recupera tan fácilmente, además temíamos que la próxima vez que pasaras por allí te pusieran matarratas en el aguardiente. Mi abuelo Miguel el Cabrero nos advertía: el que mezcla las obras buenas con las malas, hace mal siempre. O a quien ofendiste alguna vez procura pedirle perdón y que se haga amigo otra vez, pero cuidado, guardarte siempre de él.

Por la cuesta de la Asunción, viendo ya el collado de Cerro Lucero desde donde se podía ver, si lo hubiéramos coronado, el pantano de los Bermejales, el cielo se nos cerró con un equipo de rayos que impactaban en los pinos temerosos y acobardados, truenos subiendo su voz divina, piedras rodando por cerrillo Demonio Verde, un diluvio y nos tuvimos que volver Paco Sánchez y yo otra vez a la venta Panadero, Gil nos aconsejó que nos dejáramos de viaje y metiéramos las muelas en la cuadra junto a un asno y dos mulas romas que tenía allí escondidas, porque tenía fama de ser un cuatrero. En la Venta Panadero echamos el día, en aquellos años llovía durante días y días sin parar. Las hijas e hijos de Gil no salieron tampoco a trabajar en la resina ni con el ganado, comimos allí unos garbanzos con tocino y mientras comíamos nos contó que en la Nochebuena de 1884 hubo un terremoto en esta sierra y que en Alhama hubo 330 muertos, la cara sur de cerro Lucero se vino abajo, la sierra se movía como un flan, desaparecieron una fuentes y aparecieron otras y los temblores de tierras duraron seis meses. Era cierto ese dato porque es historia, en incluso, cuentas, que las gentes de Acebuchal, Mayarines, Barranco Moreno y Frigiliana no dejaban de rezar y sacar a los Santos a la sierra, dicen que cuando había un movimiento de tierras luego se olía a huevos podridos y a orín de gatos, era sin duda el fin del mundo por nuestras malas obras. El tío Cucas el que hacía las cajas para los entierros, fue el que organizó los vía crucis de todas las tardes desde la Acebuchal a la Cruz Gitano (en

quinientos metros de distancia hacia por lo menos trescientos de desnivel), donde había situado su Calvario con 14 estaciones o paradas, viejos, mujeres, niños y toda la aldea se rompían los pies por la empinada cuenta para hacer un sacrificio a la sierra, el arrepentimiento sería agradable a Dios Padre.

Gil no paraba de contar historias de terremotos y desgracias, quería meternos el miedo en el cuerpo para que no siguiéramos el camino a Fornes. A mí, bajo aquella lluvia lo que me daba pena era que aquella venta fuera primero de mi abuelo Miguel donde nació mi madre, que allí viviera hasta los veinte años mi madre y le sucediera la historia del loco quijotesco, y por no poderla pagar, la tuvo que entregar a su Justo el prestamista.

Aquella venta se pierde en la cara de los tiempos, ahora, solo le queda en pie un arco casi mudéjar, los muros reforzados con arbotantes son como los de una fortaleza, se le aprecian varias obras, tenía agua corriente en la cocina desde una canalizo que le venía de la fuente del Enebro. La venta existió desde siempre gracias al paso de los arrieros, los madereros, los resineros, los carboneros y de los viajeros de la Axarquía a Granada por el Puerto de Frigiliana.

Cuando pasó aquella lejana la tormenta, salimos, cabezónamente a Fornes a por la harina, de regreso al cortijo del Pino mi madre me regañó diciéndome que por qué no nos habíamos vuelto con la tormenta que hacía, y yo le respondí que si me volvía sin la harina me pagaban por cobarde y encima me quedaba sin el bollo que me daba el molinero. ¿Pero y si me hubiera vuelto y no hubiera traído la harina? A lo mejor va y pide perdón al cielo por mi cobardía, como aquella vez que regañé con mi novia Trinidad y me pidió mi madre que le pidiera perdón, yo que no tenía la culpa, y entonces mi madre y mi padre se arreglaron de domingo y fueron a pedirle perdón a la familia por mí, humillante. Así es como conseguían que pidiera perdón a los vecinos, si no iba yo, iban ellos por mí, atroz, estampa, vergonzoso.

Pocos años después de aquella tormenta, y en el 37, los milicianos que se retiraron de la defensa del Boquete de Zafarraya pasaron por la Venta Panaderos en huida hacia Granada, entraron en la venta y le robaron toda la despensa y el ganado, menos mal que Gil, viendo lo que le podía pasar si se resistía o se enfrentaba a ellos, pudo escapar a una cuevecillas con su familia, hasta que se fueron.

39/ El silencio se arrepiente de permanecer callado. En mis pensamientos empeño la tercera cara de la moneda, esa que no se ve y son los dividendos que se deben, la que se tienen que paga algún día al Dios creador de nuestros días, que nos pida el tiket de vuelta. Mi hijo no entiende la urgencia triste de los días, la vieja madera de juagarzo también se pudre, él es joven y solo piensa en jubilarse, sin vivir la mordedura del camino, dice que a los cincuenta es ya un viejo, pues verás cuando llegues a mis setenta y cinco años, le digo, entonces se dará cuenta de los grotesco que es el cuerpo. No paraba de hablar del destino de su coche averiado, esperaba que subiera su hermana Vicky con alimentos, pero era el medio día y no subía nadie, seguro que la lluvia rompió, como casi siempre, el carril de la cuesta del pedregal, que todavía no está asfaltado, ni Dios quiera, porque se acabaría la paz de estos lugar sagrados, aquí nada de teléfonos móviles, si no hay ni luz, como no fueran señales de humo, ni siquiera eso con el día

que hacía se veía la estela negra. Nervioso tomó el camino de la Loma de las Pitas y se fue a ver al enfermo vehículo, uno penco con ruedas, en otros tiempos los accidentes era de caballerías, una caída y al suelo porque la bestia se dormía de tanto cansancio. Ya te conté la caída de nuestro antepasado, el tatarabuelo Miguel Fernández que se cayó en Piedra Jorá sobre 1844, falleció y dejó a cuatro hijos pequeños que se tapaban con su sombrero, el mayor ocho años y tres meses la última. La viuda se llamaba María Jesús Simón Pérez, fue de Cómpea a la Acebuchal para vivir con su hermano conocido por el Simón, montó una especie de taberna que le llamaban La Bodeguilla, vendía vino y aguardiente, tabaco y piedras de mechero, a harina a los arrieros que pasaban por allí, los hijos empezaron a trabajar en el empleo infantil como todos los demás, y la gente empezó a llamarle los sobrinos de Simón, los niños son más rápidos recolectores que los adultos. Pasaron los años y Manuel el mayor, se fue primero al Ejército y después a la Guardia Civil y estuvo en la Guerra de Cuba, llegó a licenciarse en el año 12 de sargento. José y Miguel continuaron con la agricultura y se casaron en la Acebuchal con buenas mozas, y la niña Concepción, a la que llamábamos Chaco Lola, se casó en la Acebuchal con Adriano Orgaz.

Hoy día resisten los muros de la casa que fue la Bodeguilla, que no tendrá ocho metros de planta con una cámara muy pequeña arriba, eran pobres de verdad, pasaban necesidades de todo tipo, pero salieron adelante con honradez, a pesar de los abusos de los vecinos que siempre se aprovechan de los débiles.

Al medio día en el cortijo del Mayarín, ya sobre las dos de la tarde del día 26 le propongo a mi mujer que prepare unas migas de harina, si no vienen a rescatarnos y ojalá no venga nadie, seguro que no nos moriremos de hambre, mi hijo acepta la idea como quien se va a comer un manjar, en cuanto empieza a freírse los ajos en el aceite se persigna mi mujer, todo depende de un factor suerte: se requema primero un puñadito de harina para que se doren, luego se le echa agua y más harina y con la paleta a removerlas pero no demasiado hay que dejarlas cocer, en las migas de Almería y Murcia, fríen en el aceite chorizos pancetas y pimientos, sacan todo el refrito y lo apartan, y son ese aceite hacen las migas, a mi no me gustan tan pesadas, las prefiero de las que hace mi mujer porque las hace como las hacía mi madre, suavitas, como siempre si hicieron en estas sierras, además, no se freían chorizos ni pancetas porque no había, y es que éramos pobres de atar dentro de un ghetto. A media cocción de las trabajosas migas nos sorprende la visita de mi hija Vicky y Paco con mis nietos, como es fiesta quieren pasar el día aquí, se apuntan a las migas, mi mujer se enfada porque se han presentado sin avisar, ¿cómo van a avisar? Al preguntar por mis otros nietos David y Rubén y mi nuera Juli, dice que se quedaron en Nerja en la casa de mi otra hija Emilia, estos prefieren la comodidad a las privaciones, hacen bien. ¿Y Ramón? –pregunta Paco- Estará a punto de venir, se fue a mirar lo del coche.

La idea de subir ha sido muy buena porque traen filetes y más comida para resistir el día, pero no por eso las migas van a dejar de hacerse, Paco será experto en paellas pero lo de las migas en ciencia de mi mujer. El sol sigue a la lluvia en arco iris de añoranzas, alguna vez escribiré el cuento fantástico del “El cazador del arco iris”, va a ser ambientado en la edad prehistórica como esos otros del libro del “Valle de los caballos” o “Mamut”. Yo soy el cazador del arco iris, el cazados de los imposible.

Yo bebo tinto, el vino dulce moscatel no es bueno para el azúcar, tapas que robo como gato listo a la distraída cocinera y por ello me gritan: *no comas más que revientas*, y yo respondo: *pues dame otra y apártate*. Mi prominente barriga tiene exceso de diámetro como una plaza de toros, está llena de tranquilidad, de tripas de azúcar y de calamares vivos, parece la madre de las sandías, pero yo me preguntó que para la que me queda de vida no merezco sacrificios, pues a un tercero seguro que no voy a perjudicar a no ser que le reviente a boca jarro.

Comemos las migas, pasaba horas y mi hijo Ramón no regresa, tenía que haberlo hecho para la hora de comer, no hay mejor puntualidad que la droga del hambre, bajar allí solo con la lluvia es exponerse al peligro de pegar un resbalón, a lo mejor el coche se ha ido barranco abajo por el reblandecimiento del terreno, o al intentar arreglarlo se ha metido debajo y se le ha caído el coche encima, y el pobre mío allí debajo con las costillas rotas y sin podérselo quitar de encima. Los nervios y las conjeturas se sucedían unas tras otras con una obsesión por la tragedia imposible de cambiar o dirigir oro pensamiento positivo. Así que decidimos buscarlo yerno Paco y yo.

40/ Salimos maldiciendo para el Ventorrillo de Cano, y por el camino empiezo a contarle la fábula que contaba mi padre del yerno y el suegro, unos que vivían en venta Cebollero, resulta que yerno y suegro vivían próximos uno a otro, el yerno le pedía prestado a cada momento un hacha, el suegro se la prestaba siempre, pero como casi siempre la tenía el yerno le dijo por qué no me la compras, el yerno se la compró, una vez le hizo falta al suegro el hacha, y fue a pedírsela al yerno y éste, muy seco le dijo, no, no te la presto ahora el hacha es mía. Sin darnos cuenta, hablando y hablando pasamos por Cruz Gitano. ¡Alto!, Paco, espera un momento que desde aquí se ve el puente de agua, así le llamaba Baldomero el Viejo, el hombre más sabio de la Acebuchal al arco iris, se ve un arco impresionante que ballestea entre Cerro Lucero y el Cisne, el Viejo nos decía a los críos que si conseguíamos meternos debajo de uno de los pilares del arco iris te transportaba al otro lado como si fueras volando por un puente al aire libre, un viaje alucinante de colores, no comprendía cómo podía ser un puente de agua, luego, años después supe que era cierto. Cuando le parece el arco iris se suicida y se marcha. Es hora de respirar profundamente y meterse en los pulmones todo el paisaje, todas las rocas bellas con su dentadura nueva. Y por asociación de ideas se me vino a la cabeza el episodio de cuando el héroe de Nador fue a ver a Cómpea para ver a Asunción, la viuda de Castillejo, compañero de Antonio Simón en el ataque rifeño de la fábrica de harinas, episodio que a mí me contó a su vez el tío Pepe Simón una vez que fui a su casa a que me enseñara la Cruz del Sufrimiento por la Patria, y no la Laureada que no sabía cómo era, recuerdo que dijo que la Laureada era el arco iris de todas la recompensas militares, y eso se me quedó grabado de pequeño, cuatro espadas de rubí unidas por los mangos. A pesar de aquella desilusión tan grande de la denegación de la Laureada a mi primo, la gente le conocía cariñosamente, no se si burlona o por compasión de su dolor, por el Laureado, y así se le quedó el monte al héroe de Nador que es como a mí me gusta llamarle. Dos meses llevaba Antonio Simón en la Acebuchal de baja para el servicio con la pierna herida por el rebote de una bala por culpa de aquella batalla más que ataque en Africa. Cansado de reposar, y habiéndose enterado de que la bella Asunción residía Cómpea, se afeitó y

se puso un blusón limpio y fue a verla con la idea de pedirle matrimonio, se fue en la mula de su padre, la que compró en un trato al Capaor de Jayena, un gitano tratante de los que después de darle la mano te la tienes que mirar por si le falta algún dedo, pues Antonio no podía andar sin que se le hinchara la rodilla. Se presentó en Cómpeeta, iba de paisano, el corazón agitado y contento, con la cabeza llena de respuestas que pensaba darle por si le dice que no. En la plaza de Cómpeeta se apea de la mula, un grupo de críos se acerca con entusiasmo, además no puede sustraerse a las miradas de los vecinos que miran a través de las ventanas entre abiertas; pregunta por Asunción. Alguien le responde que allí hay Asunciones como en el campo viñas. Tiene que concretar que es la viuda del Guardia Castillejo muerto en Africa, y entonces uno de los críos le acompaña hasta la misma puerta, cerca de la plaza. El crío que acompaña levanta la voz: "*Asunción, Asunción, sal que un hombre pregunta por ti*". Ella como una virgen Inmaculada en una hornacina, parece más gordita que antes, se sorprende, no le esperaba, quiere esconderse porque no está presentable para visitas, su vestido negro está manchado de cal. Se dan la mano, ella la tiene húmeda porque acaba de lavársela y secársela en el delantal, la da floja y desea que se lo devuelvan pronto. Él le mira a los ojos negros huidizos, retiene la mano un momento como si a través de la mano quiera decirle todo lo que la ha echado de manos y ha soñado con ella. Asunción al ver su cara de cartero con malas noticias casi adivina el objeto de su visita, echa de la puerta a los mirones "*venga, fuera, a oler a otra parte*". Pasan dentro de la casa, es una casa antigua con patio interior lleno de hermosas pilistras y geranios apagados de flores. Le hace sentar junto a una mesa redonda de camilla, debajo un brasero de orujo quemando, le presenta a su madre que se halla sentada junto a la mesa, y Asunción se excusa un momento para adecentarse un poco. Habló un rato con la madre sobre el tiempo, esperando a que ella bajase de su alcoba, cuando Asunción llegó de nuevo, la madre huyó dejándolos solos.

Nadie estuvo presente en aquella conversación, y lo mejor sería no falsificar la realidad pero dicen que todo se quedó en nada. Ella le rechazó porque no quería volver a vivir el calvario que había pasado con su difunto en Africa. Le achacó que eran unos Quijotes y se jugaban la vida por nada. Os creéis imprescindibles, los mejores defensores de la Patria y el orden, y por eso os matan, ¿Qué me espera a mí y a mi hijo contigo? Primera perder la mísera pensión, después un sueldo de risa, un cuartel, dormir sola todas las noches y a esperar que cualquier día te traigan muerto. No gracias, ya han visto mis ojos demasiado horror en Africa. Seamos amigos y nada más. No te enfades. Yo os conozco a los civiles, he sido una civila, una sufrida pilarica. El Cuerpo es más que vuestra madre, quizás que vuestra familia, no sé que os dan, pero es superior a vuestras fuerzas. El deber lo primero, ¡vaya engaño! No me digas ni en broma que dejarías a la Guardia Civil por mí. ¿Me estás probando?, aunque te dijera que sí, luego no la dejarías.

El héroe de Nador se vino a la Acebuchal con el corazón atravesado por un tenedor, con un par de calabazas amargas, pensando que la vida sin ella, sin sus ojos negros, no merecía la pena vivir. Con aquella Cruz al Sufrimiento por la Patria al pecho podía ascender. No podía renunciar a tal reconocimiento y volver a enclaustrarse en la madre sierra sin esperanzas, lleno de prisionera soledad, vivir como pastor en Venta Panadero. ¿Cómo era posible que fuera tan desafortunado con las mujeres?, ahora que podía tener un futuro digno, le rechazaban. Volvió a la Acebuchal

y allí encontró consuelo en las manos de Plácida Orgaz con la que tuvo amores furtivos entre las higueras salvajes del arroyo Acebuchal, aquellas planta torturada de ramas deformes y con hojas pequeñas como alzadas en una multitud sin trincheras. No sabemos qué pensó, qué extraño fuego prendió en su destino, la cuestión es que se fue de nuevo a Marruecos y no volvió nunca más. Creo que se fue a morir en la batalla buscando esa Laureada que le denegaron injustamente, y que le había cambiado su forma de pensar, casi hasta costarle una enfermedad mental.

A los siete meses de la marcha de Antonio, Plácida Orgaz poca antes de parir, aseguró a su familia que el hijo que esperaba era flor de los amores con el pretendiente Luis González de Torrox (pueblo donde se discute si nació el moro Almanzor), corsario más que arriero, porque no quería echarle el muerto a otro muerto. Al arriero le convencieron de que si había besado a la novia alguna vez se podía haber quedado embarazada, él la quería y estaba dispuesta a casarse con ella. Resultó que a Luis Gómez la metieron en la cárcel de Vélez porque le habían echado las culpas de un "quemado" en el paso de Barranco Cebollero, donde ardieron cien hectáreas de pinos.

41/ Cuando aparecemos en el Ventorrillo, el Opel sigue aquí, pero mi hijo no está, empezamos a llamarlo a voces, el eco en aquellas sierras de roquedales y angostas paredes dentadas es nuestro mejor altavoz, pues las voces se repiten y suben solas, sin recordar que en otro tiempo, allí se escuchaba todo la que se hablaba desde el eco de los caminos, por eso la gente se cuidaba mucho de hablar recio, parecía que siempre se hallasen cantando bajito o confesándose. Seguimos bajando por el antiguo camino, donde todavía se podía apreciar el pulido de las losas de piedra por el martilleo continuo y sonoro de los cascotes de las mulas, aquellas mulas romas de cabezas pequeñas (engendro de burra y caballo) que tan buenas eran para los caminos de sierra, y herradas solo de las patas traseras, para que empujaran mejor, en aquellas losas que se llaman la cañada del Rabo, las herraduras soltaban chispas que encendían la noche, recuerdo que aquí perdió las manos una mula cargada de troncos de pinos, no sabría decir de quién, la cuestión es que a palos quería el arriero que se levantara la bestia, pero no podía, hasta que pasó mi abuelo paterno y le dijo al arriero muy cabreado *mira joder como se levanta la mula*, y cortó las sogas que sujetaban los troncos, cuando el animal se vio libre de ellos se levantó con facilidad, y el arriero gritó *así cualquiera*. Pero es que en el mismo lugar, una noche resbaló también la mula de mi cuñado Adriano López y lo derribó al suelo y vino a la casa con una ceja rota. Cuando había que herrar a algún mulo en Cómpea, mi padre me mandaba para que tranquilizara al animal, porque se ponían muy nerviosas cuando el herrero le cepillaba los cascotes y le clavaba las herraduras a martillazos, algunas veces los largos clavos entraban mal y pegaban unos saltos terribles y relinchos de dolor, algunas se quedaban cojas por eso había que tranquilizarlas para que no se moviera, en este acto de clavar clavos en los cascotes de los animales veía la acción de los soldados romanos que clavaron a Cristo. Muchos años después cuando estuve destinado en Caballería les advertía a los herreros que si me dejaban cojo el caballo les metería yo un clavo en el pie. Por los Manuales de Caballería aprendí que las herraduras traseras son redondas, distintas a las de las manos delanteras que son ovaladas, y esta prótesis metálica se divide en tres partes: *lumbre, cuartas partes y talones*, algunas

tienes siete clavos, cuatro de ellos van siempre en la parte exterior del casco para reforzarlo. Las manos delanteras de los cuadrúpedos se dividen en *antebrazos, rodilla, caña, menudillo, cuartilla, corona y casco*. El casco es una caja de naturaleza córnea, situada en la terminación de las extremidades, le sirve para proteger las partes vivas de los daños exteriores y para el apoyo en el terreno. La parte externa consta de *tapa, palma y ranilla*. La tapa o muralla, es la parte del casco que se ve cuando la tiene apoyada en el suelo. Su parte superior se une a una línea córnea que se denomina *perioplo* a cuya expensa se forma una especie de barniz que tapiza la cara externa, dicha cara es convexa y disminuye progresivamente de delante a atrás, hasta formar lo que se llama *candados o barras*. El contorno de la tapa se divide en varias regiones, la anterior *lumbre*, la que sigue *hombros*, cuartas partes, talones, *candados o barras*. La parte interna se denomina borde palmar y es donde se aplica la herradura. La palma o suela es una placa córnea o cóncava situada entre el sáuco y los ángulos de inflexión, de la tapa. La *ranilla* es un cono córneo situado en la escotadura de la palma, de sustancia flexible y elástica. En la base de la *ranilla* existen dos abultamientos que se llaman o *glaumas o pulpelos*. El casco del caballo y demás cuadrúpedos es una obra maestra de la naturaleza: cuando el caballo apoya la cara plantar del pie, el casco se dilata posteriormente, y la palma, *ranilla* y barras desciendes, volviendo a su forma y volumen primitivos en el momento de la elevación. Esta propiedad que se conoce con el nombre de “*elasticidad del pie*”, es el que amortigua el efecto del choque del casco contra el suelo, y favorece, además, el esfuerzo Impulsivo. (Reglamento) de Equitación Militar del 5 de Julio de 1926). Los cascos de los cuadrúpedos, fue la llave civilizadora de la humanidad, sin esa perfección de movimiento no se hubiera llegado a ser lo que somos. Un monumento a los cuadrúpedos en cada ciudad es símbolo de agradecimiento a nuestro mejor apoyo. Paco te cuento todo esto de las herraduras, porque si tuviéramos caballos seríamos los amos de la sierra, porque sabes que soy buen jinete, la edad no envejece a los jinetes, el viento creo al caballo según cuentas los árabes, como un hijo de la velocidad.

FALTAN PÁGINAS, EL TEXTO COMPLETO TIENE 218 PÁGINAS.